

Cuentos Tomo I

2006 Nozales y Nozales.

JOSÉ NOGALES



Tomo I

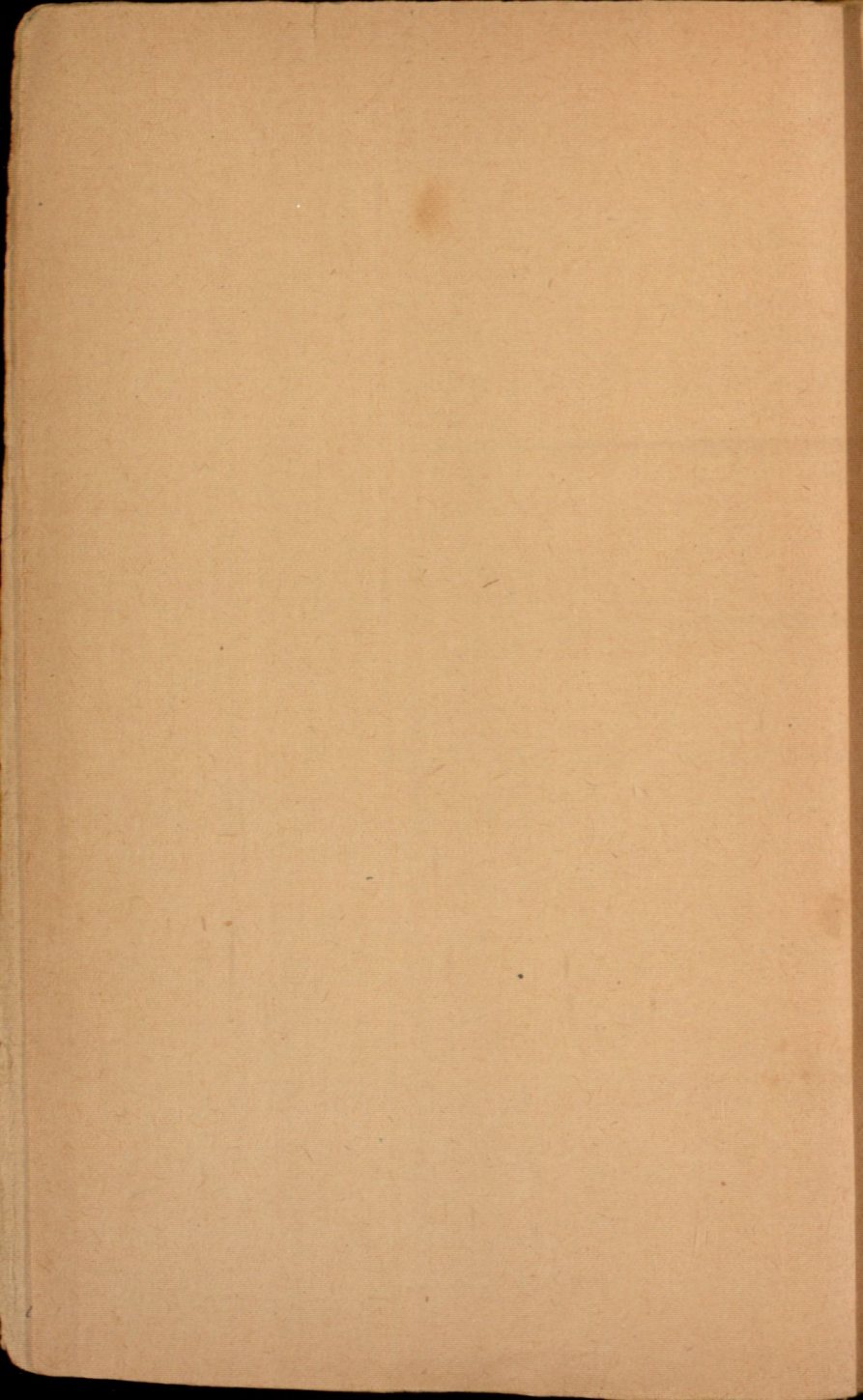
CUENTOS

ANGEL DELA FUENTE

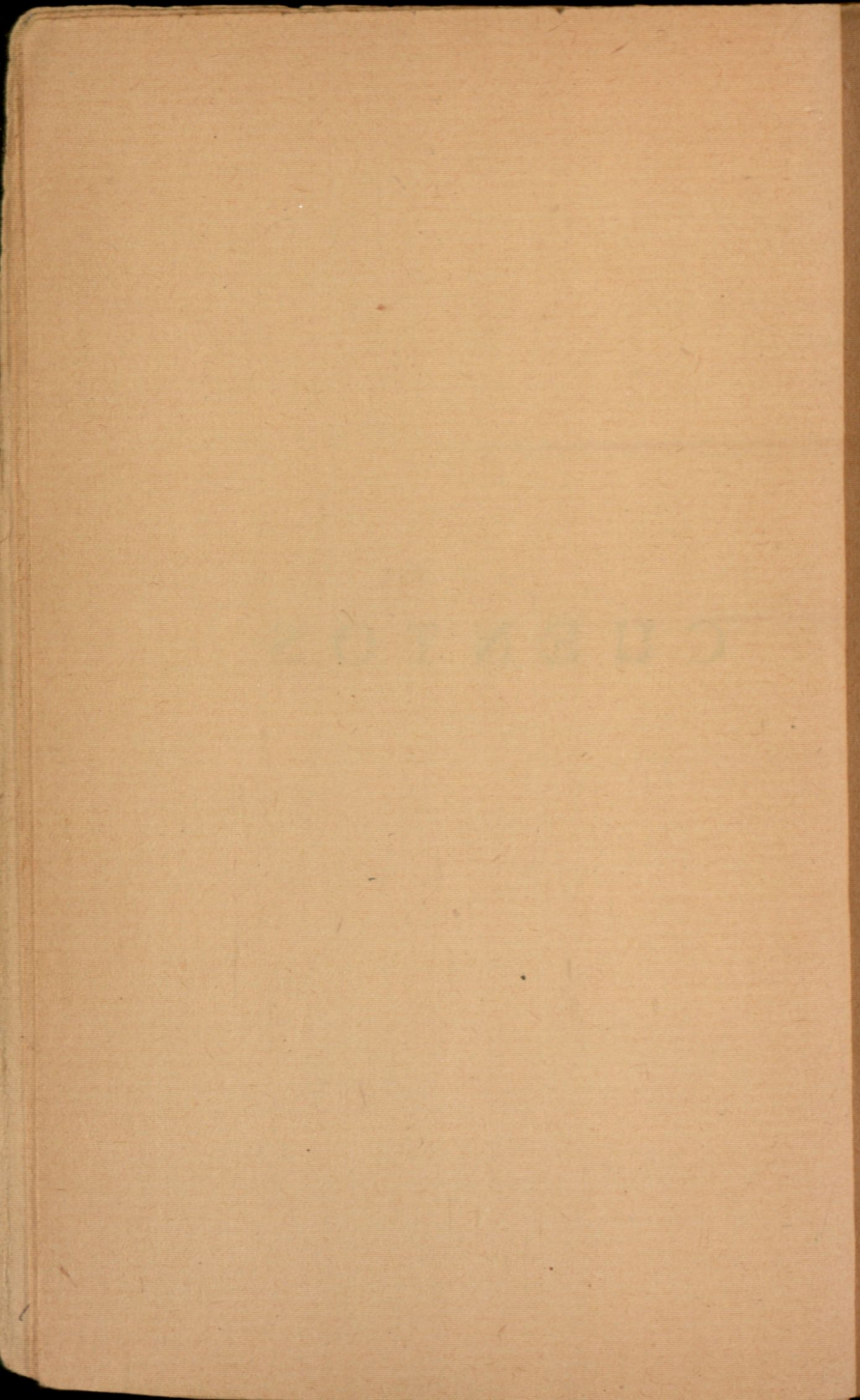
EDITORIAL ATLÁNTIDA

Arbuta Aracena

MBE



C U E N T O S



JOSE NOGALES Y NOGALES

CUENTOS

CON UNA CARTA A MODO DE PRÓLOGO DE
VICENTE BLASCO IBAÑEZ

Y UNOS DATOS BIOGRÁFICOS POR
ANGEL ANDRADA GAYOSO

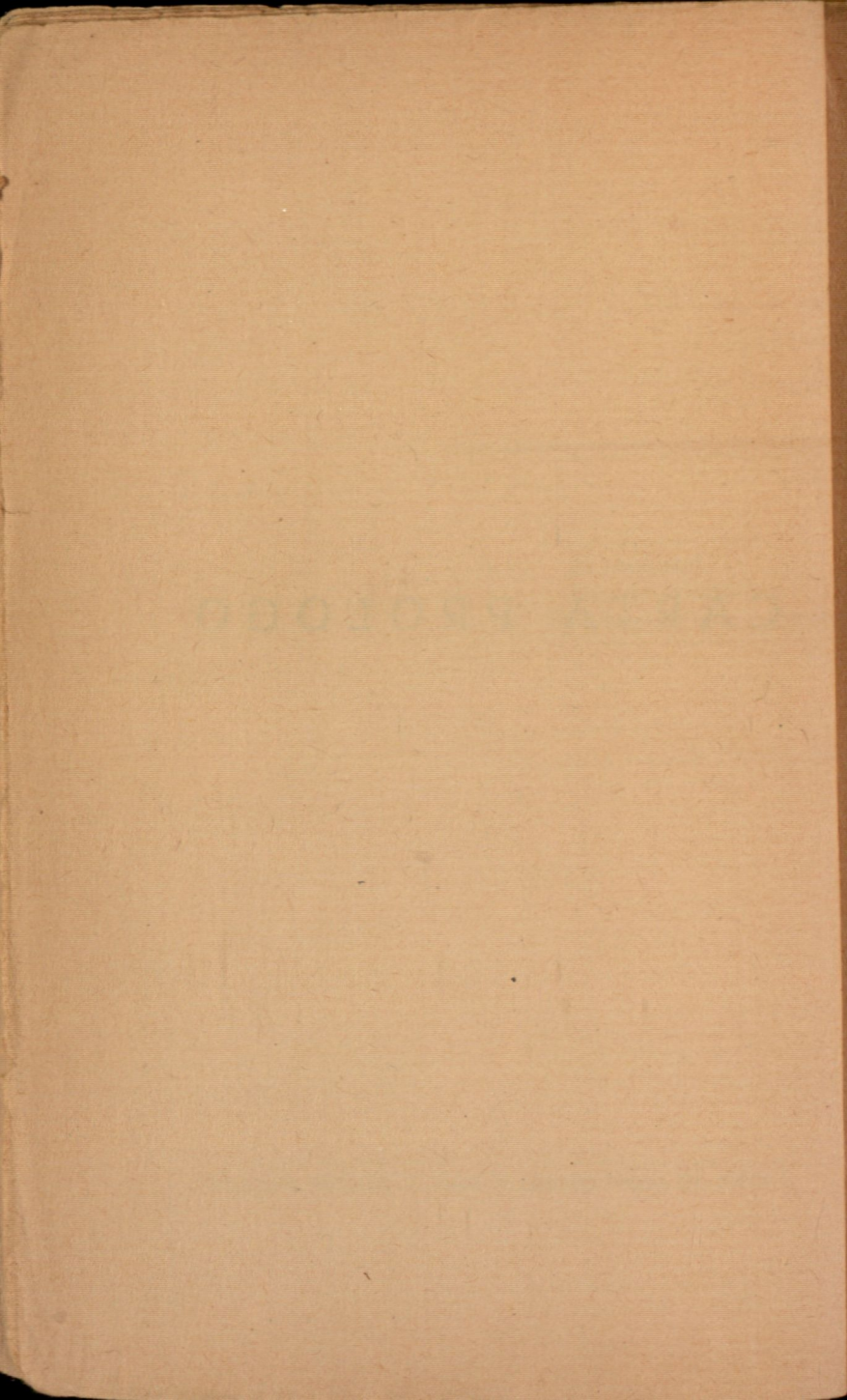


EDITORIAL ATLÁNTIDA
MENDIZÁBAL, 42
MADRID

Es propiedad.
Reservados todos los
derechos.

Imprenta Artística de Sáez Hermanos.-Norte, 21.-Madrid.

CARTA PROLOGO



EL ESCRITOR, SEGUN BLASCO IBAÑEZ

Me asocio al homenaje que El Liberal dedica a la memoria del gran cuentista José Nogales y lamento ver cerradas las puertas de mi patria, ya que esto me impide asistir personalmente a dicho acto.

Fuí compañero y amigo de Nogales, y uno de los episodios más interesantes de mi pasado es haber vivido con él en Toledo, durante varios días, en intimidad fraternal. Nogales había ido a la histórica ciudad impulsado por sus gustos de artista, poseedor de un asombroso talento de observación; yo preparaba en aquel entonces La catedral y hacía estudios de ambiente para dicha novela. Tratándonos a todas horas, nos conocimos más en aquellos días que al vernos luego en Madrid durante varios años.

Admiro a Nogales como uno de los mejores cuentistas de la literatura española. Tal vez no se encuentre uno que supere sus descripciones del campo. Fué un sensualista, un voluptuoso de la tie-

rra; las cosas inanimadas en apariencia adquirirían nueva vida latente y visible al conjuro de su panteísmo estético. Otros vemos el ambiente con nuestros ojos y lo copiamos en forma de líneas y colores; él añadía a la visión el tacto y el olfato, haciendo sentir al lector el roce de cada cosa, especialmente su perfume.

Después de transcurridos tantos años he olvidado el título de un cuento suyo publicado en la última época de su existencia; pero recordaré siempre la fuerza plástica de Nogales al describir un paisaje de Andalucía: los olores silvestres que se desprendían de su prosa pictórica, un hálito azucarado de colmena, de savias vegetales, que ahora vuelve de nuevo a mi olfato al evocar esta lejanísima lectura.

En España—país de novelistas que venera a una novela como la más grande de sus obras maestras—, Nogales merece vuestro homenaje, y ocupa lugar aparte en la historia literaria como artista de la descripción, poseedor de una verdadera magia evocativa

Además de gran escritor, fué un hombre, un verdadero hombre, en la más noble y alta acepción de dicho término. Nunca creyó que el artista debe mantenerse alejado de las ideas y de las luchas que interesan a su país. Una comunidad de fervores políticos y sociales nos unía a los dos, tanto como los gustos literarios. De carácter modesto y con una timidez que sólo le permitía ser verboso en

la intimidad, no osó nunca intervenir en las agitaciones populares; mas siempre fué republicano y siempre escribió en periódicos defensores del régimen democrático.

Podía llamarse patriota porque le interesaba el porvenir de su patria, no haciendo con esto más que seguir el ejemplo de todos los genios literarios de los países latinos, desde el Dante hasta Lamartine y Victor Hugo, artistas de ensueño, cazadores de nobles quimeras en sus horas de soledad laboriosa, apóstoles populares en otros momentos para dar a sus conciudadanos la mayor suma posible de libertad, de bienestar y de justicia.

El escritor tiene derecho a que su país le respete y admire su obra; pero pesa igualmente sobre él la obligación de interesarse por la vida del mismo país, de compartir sus dolores, fomentar sus entusiasmos, no mantenerse aislado por efecto de una pueril vanidad, creyéndose de esencia superior a los demás, ocultándose como doncella quebradiza en la famosa "torre de marfil".

Cuando los escritores no se interesan por el porvenir de la nación a que pertenecen y, faltos de valor, se encorvan ante el que triunfa o callan miedosos, la nación los desconoce a su vez o les escupe..., y hace muy bien.

Novelistas y poetas no deben ser una especie de flautistas que se ejercitan, lejos de la muchedumbre, ejecutando escalas y trinos, admirándose entre ellos por las agilidades de una habilidad, mu-

chas veces mecánica, que no envuelve ninguna idea.

Desde los siglos más remotos, el poeta, el artista literario, fué el vate, el vidente, el exaltado que, puestos los ojos en el porvenir, lo pobló de generosas ilusiones, alegrando con ellas la vida interna de las multitudes, mostrando, como una estrella roja clavada en el ébano de la noche, la quimera de hoy, que acaba por transformarse en la victoria de mañana.

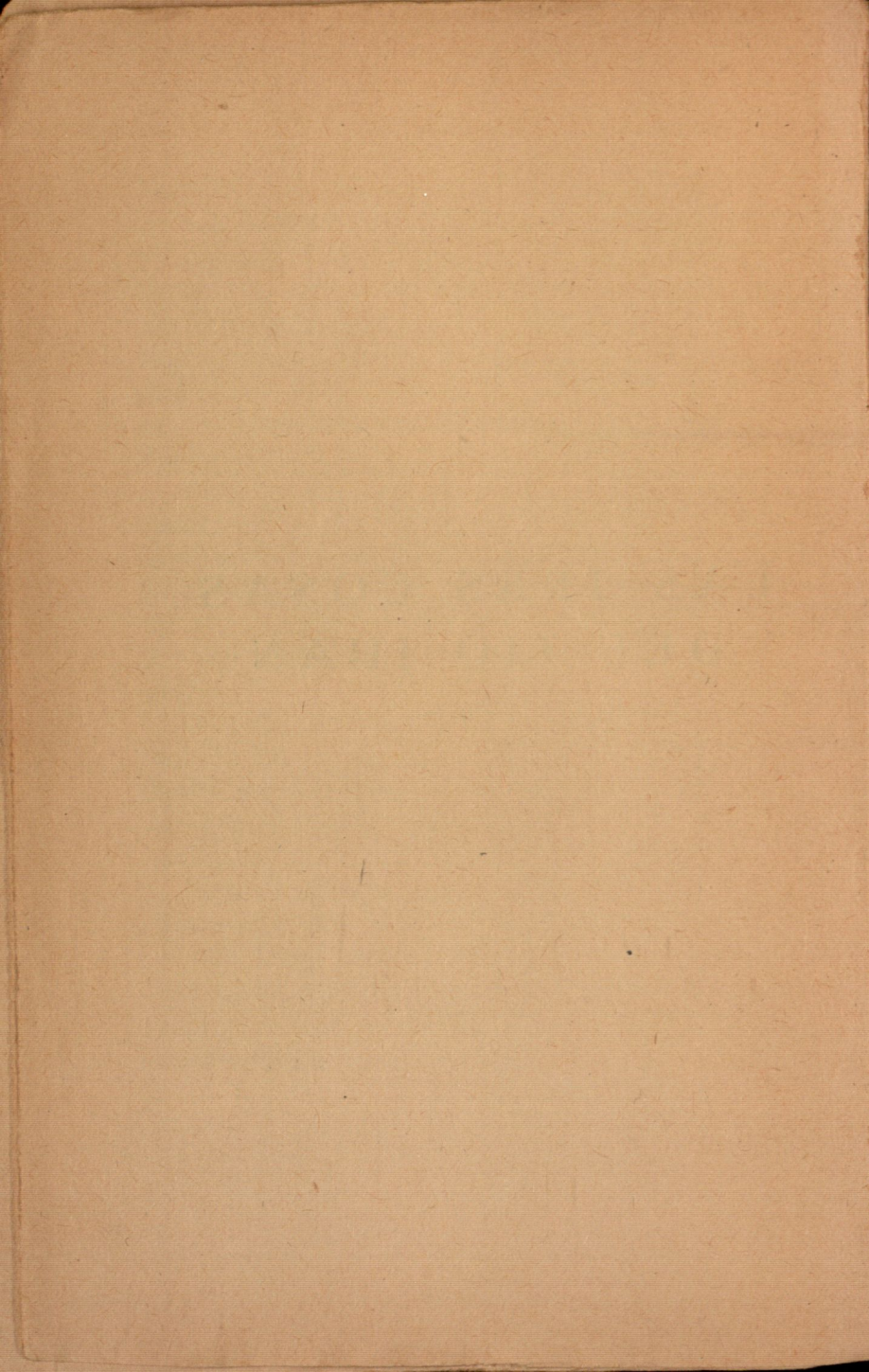
¡Adiós, maestro Nogales! Los jóvenes que para aprender a escribir estudiarán tus maravillosas descripciones, deben imitar igualmente tu vida modesta, silenciosa, siempre rectilínea, orientada hacia un ideal, pronta a servir al inmenso grupo de seres que seguían contigo la misma avenida de la vida.

Un pueblo puede vivir muchos años sin literatura. Se verá privado de un sinnúmero de deleites intelectuales; mas no por ello dejará de cumplir las funciones precisas de su existencia, y hasta es posible que realice grandes hechos en su historia.

Jamás a un pueblo le será posible vivir de veras falto de libertad. Tal vez subsista algún tiempo sin ella, como el enfermo que ya no se nutre, que sólo respira jadeando y se forja la ilusión de que podrá seguir así largamente, sin sospechar que la muerte avanza.

VICENTE BLASCO IBAÑEZ

LAS TRES COSAS
DEL TIO JUAN



Todo el pueblo sabía que Apolinar se estaba derritiendo vivo por Lucía, y que, aunque ésta no se derretía por nadie, no ponía mala cara a las solicitudes del mozo. Matrimonio igual: ella, joven, guapa, robusta y, de añadidura, rica; él, en los linderos de los veinticinco, no pobre, medio señoritín, por lo que iba para alcalde, y entrambos hijos únicos. No faltaba al naciente afecto más que el sacramento de la confirmación, y para eso no había otro obispo sino tío Juan, *el Plantao*, padre y señor natural de la dama requerida.

El ilustre linaje de los *Plantaos* distinguióse desde muy antiguo tiempo por una terquedad nativa, de que estaba justamente orgulloso, y, de haber querido proveerse de heráldica, su escudo no fuera otro que un clavo clavado por el revés en una pared de gules. Apolinar sentíase cohibido por esta testarudez hereditaria, y recelaba que el tío Juan saliese con una gaita de las suyas, porque era hombre que no se apartaba de sus síes o sus noes así lo hicieran pedazos.

No hubo más remedio que pasar el Rubicón... y tirarse de cabeza en aquellas honduras insondables de la voluntad paterna. El tío Juan había

dicho una vez: "¿Qué trae ése por aquí?" Y para los que le conocían el genio, era bastante.

—Ahora que está tu padre en la bodega, voy y se lo espeto, y Dios quiera que pueda salir con cara alegre... Pero antes dime, para que lleve fuerza, que me quieres como yo te quiero, con los redaños del alma.

—Apolinar, que me aburres con tus querereres y tonteos. Si quieres decirselo, anda; y lo que saques a mi padre del buche, eso será, porque yo también soy *plantá*.

Renegando de aquellos bravíos rigores de la casta, encaminóse Apolinar a la bodega, pasando primero bajo la llorosa parra, que tendía sus sarmientos como cuerdas secas, y después por el angosto corral, atestado de aperos de labranza y cachivaches de vendimia. En la puerta de la bodega enredósele un manojo de telarañas en el *bombín*, y tragando saliva entró en la oscura pieza.

—¡Tío Juan; eh, tío Juan...!

—¡Aquí! ¿Eres tú? Con este jinojo de tinglao no se ve gota.

Estaba el hombre muy metido en faena, en mangas de camisa, despechugado, con una pelambre de pecho que parecía una maceta de albahaca. Era más que medianamente apersonado, canoso y fuerte; y sudando, como estaba, parecía un oso polar.

—¿No se figura usted a lo que vengo?

—A tomar un jarrillo.

—No, señor; a tomar un parecer.

—Pues no es lo mismo. Pero, anda, suéltala; que no hay hombre sin hombre.

—Con esa licencia... no sé cómo le diga que Lucía me tira un poco, un pocazo, si se han de decir las cosas conforme son. Y como me parece

a mí que yo también le tiro una migaja, venía, porque es razón, a decirle qué le parece a usted de este tiraero que va por buen fin y por derecho camino.

Dióse tío Juan cuatro rasconazos en el testuz, y, volviendo las espaldas, fué a buscar el jarrillo y la venencia, y con ambas cosas en las manos, como quien echa el *Dominus vobiscum*, se abrió de brazos, diciendo:

—Todo el toque del hombre está entre un sí y un no. Así es que, antes de soltar uno u otro, hay que rumiar bien las cosas. Tomaremos un par de alumbradores, y que Dios sea con todos.

Y después de beber por riguroso turno, quedóse tío Juan rumiando aquel escopetazo, como un hermoso y prudente buey, que no pone la pata sino en terreno firme.

—Pues, atento a eso, digo que me parece a mí que la mujer se hizo para el hombre, y el hombre para la mujer.... y que por eso tiran el uno del otro. Pero como ni el hombre ni la mujer son siempre libres, otros han de agarrarse a la man-cera para que el surco salga bien hecho y la simiente no se desperdicie. Yo, que por lo de ahora soy el gañán en este negocio, te digo que quien quiera ayuntarse con mi cordera ha de hacer tres cosas, sin que ninguna le perdone; no haciéndolas, ya se puede ir con viento fresco y levantar la parva.

—Aunque sean trescientas haré yo con tal de meterme debajo del yugo. Eche usted, tío Juan, por esa boca, que ya se me hace tarde, y aunque me mande cargar con la bodega, todavía me había de parecer mandato ligero, según lo encalabrinado y emperrado que estoy con el aquel del tiraero que ya le he dicho.

—No soy tan bárbaro para mandar lo que está fuera de las fuerzas del hombre, por animal que sea. Las tres cosas que pido son éstas: que me traigan todos los días la primera gallinaza que suelte el gallo al romper el alba, para hacer un remedio de este dolor de ijares que me quita el resuello de cuando en cuando; que al que tenga ese querer, véalo yo una vez siquiera trincar un bocado de hierba sin doblar los corvejones, ni acularse ni tenderse; que el tal me dé candela en la palma de la mano el día de mi santo por la mañana, y esto ha de ser con sosiego, sin hacer bañes, ni meneos, ni soplar, ni sacudir.

—¿Nada más?

—En eso me he plantao, y ha de ser a lo justo; que ni sobre ni falte.

—Tío Juan, vaya usted preparando el yugo más fuerte que haya en casa, porque yo me lo echo encima, si Dios no dispone otra cosa.

Y Apolinar salió de allí con la cara radiante, bailándole los ojos en una ráfaga de alegría loca y dando al viento como romántica pluma aquel jirón de telarañas que se pegó en el sombrero.

—¡Troncho, qué suerte! Lucía, me ha dicho tu padre que te vayas preparando, que tenemos que abrir un surco.

—Qué tonto eres. ¿De qué surco hablas? Me parece que viene su merced algo repuntado y que el jarro habló más que las personas.

—Te hablo del surco que han de hacer en el mundo todas las yuntas humanas. Verás qué labor más dulce.

—¡Pero qué borrico te has vuelto!

“La del alba sería” cuando Apolinar acudió solicitamente a su corral, sin quitar ojo del gallo hasta que dió de sí el extraño remedio del mal de ijares, que en caliente recogió, bien así como si llevase dentro una preciosa esmeralda. Cumplida por aquel día la primera condición, y no sabiendo qué hacer a tales horas, tan desacostumbradas para su vigilia, fué con los cavadores a su majuelo a *matar el tiempo* hasta que el estómago le avisase. Al llegar a la viña, dijo a los jornaleros:

—Vamos a ver, muchachos: un cuartillo de vino hay para quien sin doblar los corvejones, ni acularse ni tenderse, trinque un bocado de sarmientos.

—¿Pero eso qué tiene que hacer? ¡Valiente hombría!

Y cuatro o cinco, los más jóvenes, salieron del grupo y, doblándose y enderezándose, sacó cada cual un sarmiento del modo y manera que los palomos cogen pajitas para hacer el nido.

—A ver yo.

¡Que si quieres! Cuantas veces quiso probar, dió de cabeza en el montón. Una risa franca y noblota alegró el majuelo, y hasta el sol de color de cereza que subía por la cuesta azul parecía una gran cara hinchada de risa.

—Para hacer eso hay que criar mucha fuerza de espinazo y que las patas no se blandeen. Es menester cavar viñas y darle al cuerpo buenos re-mojones de sudor.

—¿Sí? Venga un azadón. Este no pesa, otro...

Y como general que arenga a sus tropas, dijo, blandiendo el instrumento:

—Hoy seré uno de tantos. Hay que apretar..., y no os compadezcáis de mí si veis que revienta, porque necesito echar un espinazo que sea a la vez tronco de olivo y vara de mimbre.

Aquella fué una jornada heroica. Los cavadores, viendo cuán gallardamente trabajaba Apolinar, mermaron cigarros, ahorraron coloquios, apresuraron meriendas y sacaron el unto a sus brazos. Al ponerse el sol, no presentaba aquella cara burlona, henchida de risa, con que apareció entre las brumas de la mañana, sino otra muy grave, casi austera, que parecía complacida con la ofrenda del sudor humano que riega el terrón y fecundiza el mundo.

Al dar de mano, dijo el jefe de la cuadrilla:

—¿No has visto la sementera?

—No.

Y Apolinar sintió una vergüenza muy honda por aquella confesión hecha en pleno campo.

—Pues vamos, hombre; hay día para todo. Tengo una disputa con tu primo Epifanio: él, que lo suyo es mejor; yo, que lo tuyo. Como sementera temprana, la cebada nos llega a la rodilla; el trigo parece un forrajal.

Y fueron al sembrado, que con su verdor alegraba el alma, y en ella sintió Apolinar una voz gozosa que parecía brincar en otra mancha verde y lozana, gritándole: ¡Todo es tuyo; regocíjate, o no eres hombre!

Y se regocijó honradamente, paternalmente, como si toda aquella vigorosa fuerza germinativa hubiese salido de sus propias entrañas.

—¡Yo, que no había visto esto! ¡Maldito sea el casino y las cartas y quien las inventó! ¡Malditos los tabernáculos, que nos chupan el tiempo y no nos dejan ver esta gloria, esta bendición de Dios derramada por los campos!

Los sembrados del primo Epifanio no resistían la comparación. La tierra era la misma; pero rutinas, codicias, caprichos, ignorancia y necesidad la

habían esquilgado y empobrecido. El viejo jornalero explicaba el caso.

—Dale a un trabajador carne y vino; a otro, papas y tomates. Eso es la tierra: un trabajador. Según le echas, así produce.

Apolinar sintió que otro amor sano y fuerte se le entraba en el alma: el amor a la tierra, el amor a lo suyo, el gozo íntimo y callado del que posee, del que se conforta al calor del surco, como semilla que germina, brota, crece y se reproduce.

—¿En qué estaría yo pensando? Tío Agapito, usted me hace un hombre. Voy a echarme al campo como una fiera.

—¡Al campo, al campo! Esa es la ubre... ¡Si vieras a cuánto gandul mantiene el campo!

—Yo soy el primero. Mejor dicho, lo fuí. Ya soy otro. Me duelen los pies..., zapatos de vaca... Me duele la cabeza..., tiraré este apestoso *bombín* y compraré un sombrero de esos fuertes, como si los hicieran de cerdas de cochino. No más vestidos de carnaval. Tío Agapito, un abrazo, y pídale usted a Dios que allá, por la primavera, pueda yo comer hierba sin doblar los corvejones.

* * *

No durmió bien, porque el excesivo cansancio riñe con el sueño. En las manos parecían arder sus huesos desencajados; el espinazo se le engarrotaba..., y en medio de sus dolores, otro sentimiento nuevo lo iba conquistando mansamente; un sentimiento de infinita piedad hacia el jornalero desheredado, que todos los días, a cambio de unos cuartos roñosos, aumenta el caudal ajeno con bárbaro derroche de su propia vida; y como a la madrugada oyese cantar al gallo, pregonero de su

deber y compromiso, volvió a ver la claridad del naciente día, y otra vez cogieron sus doloridas manos el azadón lustroso, y el sudor del amo cayó como lluvia fecunda en la heredad, que parecía estremecerse de amor y agradecimiento.

Y un día tras de otro, se fué curtiendo al sol y al aire, y mientras más se endurecía la corteza, más nobles blanduras aparecían por dentro.—Como la viña de Apolinar no hay ninguna. La sementera de Apolinar es la capitana. ¡Qué suerte de hombre!—Este era el tema de conversación entre la gente labradora. Los jornaleros se disputaban la casa, porque había formalidad y trago de vino, y allí no se hacía el agio vergonzoso para la baja de jornales. Con Apolinar trabajaban los sanos, los hombres de empuje, estimulados con su ejemplo.

Pasó el invierno, y el sol primaveral vistió el campo de gala. Los habares en flor henchían el aire de aromas purísimos; los trigos azuleaban; los cebadales se mecían orgullosamente a compás del viento; las yemas del higueral, reventando al esfuerzo de las primeras hojas, tendían al sol una espléndida gasa de oro verde..., y los viñedos extendían sobre la rojiza tierra otra gasa de pámpanos, y ya el olor temprano del cierne se esparcía como una caricia dulce y vivificante.

Llegó el día de la prueba; el día temido y deseado en que Apolinar tenía puestos todos los grandes anhelos de su vida. Antes que el canticio de los gallos sonaron las campanas de la torre con un repique de gloria, de alegría, como voces de un coro nupcial que celebrase las bodas del cielo y de la tierra.

No pudo Lucía convencer a su padre de que, al menos aquel día, debiera pasarlo con la cha-

queta puesta.—Me ajogaría.—Y por parecerle esta razón de suficiente peso, no daba otra. Con orgullo hereditario cubría su busto de oso polar con limpisima camisa de lienzo, por entre la cual se desbordaba la crespa pelambre como maceta frondosísima. Cuando entró Apolinar, ya estaban allí el primo Clímaco, la hermana Bella con su dilatada prole, los trabajadores de la casa y varios vecinos, atraídos por aquellos olores de cocina y fritanga, fieros despertadores de la gula.

—Que los tenga usted muy felices, tío Juan y la compañía.

—Apolinar, tantas gracias, y lo mesmo digo.

—Vaya, aquí tiene usted la gallinaza de hoy, que parece un bruño.

Y sin pedir permiso, fuése a la cuadra y trajo un brazado de amapolas, que tiró al suelo.

—Tío Juan, eche usted cuenta.

Y más ágil que un pájaro, doblóse y pescó un manojo de hierba en flor que le caía sobre el pecho como una llama.

—Si usted quiere, me la como.

—No tienes que comerla. El toque está en trin-carla.

—Lucía, coge el ascua más grande que haya en la hornilla: hala, ya está. Tío Juan, encienda usted su cigarro, y si quiere liar otro, por mí no hay apuro; que ni me meneo, ni bailo, ni soplo, ni sacudo... ¡Como que tengo aquí un callo que me parece una onza de oro!

—Ya está. Ahora..., justo, las tres cosas. Ahora, tú, Lucía, abraza a este bruto.

El bruto no esperó a Lucía; él la abrazó con toda su fuerza.

—Tío Juan, ¿de veras que es para mí?

—Para ti, cernícalo. Y dale gracias al gallo que

te curó; porque ni yo tengo dolor de ijares ni cosa que se le parezca.

—¿Entonces?...

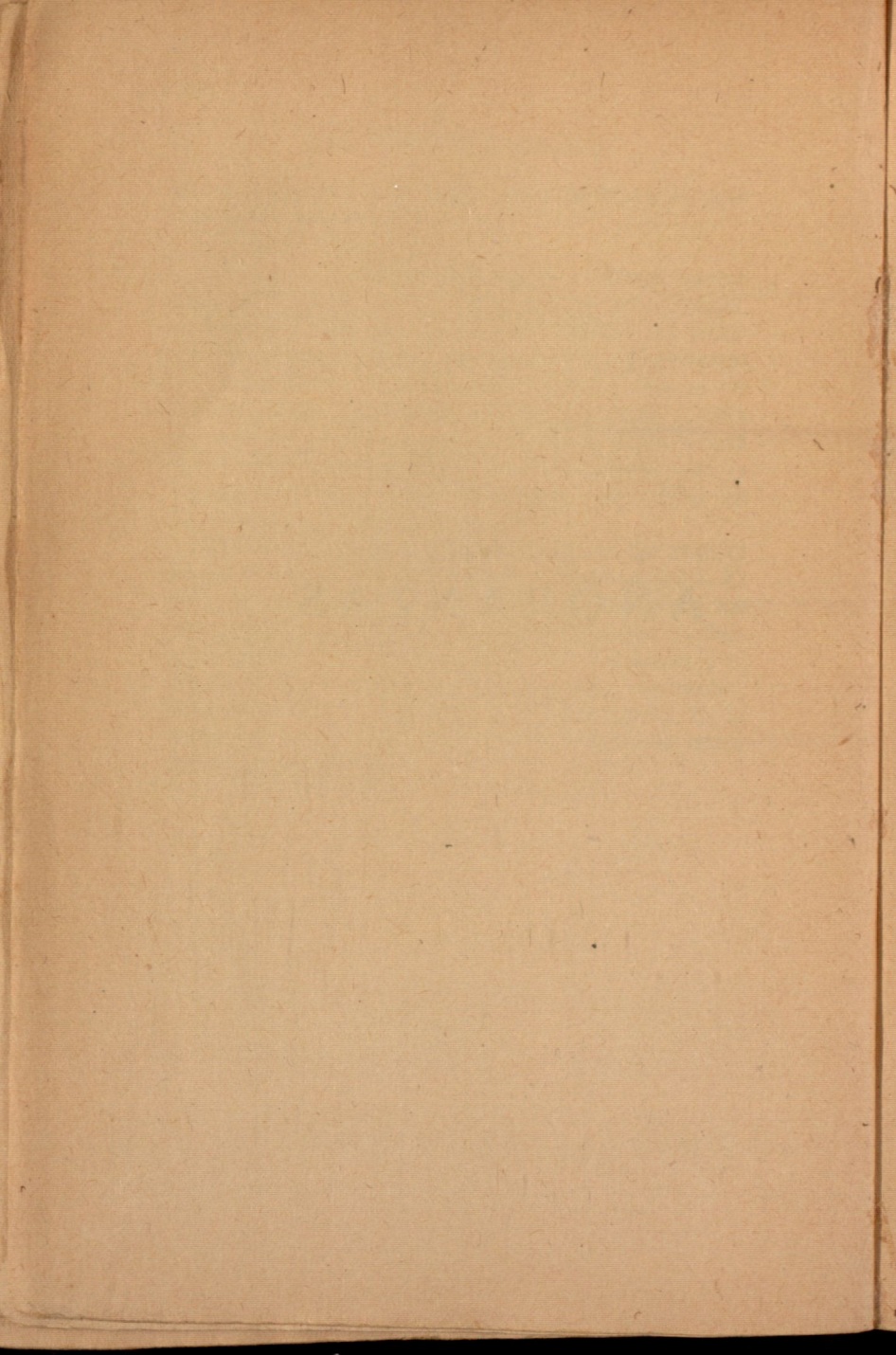
—No seas borrico—dijo Lucía—. Padre quería que madrugases; si no madrugas, no me abrazas.

Apolinar soltó un relincho estrepitoso; un relincho de salud, de amor, de fortaleza y de ventura.

—¿Sabéis lo que soñé esta noche?—dijo el tío Juan—. Pues que yo era el Padre Eterno, y ésta mi cordera era la España, y yo se la daba a una gente nueva, recién venía no sé de aónde, con la barriga llena, los ojos relucientes, con callos en las manos y el azaón al hombro...

Un alarido triunfal hendió como dardo sonoro el aire azul de aquella serena mañana del estío. El sol, deslumbrante, caía en lluvia de oro sobre los aperos de labranza; dos mariposas de color de fuego volaban bajo el fresco toldo de pámpanos, y el alegre repique de las campanas parecía responder, allá, en lo alto, al alborozo de la raza nueva, de la raza fuerte, que abría su fecundo surco de amor en la llanura humana.

AÑORANZAS



La vida es un círculo... es muy exacta la antigua alegoría del tiempo, es decir, de la vida: una serpiente mordiéndose la cola. Por lo regular, volvemos a nuestro punto de partida. El viejo a ser niño, el sabio a ser inocente; todos, a suspirar por aquellos días algo más placenteros que los siguientes. Concluimos por mordernos la cola de un modo atroz.

“¡Ah, quién me diera ser hombre ya!” Este es el grito más imbécil que lanza la humanidad de traje corto. Es como si dijéramos: ¿quién me diera estar ya en presidio? Gracias a que Dios no nos lo puede tomar en cuenta, merced a la absoluta ignorancia del que tal cosa pide.

Salimos de la niñez, nos caemos del nido, y ¡entonces sí que estamos a gusto! La mar salada no tiene el amargor de estos mares en que braceamos. Unos se hunden, otros se estrellan, otros se ahogan en la misma playa, algunos llegan a coger tierra firme..., es decir, firme en lo que cabe, y aun éstos ya no son los mismos: el áspero amargor de las olas que cruzaron no se les quita nunca.

Se necesita tener la inmensa fortuna de ser es-

túpido de rabo a cabo, para sentir intensa y soberanamente la alegría de vivir..., y aun esos mismos felices se "muerden la cola".

Yo estoy entregado ya a esa inefable operación. He llegado al punto crudo del ciego aquel que se lamentaba de no poder ver el mundo, a quien su lazarillo lo consolaba diciendo: —¡Ande usted allá, mi amo, que para lo que hay que ver!... Quizá tengas razón—respondíale el ciego.

Para lo que hay que ver... miremos atrás, allá muy lejos, donde siquiera se mueven cosas agradables. Necesitaba yo para dar culto de la memoria a ese montón de alegres fantasmas evocados por un hondo y sincero hastío de lo *actual*, encontrar voces dulcísimas no ajadas por el diario manoseo, ecos de una sencillez clásica que no olieran al aceite del estudio. Ni el castellano, ni el latín, ni el griego... Algo como un quejido de la selva libre, llevado por la niebla que se enreda en los árboles.

Y el recuerdo de una poesía de Rosalía Castro, la musa galaica, dulce y quejumbrosa como el clamor de la gaita que suena en las orillas de las rías y en las verdes montañas, fué el soplo humano que sacó llamas de las cenizas aún calientes:

"Baixo a prácida sombra d'os castaños

D'o noso bon país.

Baixo aquelas frondosas carballeiras

Que fan doçe o vivir.

Cabe a figueira d'a paterna casa

Que anos conta sin fin.

¡Qué contos pracenteiros!... qué amorosas

Falas se din ali.

Risas que s'oyen n'as serans tranquilas

D'o cariñoso Abril!

E tamén ¡qué tristisimos adioses

S'acostuman oír!"

.....

Veo aquel rincón del mundo donde pasé tantos días alegres... Lejos de todo camino está la heredad: para llegar a la casona de labranza con su suelo enlosado con losas arrancadas allí muy cerca, con su zarzo oscuro pintado por el hollín y sus grandes doblados oliendo a heno, hay que pasar por una larga vereda limitada por dos hileras de zarzales. El castañar se extiende a un lado y otro: en la casa hay una higuera *que anos conta sin fin*; en sus ramas, opulentamente vestidas en el verano, desnudas en el invierno, dormían las gallinas y los pavos.

Pero no es allí donde se detienen a jugar mis recuerdos: van más allá unos cuantos pasos, a la viñita que parecía un jardín, al valle lleno de cerezos y guindos y manzanos enanos que hay en ella, donde una casita blanca, tan grande como un huevo, abre su fresco emparrado delante de la puerta y da al viento el olor de los rosales que la rodean como un cinturón primaveral.

Desde allí se oía la nota clara, fresca y perenne de la fuentecica que llenaba la alberca con su chorro nunca agotado, siempre riente, con una alegría de inocencia inalterable. Allá en lo más hondo, la huerta: más allá, la masa frondosa de un verde metálico del castañar; en él, corriendo como una grieta verde, el barranco, un barranco que para nosotros tenía su leyenda: una vez mi abuela quedó dormida a la orilla de aquel barranco montuoso y la despertaron tres corzos sedientos que iban a beber... Al cabo de los años mil, buscábamos los corzos entre las matas de juncos y los zarzales. Enfrente de todo esto se alzan los Azores, unos montes altos, trabados y unidos como una formidable muralla. Muchas veces subíamos a la cumbre, jugando, sin cansancio alguno, y vol-

víamos al valle con la boca verde de mascar hinojos y la ropa oliendo a tomillo.

¡Ah, las cerezas aquellas que picaban las oropéndolas y los mirlos! Mis hermanos y yo nos hartábamos: los mayores empujábamos a los chicos, y allá entre las ramas, parecíamos también oropéndolas y mirlos picando aquellos glóbulos dulces, colgándolos a guisa de zarcillos en las orejas, tirándonos los huesos...

Allí tenía yo también mi biblioteca, los dos libros en que aprendí a leer: un compendio de la Biblia y un tomo de poesías de Arolas. Esa fué mi primera papilla literaria. Cuando me cansaba de jugar me iba debajo del emparrado, cogía uno de esos libros y me ponía a leer, torpemente, pero no sé qué clase de claridad tenían para mí aquellos renglones leídos entre los esplendores del campo, a la luz de un sol purísimo filtrado por entre los pámpanos, que sentía la gran belleza de aquellos cuadros bíblicos, de aquellas leyendas de pastores que hablaban con Dios, Abraham, Jacob, José..., y hasta me parecía oír el balido lejano de sus rebaños apacentados a orillas del Jordán, en los collados de Palestina.

Una melancolía infinita dejaban en mi alma de niño las orientales de Arolas y aquellos romances caballerescos que me descubrían un mundo agigantado por la rima. No sé por qué, pero es lo cierto que nunca he vuelto a sentir la poesía con un tan hondo y espontáneo sentimiento del ánimo. Cinco versos de Arolas me hicieron por primera vez llorar cosas, que no eran *cosas mías*.

“Era un templo, era un altar
donde llora el desvalido:
yo lloré, volví a pasar...”

¡y era polvo consumido
que también me hizo llorar!"

Esto viene a ser como la "primera plana" de mi espíritu. Por eso, aunque borrosa y descolorida, la guardo como oro en paño.

Cuando empezaba a correr la savia, cogíamos varas de castaño, a las que sacábamos lindamente la corteza para hacer trompetas, unas endiabladas trompetas roncacas, con que respondíamos a la gran serenata de los grillos. En el verano nos íbamos a la era, a *nadar* en la mies: de día a sentir la impresión de un sol que deslumbraba, a coger las cigarras cansadas y afónicas en los olivos; de noche, a recibir en la calma silenciosa la mansa lluvia de luz que nos mandaban las estrellas ...

En el otoño la vendimia: el vallecito se henchía de cánticos y risas, el mosto pringaba las verdaderas, nosotros nos poníamos que no había por dónde asirnos. Más adelante, empezaban los erizos a tomar un color de oro viejo; después se abrían hoy un poco, mañana más, hasta que soltaban su presa, y las castañas húmedas, restallonas, pulidas en aquella cápsula aterciopelada en que se criaron, llenaban el castañar. Por las mañanas aparecían cubiertas de escarcha que el sol iba derriendiendo.

Entonces hacíamos largas y temerosas excursiones al *manchón* en busca de madroños. Nos perdíamos en aquellas aperturas montuosas en que sobresalían los robles y las madroñeras. Cogíamos las acres bayas de la cornicabra, sentíamos en las manos el olor mareante de las torvizcas amargas, nos enredábamos en los brezos, nos empegostaban las jaras, nos pinchaban las hojas de las carrascas silvestres..., de vez en cuando veía-

mos correr un conejo alzando el rabo; dábamos voces para que corriera más... y, perdidos ya en aquel ondeante laberinto, alguno de nosotros, fingiendo espanto, gritaba a los chicos: “¡Eh, que viene el lobo! ¿No visteis el pelo y los ojos echando chispas de candela?” Y con el llanto y las risas se estremecía el *manchón*.

Cierto día fuí muy cruel: tenía un nido de alcandones a la vista, y todos los días subía al olivo para inspeccionar los progresos. Huevos nada más; pollitos sin pluma, volanderetes ya: ¡ésta es la mía!, y, sin aguardar a razones, cojo el nido, lo arranco de la rama y me lo llevo. Los pollos armaron el escándalo, acudieron los padres y me querían sacar los ojos. Sí; aquellas aves mansas me perseguían dando chillidos feroces, no temían al “rey de la creación” que se llevaba sus hijos. Nunca he visto valentía semejante.

Mis hermanos, asustados de veras, me gritaban: “¡Suéltalo, déjalo! ¡Mira que te van a picar!” Pero yo era el “rey de la creación”, y tenía derecho a ser cruel como cualquier monarca. Sentía los fieros aletazos, no tenía tiempo para quitármelos de encima con la mano que tenía libre... Cuando dejé a buen recaudo el nido con sus polluelos, vi a los padres que se alejaban desconsolados. Posados en la rama misma donde habían hecho el nido, se mantuvieron todo el día piando desesperadamente. “¡Cómo cantan los alcandones!”—dijo un bruto que pasó por debajo del árbol—. ¡Cantar! ¡Le llamaba cántico al lamento querrelloso que estremecía las piedras!

Fué mi primera y última hazaña de crueldad con los pájaros. Y creo que la pagué bien cara. A los pocos días vi a la *jaca blanca*, un venerable penco noble y trabajador que estuvo en nuestro poder

hasta la muerte, atada a un olivo y dando fin calmosamente de un más que regular haz de forraje. Acercarme y alborotarse el penco todo fué uno. No puedo decir cómo pasó el lance; sólo recuerdo que abrió la boca y con sus dientes grandes como fichas de *dominó* me agarró por el pecho y me elevó con el pescuezo tirante hasta la copa del olivo. —¿No quieres nidos?—parecía decirme—. ¡Pues sube por ellos, anda!

Creo que yo armaría tanto escándalo como los pajarillos. Acudió gente, quitáronme de la boca del bruto, le dieron una paliza proporcionada a tan grande desacato, es decir, hasta que echó el forraje por los ojos. Habíanse cambiado las tornas; antes fui yo el más débil; después, ante los gañanes, estaca en mano, el penco delincuente era el más débil, y bien se lo hicieron conocer.

Resultado: que me quedó una gran mancha de color de terciopelo oscuro en el lado izquierdo del pecho que sólo desapareció mediante el trabajo guloso de unas sanguijuelas. He ahí la profunda relación de los hechos en el mundo. Aquellas pobres sanguijuelas, ahitas de agua y metidas ayunas en un bote, estarían pidiendo sangre. Para conseguirla fué necesario que estuviera el venerable penco atado al olivo y celoso de su forraje; que yo me acercase a él, que él saliera de sus casillas por vez primera, que me agarrase en carne, que la magullase bien... En último resultado, yo y el penco blanco trabajamos para las sanguijuelas. ¿Para qué otra especie trabajarían ellas en mi carne magullada?

Tocavía conservo la cicatriz de las picadas, y las conservaré ya toda la vida: trazan una especie de cruz sobre la piel, una condecoración indeleble que me recuerda constantemente una ho-

rible crueldad y una famosa justicia. Porque me complazco en creer que los dientes del caballo fueron aquel día instrumentos vengadores de aquella doliente pareja que lloraba a sus hijos en la rama solitaria, con un piar lamentoso que hacía estremecerse a las piedras.

¡Qué noches aquellas de la infancia en el campo! Mientras los grillos repiten la única nota de que disponen, suelta el sapo en la charca su voz aflautada, como el eco dulce de un instrumento pastoral. Las luciérnagas se arrastran llenando las hierbas olorosas de suaves resplandores de pedrería, ¡bichitos de luz!, y a mis hermanitas les ponemos diademas oscilantes, topacios vivos que iban y venían enredándose en los cabellos... Allí aprendíamos el mapa del cielo, un mapa pintoresco que un pastor nos enseñaba: nuestro observatorio eran los haces de heno que olían a flores secas, a semillas, y en ellos nos tumbábamos cara al cielo, para abarcar aquel inmenso casco azul llenito de estrellas. *El carro, las mulas*, la estrella *clavá* que no se menea *pacá ni pallá*, según el maestro; las cabrillas, las tres marías, los *artillejos*, el *lucero miquero*..., y en el rodar majestuoso de aquella serena inmensidad, hallaban los pastores la hora y leían las próximas alteraciones de la atmósfera.

¡Ah, heredad querida, casita blanca, valle florido, fuentecita que ríes o cantas la misma canción con tu chorro inagotable, castaños umbrosos, cumbres olorosas, prados alfombrados de rosas bravías, manchón montuoso con tus robles y madroñeras, montones de heno rellenos de luciérnagas, cigarras y grillos incansables, cánticos de la vendimia, días espléndidos, serenas noches, leyendas de la Biblia, versos de Arolas volando como mariposas de color de fuego bajo los frescos parra-

les, infancia, infancia, bien del mundo!... ¡Cuán lejos estáis!

Aquel vallecito me atrae..., aquellos cerezos y guindos mueven sus ramas como llamándome: ¡Ven, ven! El alma reseca y lastimada, que no en balde chocó tantas veces en pedernal y en acero, vuélvese allá “mordiéndose la cola”. ¡Ven, ven!, aún hay cerezas y oropéndolas y mirlos que las piquen. ¡Ven, ven! Y el alma, anhelando esas blanduras bienolientes, esas pacíficas soledades en que las grandezas son reales y efectivas y la Naturaleza tiende su manto opulentísimo, verde en la tierra, azul en los cielos, murmura queriendo o sin querer:

Baixo a plácida sombra d'os castaños
D'os noso bon país.

.....

¡Ay! No voy, acaso no iré. Varias veces estuve cerca, a unas cuantas leguas. Subía a los picos más altos, y desde ellos miraba... ¡Por allá debe ser! Aquella niebla que sube, aquella mancha oscura que parece de árboles...

Si fuera, y el vallecito no despertara en mí la vibración intensa que yo guardo como oro en paño; si los rosales no dieran las rosas de antaño y los cerezos y los guindos y los manzanos no tomasen vida y pasión en mis recuerdos; si la casita no fuese ya el nido de mis primeras emociones estéticas, y aquel pedazo de tierra impasible y profanado no fuese sino tantas o cuantas fanegas destinadas a esto o lo otro; si todo aquello no me hablase como me debe hablar, entonces, ¡ah, no “me mordería la cola”; me la arrancaría a pedazos!

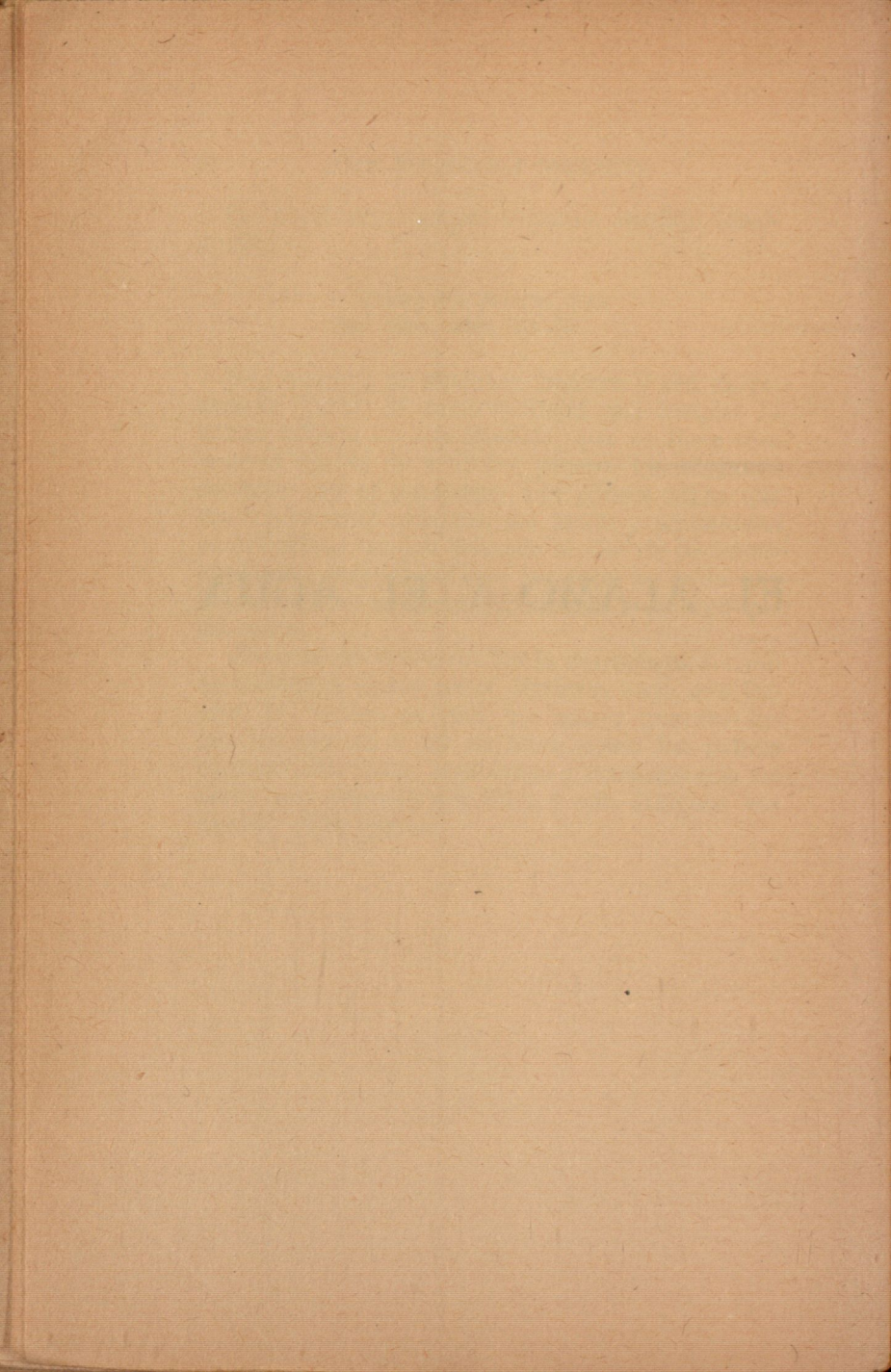
Es mejor esto: seguir soñando, tendido idealmente:

Cabe a figueira d'a paterna casa
Que anos conta sin fin.

Hay avaricia de ilusiones, hambre y sed de recuerdos puros, de oasis mentales que templen la aridez infinita de este desierto, que no tiene otra bondad que la de acabarse pronto. La añoranza es dulce por el espejismo. Las pobres algas que las tempestades arrancan del fondo y amontonan en las playas, siguen llenando el aire de perfumes excitantes, bajo el sol que las seca, la brisa que las deshilacha, la arena humedecida y amarga que las pudre.

¡Guardemos el tesoro! No lo derrochemos como derrochamos tantas cosas. Mientras haya una ilusión, el hombre es rico. Yo quiero guardar las que me quedan y oír de lejos, como los pobres amantes obcecados, algo tierno y tranquilo que me llama con rumores apacibles y con antiguos encantos: ¡Ven, ven!...

EL ALAMO Y EL AGUA



Allá en el rincón más descuidado de la huerta, sobre la tierra menos productiva, crecía flacucho y enfermizo un triste álamo.

¿Quién llevó hasta el rinconcillo cubierto de zarzas el germen de aquel árbol?

La casualidad... el viento: una ráfaga demente lo arrancó, Dios sabe de dónde y, en los vaivenes que daba en el espacio, lo dejó caer y se marchó riendo.

La tierra lo recogió: le dió el calor de su seno fecundísimo y de aquel átomo incoloro nació después un organismo espléndido.

¡Qué de cuidados en su infancia! La tierra le entregaba su jugo: el sol filtraba sus rayos entre los tiernos brotes, las zarzas le defendían con sus hojas de las heladas y con sus espinas de la voracidad de los animales.

El rocío esponjaba de noche sus tallos y refrescaba sus yemas y el viento le llevaba ruidos de la selva, perfumes de los prados, ecos de los cantares de los pájaros y balidos de las ovejas, sensaciones extrañas que engendraron los primeros síntomas de la ambición y del deseo...

El mísero arbolillo quería ver esas mil cosas de que el viento le hablaba y él no entendía.

Y fué creciendo, creciendo, hasta dominar con sus ramas toda la huerta.

Entonces ¡qué de luchas! La tierra no tenía jugo para alimentar a aquel grandullón inútil que cada vez pedía más y exigía abundante sustancia: las zarzas, alarmadas por aquel chupar sin tino, comenzaron a ahogarle entre sus espinosas ramas, y el pobre arbolillo, de tal modo combatido, languidecía y enfermaba.

En vano sus raíces buscaban humedad en las entrañas de aquella tierra empobrecida; en vano dirigía hacia las nubes que sobre él pasaban las mil fauces abiertas de sus hojas.

Y llegó el día en que el álamo raquítico descubrió, ¡oh sorpresa!, un manantial de agua cristalina y fría, que a borbotones saltaba al pie de unos riscos, y encauzada entre juncos recorría, regándola, una gran parte de la huerta.

Y aquel árbol solitario y triste sintió profundos estremecimientos: la savia circuló con indecible fuerza; parecía que bajo de aquella corteza ruda palpitaba un corazón humano.

Enamorado del agua aquel enfermo sediento, no pensó más que en gozarla: ya, ni las espinas de las zarzas le hacían daño.

Llegó a sentir el ansia insensata de la posesión y con rencores de muerte miraba a un pomposo moral que orgulloso mojaba sus raíces en el agua.

Y entre el silencio de la noche, escuchaba el cántico de aquella movible sirena, que decía:

“Yo soy el amor, yo soy la vida.”

“Yo traigo de los senos de la tierra tesoros de placer y de alegría.”

“Yo fecundizo como el sol y acaricio como el

aire y tengo notas más bellas que las notas del pájaro y ritmos más dulces que el canto de los ángeles.”

“Yo soy la onda que embriaga con sus vaivenes; la nube flotante que adorna con sus vaporosas gasas el espacio; el hielo que esparce la luz como el diamante; la nieve inmaculada como el alma de las vírgenes.”

“Yo soy el amor, ¡yo soy la vida!”

Y el álamo sediento abría todos los poros de su tronco y de sus hojas, para escuchar el cántico de aquella linfa bullidora y escurridiza que corría murmurando amores entre besos y carcajadas.

—¡Acércate o me muero!

Y ella respondía:

—¡Imposible! Tengo ya trazado mi camino.

—¡Ven, que me abraso!

—Para ir hasta tu tronco necesito que una tormenta me abra cauce.

—¡Venga la tormenta!

—¡Loço! Las tormentas traen rayos.

—¿Qué me importa, si te traen con ellos?

Y el agua seguía cantando y el álamo, celoso del ufano moral, miraba con su gaita al cielo, como olfateando los destellos de la tempestad, anhelando de su esperanza.

* * *

Una noche avanzaba hacia el poniente negra nube cargada de malos propósitos.

Vagos reflejos de luz cárdena rasgaban a intervalos la oscuridad de su entraña. Parecía el cerebro de un hombre cuando piensa algo terrible.

La corriente de aire girando en inmenso remo-

lino, empujaba a otra nube no menos amenazadora en sentido opuesto a la primera.

Llegaron las dos a un punto en que se vieron y se pararon, contemplándose.

¡Qué calma más profunda! Ni una ráfaga levísima agitaba los pimpollos de los árboles.

Por fin una de las nubes rompió el silencio y con un vozarrón estruendoso y enorme gritóle a la de enfrente, pidiendo paso franco.

Con más fragor y con más rudeza contestó aquella al pavoroso requerimiento.

Entonces se sintieron ráfagas que azotaron los campos; relámpagos cruzándose como saetas de luz en la negrura del espacio y se percibieron trepidaciones extrañas, como el resuello de dos titanes que toman aliento para destruir un mundo.

Las dos nubes movieron con vertiginosa rapidez sus alas de vapores y corrieron sobre los vientos desencadenados hasta encontrarse en un punto de la bóveda, donde chocaron, surgiendo algo espantoso de aquel choque que conmovió los cielos y la tierra.

Abriéronse los senos de las nubes y volcaron sus estanques sobre el campo. La luz del relámpago anunciaba el fragor del trueno, y allá caían hendidos por las centellas los árboles y las rocas seculares.

Y entre el inmenso rodar de la tormenta, el álamo seguía llamando a la linfa del manantial con voces de ternura y con suspiros de amor.

El agua hinchaba las márgenes de tierra para abrirse cauce; engrosada su corriente por el aguacero torrencial, se filtraba y lamía y empujaba la débil barrera, hasta que en un momento de presión desesperada, la tierra empapada y blanda cedió, y aquella sierpe desató sus anillos oscilantes

y fué a besar por vez primera el tronco rugoso y seco del árbol que la llamaba.

Hasta él subió con murmullos de pasión ardiente y lanzó sus turbias espumas hacia las ramas que se estremecieron al sentir aquella caricia impúdica.

Enervada por aquel abrazo fortísimo, el agua cayó al pie del álamo: en el tronco quedaron gotas del lodo que la onda llevaba y que dejó en los pliegues de la corteza oscura.

Y entre el fragor de la tempestad y el rumor del torrencial aguacero, los rugidos del viento y el golpe seco de los árboles heridos por el rayo, la linfa movediza y suelta, turbia y espumosa como una bacante en los desenfrenos de la fiesta, cantaba lamiendo el tronco: "¡Yo soy el amor, yo soy la vida."

* * *

Pasó mucho tiempo. El álamo, nutrido y satisfecho, lanzaba al espacio nuevas ramas y nuevas hojas de los botones turgentes que la savia hinchaba.

Se miraba con orgullo en la onda diáfana y movía los brotes tiernos donde los pájaros se posaban para cantar y acariciarse.

Y el agua seguía batiendo con besos sonoros la corteza esponjosa de su amante, y desliziéndose bajo sus raíces, se llevaba partículas de tierra descarnando poco a poco el pie robusto de aquel árbol.

El trabajo continuo de la onda llegó a socavar las raíces por completo: por entre ellas pasaba fría y resbaladiza como una culebra sin fin, cantando amores entre suspiros y carcajadas.

Y llegó un día en que el álamo, pudiendo apenas mantenerse erguido, temblaba a cada beso de la onda.

—¿Qué has hecho? Mira que al menor soplo del viento caeré por tierra.

Y la pérfida, besándolo con fuerza, contestaba:

—No temas, ¡yo soy el amor, yo soy la vida!

—¡La vida, y me das la muerte!

—No mires a tu pie que baño y acaricio; mira hacia el cielo: verás las nubes, que son mis hijas; las aves que buscan ramas donde labrar sus nidos y el manto azul que copio en mis cristales.

—Sí, es muy hermoso; pero mirando al cielo me falta tierra.

—¡Tierra! ¿Eso qué vale? Mira, la arranco..., juego con ella..., me la llevo... ¡ja, ja!...

—No tan fuerte..., ¡maldita!, me haces daño.

Y a cada beso del agua el álamo entero se estremecía.

Así fué ahondando hasta formar un precipicio: en el fondo corría, riéndose con notas purísimas, la linfa traidora: su risa tenía sonidos de cristales que chocan y vibraciones de diamantes cayendo en tazas de oro.

En el borde del tajo, el álamo, casi seco, con sus raíces descarnadas y sus ramas sin hojas, negro y solitario, parecía un-tétrico esqueleto, suspendido sobre el abismo de la eternidad insondable.

* * *

Llegó el invierno con su cortejo de lluvias y de nieves: los pájaros huyeron; las hojas de los árboles volaban en remolinos como nube de mariposas que las ráfagas del viento esparce por los desnudos campos.

La nieve, congelándose en las grietas de las piedras y en la corteza de las plantas, las hacía saltar con estallidos continuos.

El álamo solitario seguía agarrándose con sus raíces al borde del precipicio; a cada sople de aire se desprendía más, inclinándose sobre el tajo.

Y aun en este estado, el álamo recordaba sus amores, y alguna vez llamaba con sus ramas secas al agua cristalina y fría que corría, riéndose, en el fondo del barranco.

—Sube, sube, onda maldita, que aún puedo gozar de tu amor antes de desprenderme y morir.

—Baja, baja, álamo seco, que aún tengo en mi corriente tesoros de placer y de alegría.

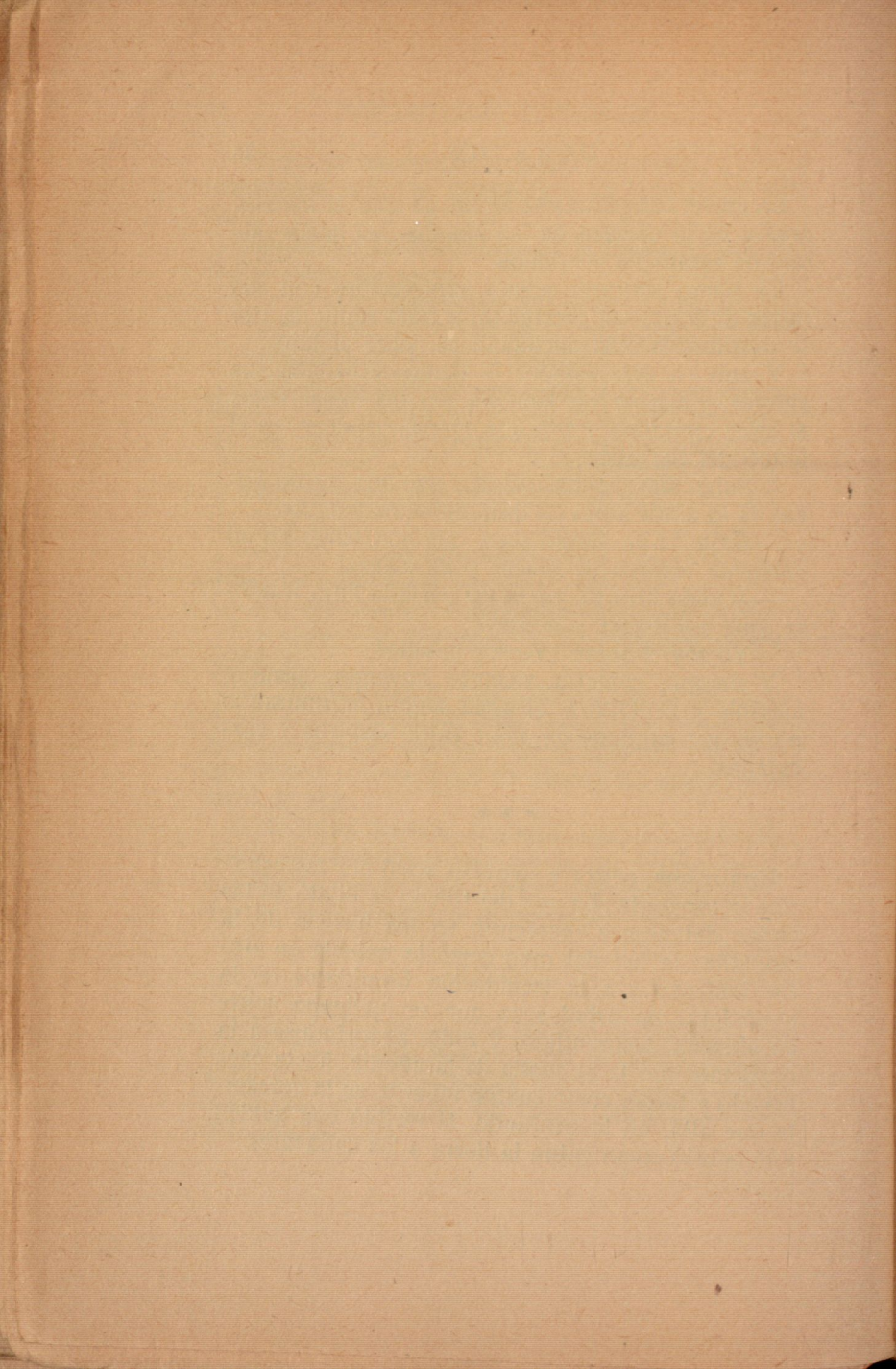
—¿Quién eres tú, corriente pérfida, linfa traidora, que así matas y te ríes?

—Yo soy el amor. ¡Yo soy la vida!

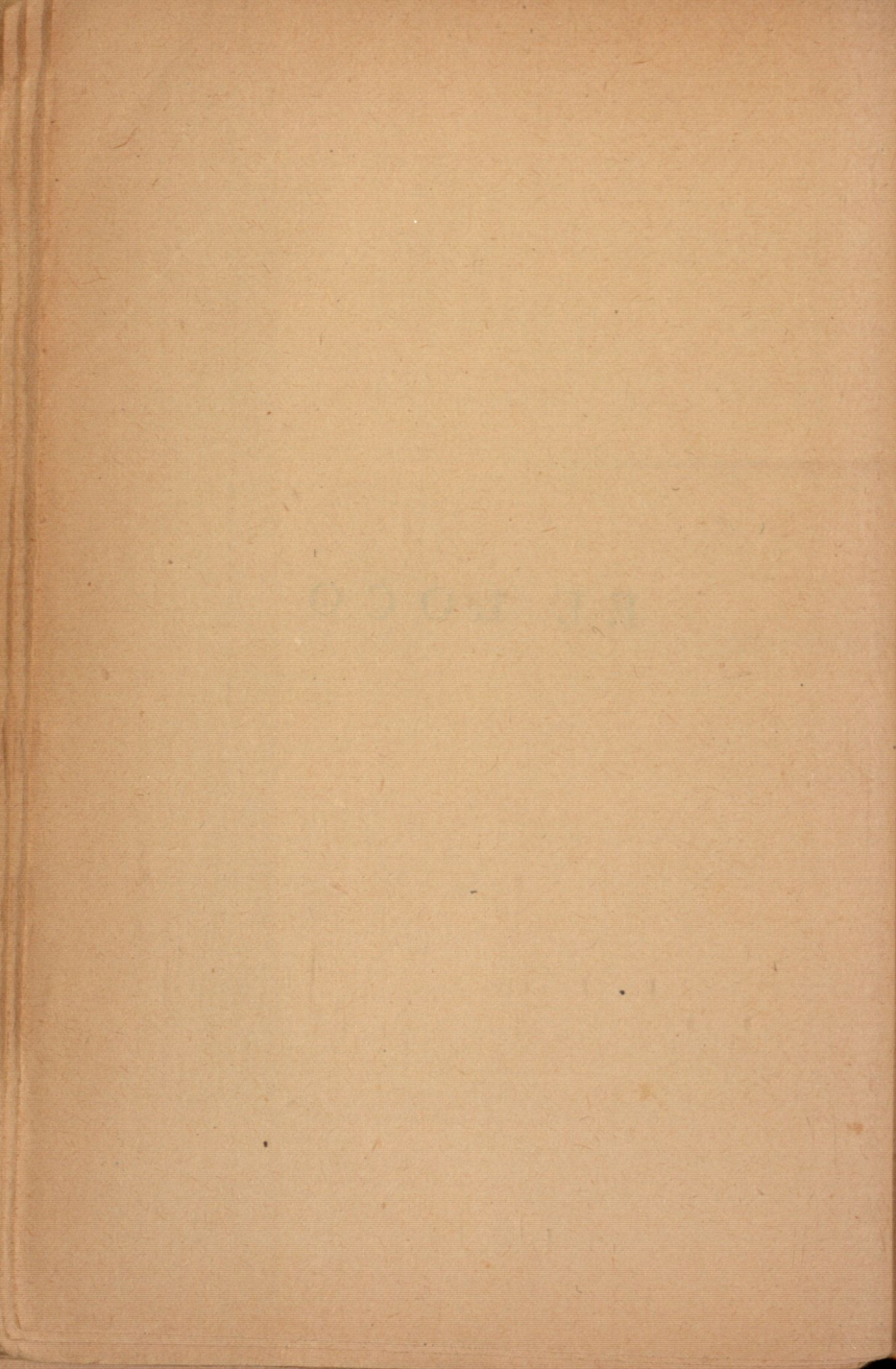
Y siempre indecisa, siempre huyendo, siempre movible y brilladora, el agua seguía murmurando no sé qué cánticos de amor entre suspiros y carcajadas.

* * *

Una noche, negra y sombría, rodó por los espacios la tormenta. La voz del trueno se dilató en las ondas del aire y repercutió en los huecos de la montaña: la luz del rayo cortó la tiniebla en zigzags inmenso y a la trepidación formidable de la atmósfera, un árbol seco que se inclinaba sobre un abismo, desprendióse y rodó, agarrándose a la pendiente con la angustia de la agonía, hasta caer pesado y torpe, como cuerpo muerto, en la corriente que allá, en lo profundo, le recibió con avidez y lo cubrió como cubre la tierra a los cadáveres.



EL LOCO



I

Todos los días, a la misma hora, se entreabría la vidriera del noble balcón para recibir la caricia del sol poniente. Era una caricia mansa y suave que doraba el historiado barandal, el vetusto saledizo, los carrecillos tallados y los tiestos con plantas que trepaban hasta el escudo.

Detrás de aquel endeble cortinaje de verdura solían aparecer una cabecita fina y pálida y una mano semejante a una flor.

—Es Aurea que espera a su príncipe.—Y la gente vulgar, siempre burlona, decía esto barrenándose una sien con el dedo índice. Gesto inequívoco que atribuye locura en el ajeno sentir o pensar.

¿Esperaba realmente al “príncipe lejano”? No. Mas para no morir de tedio, de frío o de congoja en el fondo de los caserones, en la entraña lóbrega de los lugarejos, y en el desamparo de toda idealidad tibia y amorosa, hay que poner la esperanza en *algo* que ha de venir calladamente, en la vaga claridad de los crepúsculos, como un ave blanca y piadosa, que infunde en el triste vivir toda la lumbre de los cielos.

¿Por cuál de aquellos caminos que blanqueaban en la llanura sin fin vendría para Aurea el anhelado estremecimiento? Y la acariciante poesía del sol en su ocaso hacía arder aquellos sus ojos oscuros con una fugaz llamarada de oro.

—Será en Año Nuevo. Yo siempre espero algo en Año Nuevo.

Y cerraba el balcón y se hundía otra vez en la cripta nobiliaria. Ya no había tierras, ni censos, ni alcabalas, ni pomposos derechos señoriales. Todos los estados se reducían y encerraban en aquella especie de sepulcro feudal.

Por allí discurrían las sombras apenadas de graves varones que alzaron y engrandecieron el solar. Un don Pedro, un don Martín, un don Iñigo... Capitanes, oidores, preladados, familiares del Santo Oficio, frailes, caballeros de Ordenes. También la sombra espiritual de un poeta, un don Enrique, mundano y gozoso, que trovó en los estrados y se lució en las justas.

Almas de mujeres residían en lienzos y miniaturas, en libros de oraciones, en cartas y en recetas, en labores de devoción y en signos misteriosos hechos en muebles, en ropas, en espejos y en imágenes. Una doña Beatriz, una doña Violante, una doña Sol..., rígidas y heroicas, que libraron su desamor del pecado o apoyaron su fiebre tentadora en el frío y silencio de los claustros. También el alma pecadora y humana de una doña Isabel que murió trágicamente por la bárbara textura de los tiempos, y dijo, al morir, que ya no le quedaba que amar sino la vida, y puesto que ésta se le salía por la estocada, ponía todo su amor en el cielo.

En un cofre de cedro estaba su vestido nupcial, todo de plata, recamado ricamente: tan duro

y compacto, que con él no habría muerto de una estocada. En el pecho, hacia el lado del corazón, aparecía su cifra en realce en medio de un símbolo de amor: dos palomas que se acarician entre la llama de una antorcha.

Todo aquello era lejano y frío. Lo que hablaba de amores tenía ese moño de las cosas soterradas que surgen alguna vez entre el sudor de las tumbas. Lo que hablaba de riqueza y de poderío estaba ya deslustrado como el minio de las antiguas ejecutorias. Lo que recordaba fervores y devociones aparecía carcomido por el tiempo inexorable. Aquellas vírgenes, serenas o doloridas, y aquellos santos, descoyuntados en suplicios atroces, escondían bajo el polvo negruzco la huella divina de la luz y de la sangre.

Había en el abandonado y solitario huertecillo un ciprés en cuyo tronco grabaron toscamente la cifra mundana de los pichones y la antorcha. Apenas se conocía ya. Dentro de una orla de bojes centenarios se amontonaban las piedras caídas de la vieja fuente, y un sátiro, con la garganta rota y llena de tierra, yacía insepulto debajo de un granado que piadosamente lo acariciaba.

¿Cuántas mujeres de aquel mismo linaje habían sentido vibrar la carne y el espíritu en noches de otoño, en horas plácidas de interna libertad? ¿Cuántas se habían desvanecido con el olor de los bojes, o se extasiaron con la música del agua, que lanzaba su arpegio de cristal por la garganta del sátiro? ¡Vetusto ciprés, ennoblecido con los signos de la más alta heráldica de Amor, como aquellos otros cipreses plantados ante los templos de Diana; árboles de fruto apetecible; plantas de olor enervante; piedras desparramadas por la ruina; agua encarcelada en los viejos atadores... Son co-

sas sagradas y confidenciales, más venturosas que los hombres!

Y aquella ansia de un vivir más amplio y humano, aquella esperanza en *algo* que ha de venir calladamente, entre la vaga claridad de los crepúsculos, para redimir y alegrar y embellecer las almas y los rincones, era como un instinto transmitido en el ritmo de las arterias, engendrado en el calor de las entrañas. Y ese instinto heredado, decía a la última mujer de su linaje que la vida consiste en la renovación, que la realidad reside en el común movimiento y que la verdad se encarna en la libre expansión de los espíritus no deprimidos ni deformados. Y ella, como los árboles, quería sentir los pasos *del que llega* en el latido de sus savias, en la lozanía de su espíritu, en el prodigio de sus flores y en la hermosura de sus frutos.

¿En qué noche venturosa llegaría el *Esperado*?
¿Por cuál de aquellos caminos blancos que se pierden en la llanura sin fin vendría hasta su sepulcro la voz redentora que dice: "Levántate, amada mía, compañera mía: el tiempo de la canción ha llegado, y en nuestros collados arrulla la tórtola?"

Es Aurea, que espera a su príncipe.

II

Hay que dejar en los corazones sencillos y en las bocas sinceras todos los Evangelios. La sana alegría de los campos resplandece con el ritmo de la Verdad. Esta es como lumbre que brilla en los cielos, como agua clara que surge entre riscos.

Apareció un hombre cuando los manzanos comenzaban a florecer. Su frente era sonrosada como la flor del albérchigo; su mirada azul; su cabellera blanca; su barba sacerdotal.

Sentado bajo un árbol, enhiesto su alto báculo de profeta, aspiró por todos sus sentidos la mansa paz de los campos en la serena luz de la mañana.

Y como el viento céfiro moviese con blandura de besos de amor la copa resplandeciente de aquel árbol, que era dosel de su cansancio, albas florecillas llovieron y se enredaron en aquella otra blancura de los cabellos del caminante. Así parecía un sacerdote de amables y buenas deides.

A la luz del sol brillaban las savias cuajadas en grandes gotas de ámbar, que resbalaban como joyas nupciales por los troncos fecundos. Unos insectos verdes y finos cruzaban el aire como saetas vivas y relucientes: volaban las abejas cargadas de

miel y de polen; y en el breve hueco de un tronco que el sol incendiaba con su antorcha infinita se acariciaban dos palomas torcaces, de pico encendido y pechuga azul.

Habló aquel hombre extraño a los pobres campesinos, a los míseros caminantes, a las mujeres que servían de bestias en el trabajo incesante de la tierra madre, a los mendigos y a los siervos de toda servidumbre, y su palabra clara y rítmica, como el chorro del manantial que brota entre riscos, voló por la diáfana anchura del espacio como otra abeja humilde cargada de miel y de polen.

—He aquí que llega el tiempo de la fecundidad, que es el tiempo de la alegría. Oísteis decir que Dios es la bondad infinita, la infinita sabiduría y la infinita misericordia; y yo os digo que El es la infinita fecundidad.

¿Puede haber bondad, sabiduría, ni misericordia en lo estéril? Alegraos y gozad de vuestra vida y la haréis plena y libre.

Oíd de mi boca la parábola del gusano:

Un gusanillo oscuro, el más humilde, osó pedir que Dios le otorgase un don que deseaba. Dios, que conoce todas las cosas y entiende todas las voces, le dijo que pidiese, porque El es padre de todos los mundos y de todos los gusanos:

—¡Yo quiero ser mariposa; tener alas para volar por la grata limpieza del aire y hacerme amar de las flores. ¿Es mucho lo que pido?

—Nada es mucho—dijo el Padre—, porque el camino de la perfección es muy largo. ¿Pero sabes lo que habrá de costarte tu deseo?

—Aunque me cueste la vida.

—Estudiarás, trabajarás, te afanarás en construir tu propia cárcel: tú mismo habrás de encarcelarte en ella, y aislado del mundo exterior, a so-

las con el dolor, la enfermedad y el peligro, labrarás algo bello y noble, que no ha de ser para ti ni para los tuyos.

—¿Pero saldrá de esa cárcel una mariposa?

—Saldrá una mariposa que gozará un minuto de amor antes de morir.

—¡Oh, Dios piadoso! Me das más de lo que pido.

En esta sencilla fábula se contiene el desigual destino de los espíritus. Yo fui el gusano encarcelado y dolorido que labré la seda para vosotros. Vestid la seda bella y noble de la suavidad, de la transparencia, del bienestar, de la alegría en el seno de la humana paz.

Ved que ahora yo soy la mariposa que ha salido de su cárcel para gozar su minuto de amor antes de morir. Y en la mansa comunión de todas las cosas florecientes, criaturas de Dios y hermanas nuestras, el amor es lumbre y aroma, color y risas, beso y energía. Amaos los unos a los otros, si queréis acercaros a la mesa de Pascua en el "Año Nuevo" de la renovación y la vida.

Confortadme, amigos, con los frutos del huerto y regaladme con la miel de las colmenas.

He aquí que dos de vosotros fuisteis al huerto, y me traéis dos lechugas. El uno me la ofrece con todas sus hojas y raíces salpicadas de tierra y hasta con la fibra de palma con que se aprieta. Otro ha cortado el tronco, quitando las hojas que no se comen y ha lavado el cogollo en la fuente que sombrean unos guindos. Así, parece ofrecerme una gran flor de oro salida de la humildad.

Haced siempre esto: gustad de todas las cosas, lo inútil y lo feo, y nutrid vuestra vida con el cogollo áureo y tierno que sale del trabajo y de la humildad.

—¿Qué hombre es éste que así habla?—se preguntaban.

—¿Será un loco?

—¿Será un profeta?

—Yo creo—dijo una buena mujer—que es Nuestro Señor Jesucristo, que ha encanecido y engordado.

III

Una mañana subió Aurea del huerto con el rostro encendido en suave color, brillándole los ojos con fulgores de vida.

—¡Ah, qué prodigio! Parece cosa de ensueño.

—¿Ha llegado, al fin, tu príncipe?—dijo la dueña, descolorida como flor guardada en algún devocionario.

—Ha llegado un enjambre.

—¡Tantos príncipes vienen!

—Digo que ha llegado un enjambre de abejas a nuestro huertecillo, y acaba de alojarse, ¿dónde dirías?, en el sátiro de piedra caído debajo del granado. Está todo hueco, y por la garganta rota que antes daba salida al agua, muy pronto saldrá la miel.

—Habrás que romperle la panza para sacar los panales.

—No se sacarán. ¿No te parece que las abejas saben más que nosotras?

—¡Qué cosas dice esta criatura!

—¿Es que estoy loca?

—Medio mundo está loco desde que llegó ese hereje que has convidado a cenar. No cuentes con-

migo. Me parece que el señor cura lo excomulgara, y a todos cuantos lo amporen y sigan el humor.

—¿Tan malo es?

—Yo creo que es el diablo, que ha engordado como un tabernero, y ha echado barbas blancas.

—Pues yo creo que es la salud y la vida, porque es la Verdad.

—Loca estás de remate. La verdad es la que predica el señor cura, no la que dice cualquier mendigo borracho que anda por los caminos.

—¿Por dónde ha de ir la Verdad sino por los caminos?

—¿Tú crees que no es necesario estudiar un montón de libros para salir predicando? ¿O crees que los latines se los encuentra uno así, por esos campos de Dios?

Fué en el plenilunio. La noche primaveral, henchida de luz y de aromas tibios, era como una magna oración del mundo, callada e infinita. Por entre la blonda del granado pasaba la claridad suave de los cielos, quebrándose en las puntas de la bermeja flor. El árbol de Cipro vibraba en todo su ramaje, como aquellos que esparcían la música de su fronda ante los templos de Diana. Y el huerto, abandonado, sombrío y feudal, renacía en la Pascua florida de los espíritus y las cosas. Hasta las mismas piedras se llenaban de miel...

Aurea, impulsada por el misterioso estímulo de las cosas grandes que han sido esperadas, quiso vestir las galas nupciales de la *pecadora*, que estaban en el cofre de cedro. Tomó en sus manos un vaso de alabastro sellado con la mundana cifra y henchido de esencias, y bajo el ciprés aguardó inmóvil, fulgurante a la luz de la luna, como una mujer de plata.

—Son éstos sus pasos. Ese es el golpe de su báculo en las piedras. Ya llega, blanco, sereno, como la luna... ¡Maestro!

—Mujer, Dios te bendice: llena eres de gracia. El es contigo. Bendecido será también el fruto de tu vientre.

Porque hay una bendición de paz y mansedumbre que enlaza a los espíritus que han sido, que son y que serán, a todas las cosas pasadas, presentes y futuras, como hijos de un mismo padre y criaturas de una misma voluntad.

No desdeñes ni destruyas nada de lo creado, porque en todo hay un alma y un cántico. Ve en todas las cosas un hermano, aun en el dolor. Y entonces, ¡oh, alma libre y piadosa!, vivirás, no como un extraño, sino como uno de la familia en el paterno hogar, amable e infinito.

—¿Quién eres?

—Yo soy el “Año Nuevo”, que llama a las puertas del mundo. Soy la esperanza y la vida, la justicia y la paz.

—Te esperaba. Ahora te adoro.

—Mujer, por la esencia con que unges la pobre cabellera que recogió el polvo de todos los caminos y las flores de todos los manzanos, dígame que serás salva de toda servidumbre y que tu espíritu redimido será reverenciado como una de las Gracias.

En estas viejas piedras veo la huella de muchas espadas, y en esas anillas el roce de férreas cadenas feudales. Aquí han comido muchas mujeres sin ventura. Aquí se han unido el dolor y la fuerza, el crimen y el pecado. Y de estas bárbaras uniones que fenecieron, han quedado esos nobles y puros símbolos que veo en tu vestido de plata, en tu vaso de alabastro y en el tronco del ciprés.

Redímese en ti todo el linaje de la mujer sier-
va, de la mujer pecadora, de la mujer maldecida
y asesinada. Y sé tú como la hostia de paz y de
alegría, elevada a los cielos en una patena de flo-
res.

—Señor, hágase en mí tu voluntad.

—Mujer, libre eres por la gracia y merced de
tu propio espíritu. No tienes más señorío que el
encarnado en esos divinos símbolos. Yo vi la rea-
lidad de su misterio: dos palomas bravías, de pico
encendido y pechuga azul, se acariciaban en un
rayo de sol, que era su antorcha. Se acariciaban en
un árbol, como aquí se acarician sobre tu corazón.

—Maestro, ¿no sabes la historia de ese pobre
sátiro de piedra que está a tus pies? Por él su-
bía el agua, que hacía en su garganta un son
de voces, siempre igual, como un coro lejano. Yo
creo que de tanto cantar se le rompió la garganta.
Cayó envuelto en la ruina solariega; rodó hasta
ese tronco, y yo me preguntaba: ¿Para qué ser-
virá una cosa tan muda y tan vacía?

Pues sirve. Ha entrado en él un enjambre li-
bre y poderoso. Dentro de poco mi pobre sátiro
vivirá. Sus entrañas serán panales; su sangre será
miel.

He aquí que todo tiene un alma y una vida. No
desdeñemos; no destruyamos, por amor nuestro.

Yo he sentido como el removerse de otro en-
jambre de oro en mis entrañas dormidas: la miel
de todas las flores se cuaja en mí. El olor de los
bojes es fuerte y amargo; la música del ciprés
es suave como el son de un arpa; la flor del gra-
nado, roja como la sangre que va por las arte-
rias... Maestro, maestro mío, no oigo la voz del
que me llama.

—¡Amada mía, compañera mía, ha llegado el

tiempo de la canción: el "Año Nuevo" viene con la aurora: las viñas florecen, los manzanos dan su olor y en nuestro collado arrulla la tórtola!

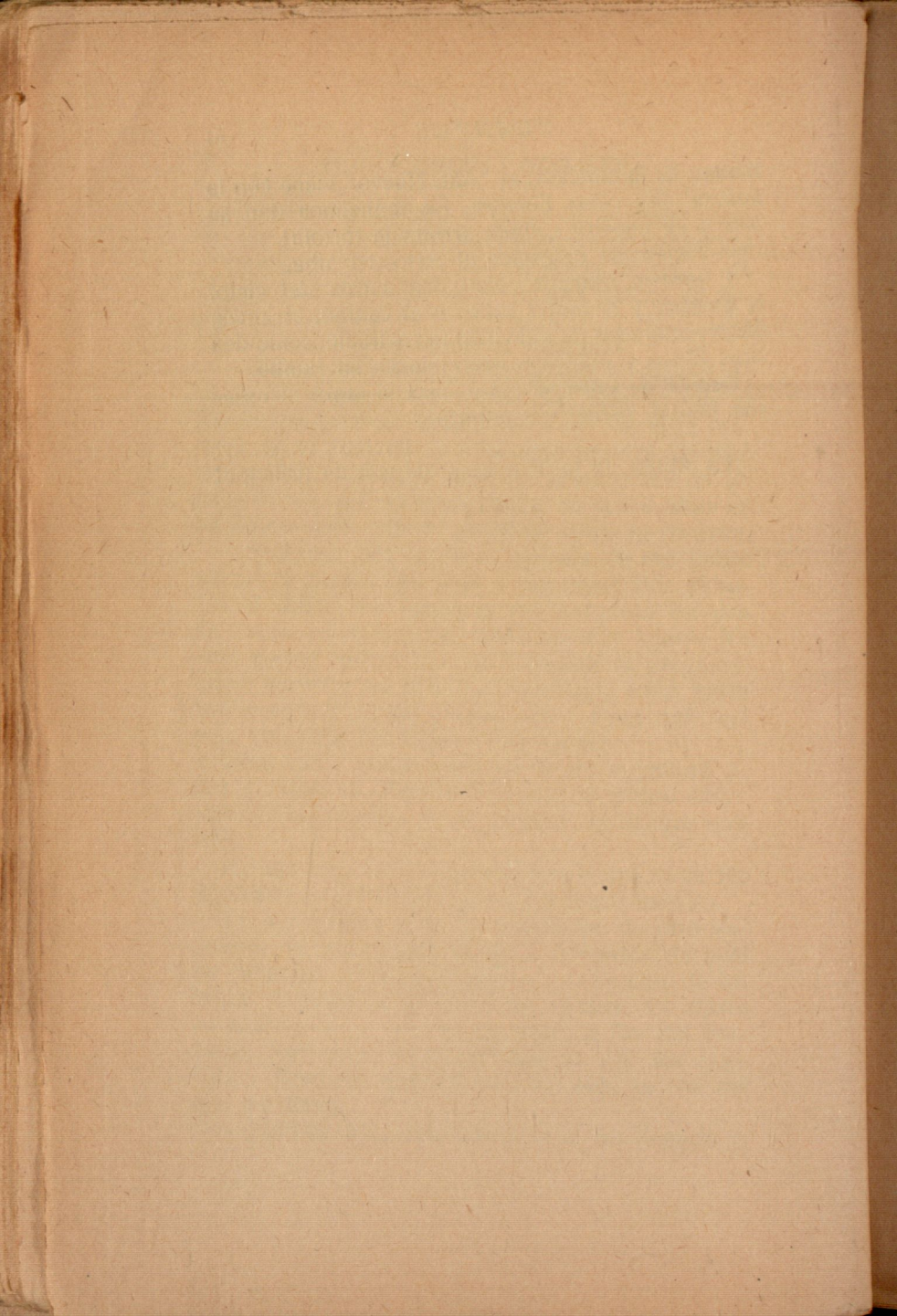
—Vámonos; salgamos al paso del alba.

Y juntos, blancos como dos astros del cielo, el hombre y la mujer salieron al campo, errantes, despreocupados de todo humano artificio, como dos aves libres y piadosas que conocen su rumbo.

Detrás de ellos se cerró para siempre el caserón feudal, cárcel y sepultura.

.....

¡Es Aurea, la loca, que se fué con su príncipe!



UNA VISITA DEL DIABLO

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF TORONTO

Anoche estaba yo de un humor insoportable. Tenía necesidad de escribir, y bastaba la existencia de la obligación para esterilizar el pensamiento.

Un gran escritor de nuestro siglo ha dicho que no hay cosa que paralice más el ingenio que la necesidad de tenerlo a tiempo y hora determinados.

Y es una gran verdad.

Largo rato pasé mirando las virginales cuartillas, que parecían un campo esperando los arañazos del cultivo, y en vano pedía a mi cerebro o a mi alma una idea, siquiera fuese de menor cuantía, capaz de dar, en su elasticidad pasmosa, un articulejo de esos de ripio y pacotilla con que solemos los del oficio salir del lance, entregando cuatro borrones a la imprenta.

Hasta la piedra al choque del hierro arroja chispas; mi cerebro, más duro que las piedras, no arrojaba ninguna al choque continuo de la voluntad. ¿Qué había de hacer, sino enfadarme o cosa así, tirar las cuartillas, que volaron por el aire como palomas blancas escapadas del palomar, y murmurar entre dientes: "Lléveos el diablo?"

—Presente—me contestaron.

No las cuartillas, sino el mismo diablo en figura de persona.

—He oído mi nombre: estaba ahí cerca..., un millón de leguas, paseándome por el éter y contemplando el nacimiento de un mundo, que es cosa muy curiosa y agradable; no tenía otra que hacer, y como, al fin, demonio de buena crianza, aunque me esté mal el decirlo, acudo al llamamiento, y aquí me tienes dispuesto a charlar un rato, si te place.

No supe qué objetar; tan aturdido estaba.

—¿Se puede saber a qué obedece el *honor* de esta visita?

—¡Al fin, hombre!

Esto lo dije como pudiera haber dicho: al fin, perro; lo cual confieso que me escoció sobremañera.

—Me has llamado, acudo, me siento y escucho; puedes hablar.

El diablo tenía un semblante hermoso; pálido, sí; pero en esa palidez se transparentaban tristezas infinitas: tenía unos ojos grandes y negrísimos que se recogían para ver a esas distancias inmensas que él recorre montado sobre los rayos de luz de las estrellas; vestía con suma elegancia un traje a la moderna de un tejido extraño, muestra de la industria de otros mundos, y bajo el flexible paño dibujábanse sus gallardas formas, que habrían mirado con codicia muchas hembras del universo entero.

Una sutilísima cadena hecha con un hilo de fuego fulguraba sobre el chaleco, y entre los pliegues de su corbata negra lucía una pequeñísima ascua, que, como la cadenilla, ardía sin consumirse.

Anoche reconocí cuánto le calumnian los que le atribuyen el *uso* de cuernos, rabo, patas de ma-

cho cabrió y otras zarandajas atributivas de su poder.

—¿Escribes?—me dijo, después de la pausa que el examen impuso.

—¡Ay!, eso quisiera.

—Veo que sabes poco, que no sabes nada todavía. Seré tu inspirador.

—¡Dios me libre!

—Mira, dejemos *eso* a un lado..., no mientes a nadie por ahora. ¿Qué te hace falta?

—Una idea, una miserable idea.

—¿Tú quieres ideas? ¿Para qué?

—¡Me gusta la pregunta!

—Espera..., toma; ahí tienes ideas; vamos a ver.

Y echándome un puñado de aire se volvió a sentar tranquilamente, sonriendo como él solo sabe sonreír.

Efectivamente, cayó sobre mi espíritu una lluvia de pensamientos, que, moviéndose como los átomos de luz o como alegres mariposas, escapaban a los esfuerzos de la voluntad que los perseguía.

¡Por fin!, entre aquel movible montón de escurridizas ideas pude apresar una: ¡la ciencia!

—La ciencia no existe—dijo el diablo con un acento de triunfo o de dolor o de ambas cosas a un tiempo que me causó gran extrañeza.

—¿Qué, hasta el diablo está loco?

—No existe; la ciencia es la verdad; se llama la verdad. La verdad es una, fija, eterna, ¡incognoscible! La ciencia avanza, retrocede, cambia; lo que ayer era una verdad es hoy ridícula mentira; lo que antes se adoraba en los altares, húndese ahora en las basuras del desprecio; tejer y destejer, trabajar para construir y trabajar para derrum-

bar...; esfuerzos, luchas, sangre, esperanzas, desalientos, ¡vaya una ciencia!; absurdos de un animal soberbio e ignorante; ensueños de un espíritu tosco y degradado. No pronuncio la palabra ciencia desde que vosotros la fundasteis sobre el dinero, una cosa que inventé hace algunos siglos.

—¡El tiempo!

—El tiempo no existe.

—¿Tampoco?

—El tiempo es una ficción tuya; como ser pe-recedero sientes la necesidad de una medida de relación, como necesitas de un término para la elaboración comparativa del juicio; deseas hallar un hilo donde engarzar los actos de tu vida para que no se desparramen y se pierdan en el seno infinito de la eternidad, y creas el tiempo. No es más que una idea que no sale de tu cabeza; una abstracción nacida de tu imperfecto organismo: un puñado de sombra; nada, en una palabra.

—¡El espacio!

—Otra cosa igual; tampoco existe.

—¿No existe el espacio? Te engañaste, demonio; el espacio no es idea; es un hecho, por eso lo toco y veo y mido y aprecio.

—El espacio, otra creación tuya como el tiempo. Tu espíritu es tan pequeño que no cabe en él la infinidad del universo; y para conocer algo, siquiera lo que te rodea, tienes que escalonar el conocimiento y crear la distancia. Como para aprender a leer, principias por el conocimiento individual de las letras antes de conocer sus misteriosas relaciones en la combinación de las palabras y en su expresión de las ideas.

—¡La justicia!

—Esa, ésa sí, ¡vaya una idea! Justicia le llamaban en Grecia y en Roma a la esclavitud; justi-

cia, a la bárbara conquista; justicia se le ha llamado siempre a la fuerza bruta en sus violentos choques; justicia fué el robo y el asesinato y la impureza; justicia son hoy otras muchas infamias..., ¡como que la justicia la creáis vosotros!

—¡La vida!

—No hay vida; lo que así llamas es un momento de la muerte; la muerte es el semblante mudo de la verdad suprema; mira en torno tuyo; ¿qué ves?, la muerte; cada segundo del tiempo (aprovechando tu lenguaje) es un avance de la muerte; todo nace para morir; tu *vida* no te pertenece; todo es de la muerte, que en todas las formas y en todos los momentos se manifiesta.

"Convéncete; sigue la senda que yo he trazado en este mundo, y que muchos siguen, con gran aplauso de su maestro...: el positivismo, la experimentación...; nada se sabe sin que se estudie; el cerebro, máquina de análisis; la razón, compás de vida, guarismo de cálculo; la inteligencia, piedra de toque de los hechos; hechos, nada de abstracciones. El corazón no es ya el asiento de vuestras fantasías, sino un ciego y estúpido pedazo de carne que se mueve porque es necesario que dé impulso a la sangre para que se purifique y nutra al organismo.

"¿Quieres saber cuál es la verdad única? El mal. Eso nos dicen los hechos.

"Todo es destrucción y egoísmo; los seres y las cosas viven a costa de los demás. El animal, para vivir, mata; el vegetal, para robustecerse, exprime la tierra; la tierra, para no morir, devora a los unos y los otros. La lucha sangrienta y despiadada por la existencia, es decir, el egoísmo eterno, el mal, he ahí todo lo que vemos. ¿Qué dices ahora?

—Dígame que te he cogido en tus mismas redes, demonio experimentador y positivista. ¿No dices que hay verdad? Pues existe ciencia, que es el camino por donde vamos a buscarla.

”¿Existe la eternidad? Pues hay tiempo, que es la parte de eternidad que yo conozco.

”¿Existe el infinito? Pues hay espacio, que es mi horizonte sensible en esa infinitud del universo.

”¿Existe la injusticia? Pues hay justicia, sin la cual no podríamos conocer aquélla.

”Si hay muerte es porque hay vida.

”Si conozco el mal es porque hay otro término, que también conozco, que es el bien, como sólo hay infracción cuando existe ley; que la ley y el bien han de ser anteriores al mal y a la infracción. Todos esos conceptos relativos de que me hablabas exigen la existencia de conceptos absolutos. ¿Qué cosa es el día? Lo distinto de la noche. Luego, para haber uno necesitase del otro; si faltara cualquiera de ellos, todo sería día o todo sería noche. ¿Qué dices ahora?

—Digo que no siento ya el haber perdido el espectáculo del nacimiento de un mundo por asistir al espectáculo del nacimiento de una idea.

”No sé si felicitarte o compadecerte; tú piensas, luego sufres. ¿Qué será mejor, saber a medias o ignorarlo todo? ¿Sufrir por no saber bastante o gozar por no saber nada? ¿Tener alas y volar corto, como las aves de corral, o revolcarse por el cieno, sin alas, pero con carnes, como los cerdos?

”Salomón lo dijo:

“La sabiduría es molesta; porque quien añade ciencia añade dolor.”

”Ya es tarde; estoy haciendo falta en un astro donde voy a introducir el dinero y el lujo, ya que tan buenos resultados me han dado en la Tierra.

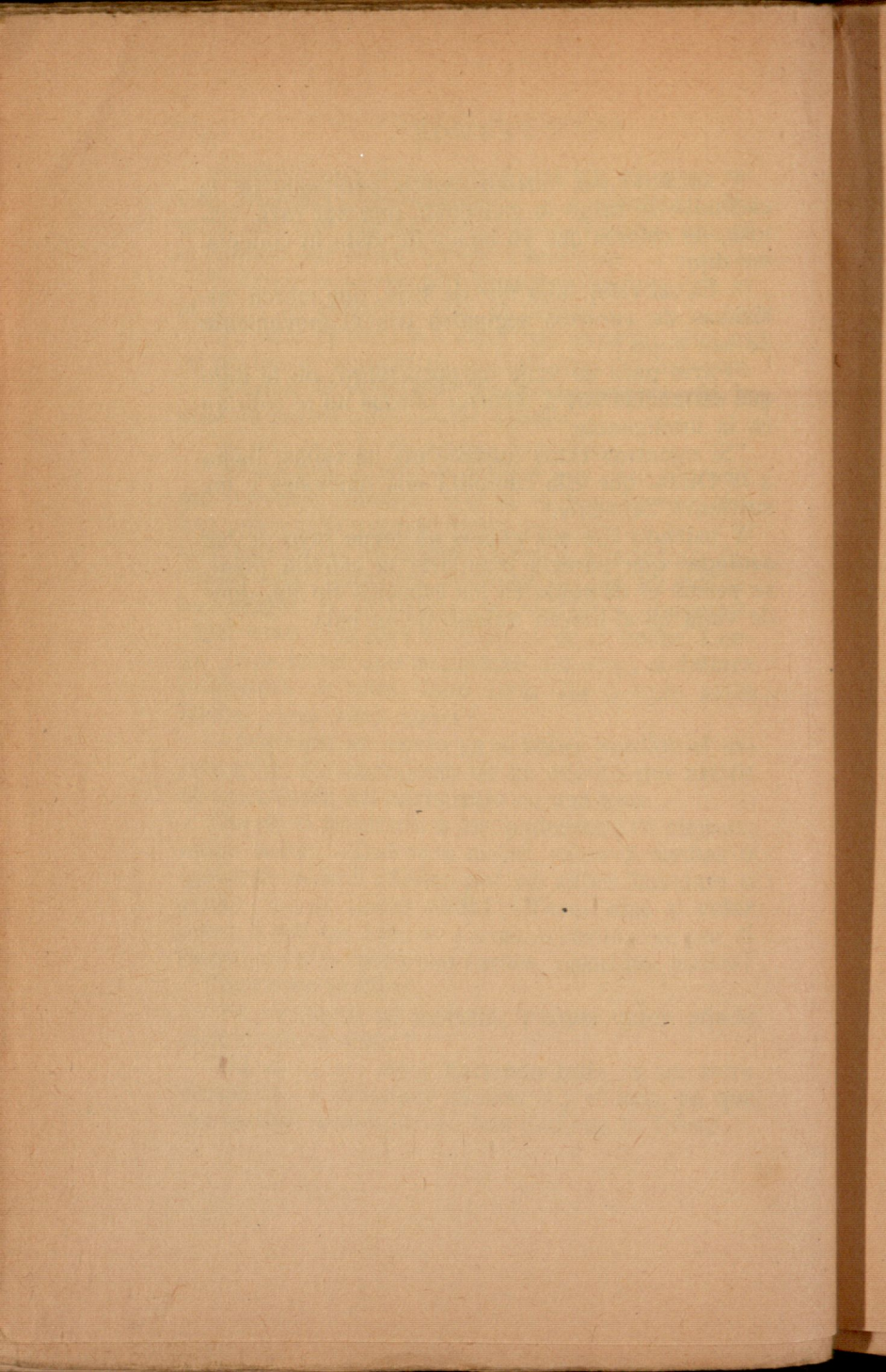
Y sacando del bolsillo, donde pendiente de la cadenilla de fuego la guardaba, una flor rara, vistosa, de colores que yo nunca he visto ni conocía, me dijo:

—Es mi reloj: una flor de sirio, que marca milésimas de vuestros segundos con el movimiento de sus hojas.

"Parto para un viaje un poco largo; no te digo qué distancias voy a recorrer porque no te cabrían en la inteligencia.

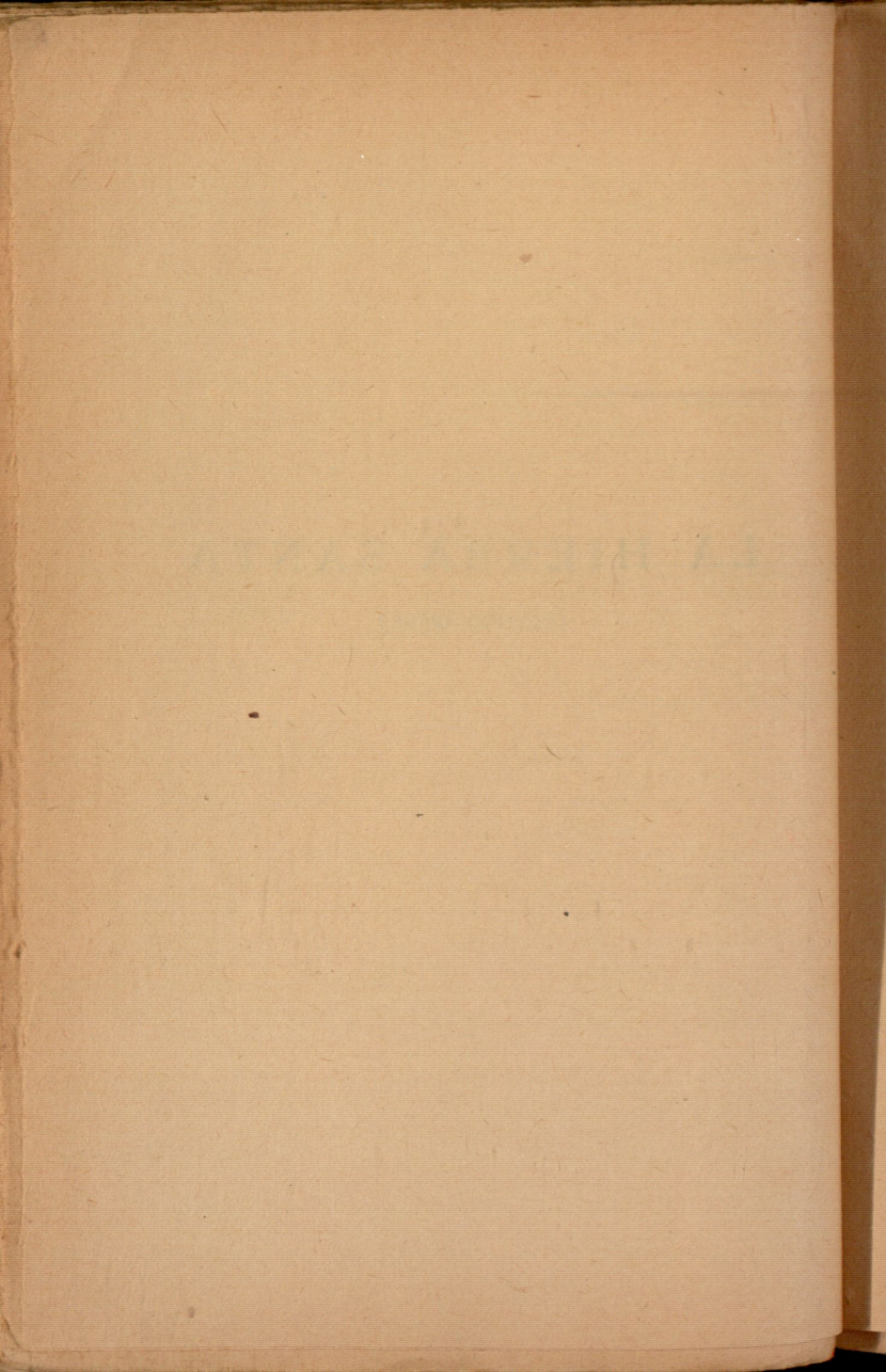
"Si mientras estoy ausente me necesitas, llama a la Duda, que ella cumplirá mis funciones y me sustituirá fielmente.

Y asiendo con sus manos un tenue rayo de luz azulada, que parecía mandarle la estrella polar, se perdió el demonio en los espacios sin fin, donde viaja en el eterno trabajo de su vida.



LA HIERBA SANTA

(CUENTO ÁRABE)



—Maestro, la hora del Mogreb ha pasado. Tus ojos, ciegos, no ven como mis ojos. En cambio, mi corazón torpe no siente como tu corazón santificado.

—¡Sólo Dios es grande, sólo Dios es vencedor y poderoso!

—Señalaste este día y esta hora, ¡oh, Maestro!, para iniciarme en el gran misterio que ha de dar luz a tus ojos secos y fortaleza y sabiduría y santidad a mi corazón y a mi entendimiento. He aquí que la hora ha llegado, y tiemblo como si cayese sobre mi frente la mirada divina de Mohamed.

—¡El sea loado!

—Ya la neblina, flotando como el jaique vaporoso de una virgen, se alza del fondo del río y extiende sus velos por el espacio. Ya la brisa columpia el fuste de las palmeras y hace sonar sus hojas con vibraciones de guzlas; los picos del Atlas ciñen su turbante de sombras y la estrella de Occidente se eleva, triste como el amor, luminosa como la verdad, intangible como la dicha... Maestro, mi corazón está puro, ¡Dios lo sabe!; pon tu mano sobre mi cabeza, mírame y habla.

El viejo Hach-Sliman-Elarbi hundió su barba de nieve en el hueco sombrío de su capucha azul; movió sus labios, que agitaba el rezo, y elevando después las esferas turbias de sus ojos sin luz hacia el firmamento, invocaba, extático y religioso, un destello de la Suprema sabiduría.

—Lo que ha de ser está escrito en el gran Libro: sólo El puede leer en sus páginas gigantes.

Y colocando la mano diestra sobre la frente calenturienta de su discípulo amado, que se estremecía como si soportase en su cráneo el peso de los mundos, aquel santón, que muchas generaciones conocieron viejo y respetaron sabio, habló con el acento grave y ademán solemne de los patriarcas bíblicos.

* * *

Corrían las lunas en que Mohamed (El sea loado) vivía entre los mortales. El gran destino se había cumplido, y el Profeta Santo luchaba con el espíritu del mal en este mundo.

Hombres de nuestra raza, aconsejados por aquel espíritu, decidieron, ¡El los perdone!, dar muerte violenta al enviado de Dios.

Mohamed lo supo (¿qué cosa se escapará a su sabiduría?); y, cuando protegidos por la sombra de la noche, cayeron sobre el cuerpo bendito del Profeta para herirle, la sola mirada de aquellos ojos, acostumbrados a ver en lo profundo, contuvo la acción cobarde y anonadó a los perversos.

Mohamed continuó su oración, interrumpida por el feroz ataque. Los agresores, cargados de cadenas, esperaban con las primeras luces del alba los primeros tormentos del suplicio.

El Santo oró y lloró mucho aquella noche, y

cuando el alba comenzaba a teñir con blancas fajas el horizonte, salió de su tienda dispuesto a perdonar a aquellos miserables.

Los miserables habían sido asesinados todos por la guardia del Profeta. Sus cuerpos, amontonados entre la sangre y las cadenas, llamaban a los buitres del espacio y a los lobos del desierto.

Mohamed se afligió ante aquel grupo de inertes cabezas y, prosternándose hacia el Oriente, que anunciaba con luces de oro y franjas de púrpura la salida del sol majestuoso, lloró sobre aquella tierra enrojecida ¡porque no había podido perdonar!

¿Comprendes tú la santidad de este llanto?

En aquel mismo sitio humedecido por sus lágrimas brotó después una planta extraña y desconocida que cada cien años se cubre de flores azuladas y olorosas. El hombre que coja para sí estas flores, llevando el corazón limpio de toda mancha, será justo y grande y sabio y hasta inmortal como el Profeta mismo.

Mas si lleva impurezas en su corazón...

—Maestro, tu palabra me estremece; si no va puro a coger la planta, ¿qué clase de castigo sufre?

—Se queda ciego.

—¡Dios es grande!

—Yo vi la flor, toqué la hierba, sentí el perfume santo penetrar hasta mis entrañas como un efluvio del paraíso, y como estaba impuro, me hundieron en la noche eterna y aprisionaron mi espíritu con cadenas de sombras, que tú solo has de romper, si puedes, en este mundo. Allá por el desierto, nadie sabe dónde, se encuentra la hierba santa.

—Deja que bese tus rodillas...; ¡bendíceme,

Maestro!; dame tu báculo para que me apoye en él en mi viaje, como he apoyado mi entendimiento en tu sabiduría. Dios me guíe y Mohamed me acompañe! Adiós, maestro; el desierto me llama...; ¡qué oscuro está!, y es allí donde voy por la luz para tus ojos y santidad para mi espíritu...; no me amedrenta la noche ni me acobardan los rugidos de las fieras...; ¡el soplo de Dios me inspira...; yo encontraré la felicidad!

* * *

Declinaba la tarde; el gran desierto, iluminado con las últimas luces del sol africano que se hundía, como un déspota asirio en su pomposo lecho de nácares y rosas, pintaba en los aires los pos-treros espejismos. La arena ondulante semejaba un montón inconmensurable de polvo de oro, que el viento a veces levantaba y esparcía con el ímpetu de sus movibles ráfagas. La silueta de las dunas, recostándose en el fondo de luz de aquel ocaso, fingía proporciones de montañas que la neblina del desierto esfuminaba con sus azulados vapores; aquella inmensidad sombría suaviza sus severidades con las mágicas reverberaciones de aquel sol tropical, que desaparecería entre celajes y nubes de incomparable hermosura.

Allá, bajo las tres palmeras que retorcieron los vendavales y tostaron los rayos del sol de muchos siglos, brota en el arenal que raquílicas gramíneas bordan con festones de verdura, escaso manantial de agua apetecible y fresca. Bajo el toldo movable de las palmeras, al pie de aquella vena rota, se alzan las tiendas de lino de la caravana. Los camellos pacen hierba con el vientre contra el suelo; tendidos también, aunque sujetos con férreas

cadena, se encuentran los esclavos. Los árabes, envueltos en niveos albornoces y cubriendo sus cabezas con sombreros de hoja de palma, bordados con seda de colores, discurren, espingarda al hombro, o aparecen sentados junto a las tiendas, libando el calmah aromático en vasos de cristal labrado que sustentan cinceladas bandejas con inscripciones del Korán y máximas de santones.

A la luz mortecina del crepúsculo ven llegar hasta las tiendas el espectro vacilante de un mendigo moribundo. Tendió los brazos con suplicante ademán aquella sombra y, pidiendo hospitalidad con voz enronquecida, se desplomó en el suelo, marcando en la arena la huella de su menguado cuerpo.

El jefe de la caravana, señor de aquel espacio que momentáneamente ocupaba, tendió la mano derecha al caído y, besándose sus dedos, signo de paz, condujo hasta su tienda al peregrino para compartir con él la sal de la amistad y el agua de la protección.

—¡Dios es grandel!, hermano; te debo la vida.

—¡Dios es justo!, hermano; la vida es de Dios; El la da y la quita cuando está escrito en el gran Libro.

—Vengo de allá muy lejos, de las regiones donde el sol se oculta; he caminado muchos años por el desierto; he registrado todos los repliegues de la llanura y todos los huecos de la montaña; he sorprendido el misterio de la existencia de muchos pueblos que la humanidad no conoce, perdidos en el corazón sin fondo de la tierra; he dejado pedazos de mi vida y gotas de mi sangre en una peregrinación que espanta...; mi cuerpo, azotado por el huracán y por el hambre y calcinado por el sol, se inclina, como la palma vieja, hacia la tierra, y el

espíritu quiere vivir ¡todavía! porque contempla el espejismo engañoso de la esperanza.

—¡Dios es vencedor!, hermano; hablas como los sabios y te quejas como los infieles. Lo que ha de ser será.

—He pasado el tiempo de mi vida aprendiendo las enseñanzas del Korán, pura doctrina del Profeta (El sea bendito en la plenitud de los tiempos); he ocupado mi corazón y mi inteligencia en descifrar las eternas verdades, bajo la dirección de un santo que allá me espera en su lecho de muerte...; he negado todos los goces a la naturaleza y todos los apetitos a la carne, buscando la perfección sublime del espíritu contenido en la Hierba Santa, que se esconde y me evita mientras más la busco..., hermano; el corazón se rinde y la voluntad se desespera.

—¡Quién puede conocer los pensamientos de Dios! Tú, que has pisado mucha tierra y has examinado muchas plantas y has pasado muchas lunas estudiando sobre los libros santos y has acostumbrado tu vista a leer en esa página inmensa del espacio, donde los astros de luz trazan signos que yo no conozco, ¿has aprendido, dí, la ciencia de ahuyentar las enfermedades del cuerpo?

—Muchos hombres he salvado, ¡oh, hermano!, cuando ya tenían el rostro vuelto al Oriente.

—Entonces, ¡Dios es poderoso!, no busques más esa hierba feliz cuya posesión te embriaga...; quédate en el desierto. Yo te daré a mi hija Saida, que es embeleso de mi alma; no verás otra mujer tan bella ni más infortunada. Ahuyenta su enfermedad, y te la entrego y tuyos serán los tesoros que he enterrado y tuyos los esclavos y el marfil y el oro y las plumas y las pieles y las sedas y las piedras deslumbradoras y el ámbar, todo

cuanto poseo y cuanto pueda poseer hasta que muera.

—Yo salvaré a tu hija, si su salvación está decretada en lo Alto. No quiero tus bienes, ni tus esclavos, ni a tu hija tampoco. Yo busco la Hierba Santa; jella, o la muerte!

Y asiendo de la mano al peregrino, entraron en la blanca tienda forrada interiormente de damasco rojo y adornada con tapices, almohadas de plumas de pichones, alfombras de Stambul, pebeteros asiáticos, bandejas de oro, taburetes de ébano y huevos de avestruz colgantes, como ebúrneas lámparas.

Bronceadas esclavas sirven de rodillas a una figura blanca y vaporosa que reclinada yace entre un montón de cojines. El árabe levantó con sus manos aquella sombra pálida, la despojó del jaique que la envolvía como un jirón de la niebla matinal y descubrió la más hermosa mujer con que jamás soñara la musulmana imaginación.

—Mohamed me guarde; tu hija es como el sol de los desiertos, que deslumbra y mata.

Y ante aquella figura ideal, que vestía kaftán celeste y ostentaba una corona de flores azuladas, que envolvía sus sienes como un nimbo de luz increada, el peregrino, enfermo, abatido por la abstinencia y quemado por el deseo, temblaba como el corcel de guerra impaciente y nervioso, al sentir el olor de la pólvora y el estampido de los cañones.

La sangre que el desierto hace hervir, despertó a latigazos a aquel espíritu adormecido: la naturaleza reclamó sus fueros olvidados, y en aquel momento memorable se derrumbaron con siniestro clamor los sueños y esperanzas, los propósitos y sacrificios, en el alma atribulada del asceta.

—El ave de la muerte se ha posado sobre esta tienda. Alguna sierpe picó en sus labios y en su corazón, porque mi pobre gacela sueña y soñando besa a alguien que ella ve en los aires.

—Tu hija me ha mirado. ¡Dios es grandel! Su enfermedad es terrible, es el amor... ¿Sabes qué es su sueño? Soy yo. ¡Me esperaba sin conocerme y me llamaba con sus besos!

Y abriendo los tostados brazos, como si fuese a coger un mundo, aprisionó aquella cabecita pálida y mordió aquellos labios rojos como la sangre y como el fuego.

Un grito de fiera herida se escuchó en aquel momento: el peregrino soltó su presa y se llevó las manos a los ojos. La corona de azuladas flores, desprendida de las sienes de la virgen, rodó por el suelo y se deshizo sobre la alfombra.

“¡Luz... luz!—pedía con ansiedad el caminante—. ¡Luz!...”

Hasta que, tocando con los pies las flores olorosas, comprendió el árabe la magnitud espantosa de su desgracia.

—La Hierba Santa... ¡Ciego para siempre! ¡Maldito sea yo, que la toqué impuro!...

Y tendiendo sus manos, trémulo como un ebrio, desesperado y rugiente como un ángel caído, salió de la tienda y cayó de bruces sobre la arena, que mordía, en sus delirios de impotente rabia.

“¡El Smun, el Smun!”—gritan los árabes espantados—. Este grito hace temblar en el desierto: es el anuncio de la muerte que llega cabalgando sobre las alas negras del huracán.

Con loca rapidez desarman las tiendas, recogen los esclavos, cargan los camellos, que gritan volviendo sus cabezas para olfatear las primeras ráfagas, y a todo el correr de las bestias se aleja la

caravana hacia las colinas, buscando un refugio contra la tempestad que llega.

El horizonte se enrojece: los astros se anublan, la sombra densa suelta todos sus vélos, para encubrir los horrores que se preparan.

Allá quedan solitarias las tres palmeras, meciedo sus ramas sobre el fresco manantial y sobre el cuerpo abandonado de un árabe ciego, que yace tendido sobre la abrasada arena.

Ya las primeras ráfagas sacuden el ramaje y pasan silbando como una vanguardia de serpientes. Ya el ímpetu acrecienta y el Smun grande y magnífico levanta y deshace montañas de arena, arranca palmeras seculares, vuelca gigantes rocas, abre surcos inmensos y pasa barriendo la extensión, con las formidables fuerzas de la Naturaleza irritada.

.....

* * *

El viejo Hach-Sliman-Elarbi yace en su lecho de muerte rodeado por sus deudos y amigos.

De todos se despide, con la tranquilidad del justo y la alegría del creyente.

Su discípulo amado ha mucho tiempo que partió y no vuelve... ¡Quién sabe! La Hierba Santa se esconde a las miradas impuras.

Vuelta la faz hacia el Oriente, el anciano santón murmura el credo musulmán, última expresión de sus creencias y de su fe inquebrantable: "¡Dios es Dios, y Mohamed, profeta único de Dios!"

Y cortando su despedida al mundo el hipo de la muerte, cayó en el postrer letargo de su agonía aquel que muchas generaciones conocieron viejo y respetaron sabio.

Un hombre entró con pasos vacilantes y avanzó hasta tocar el rostro cadavérico del santo.

—Maestro, maestro mío, ¡no mueras!

Al sonido de aquella voz abrió el moribundo sus ojos sin luz, y, reconociendo al visitante, pareció revivir en un relámpago de voluntad.

—Tú...—dijo—¡tan tarde!

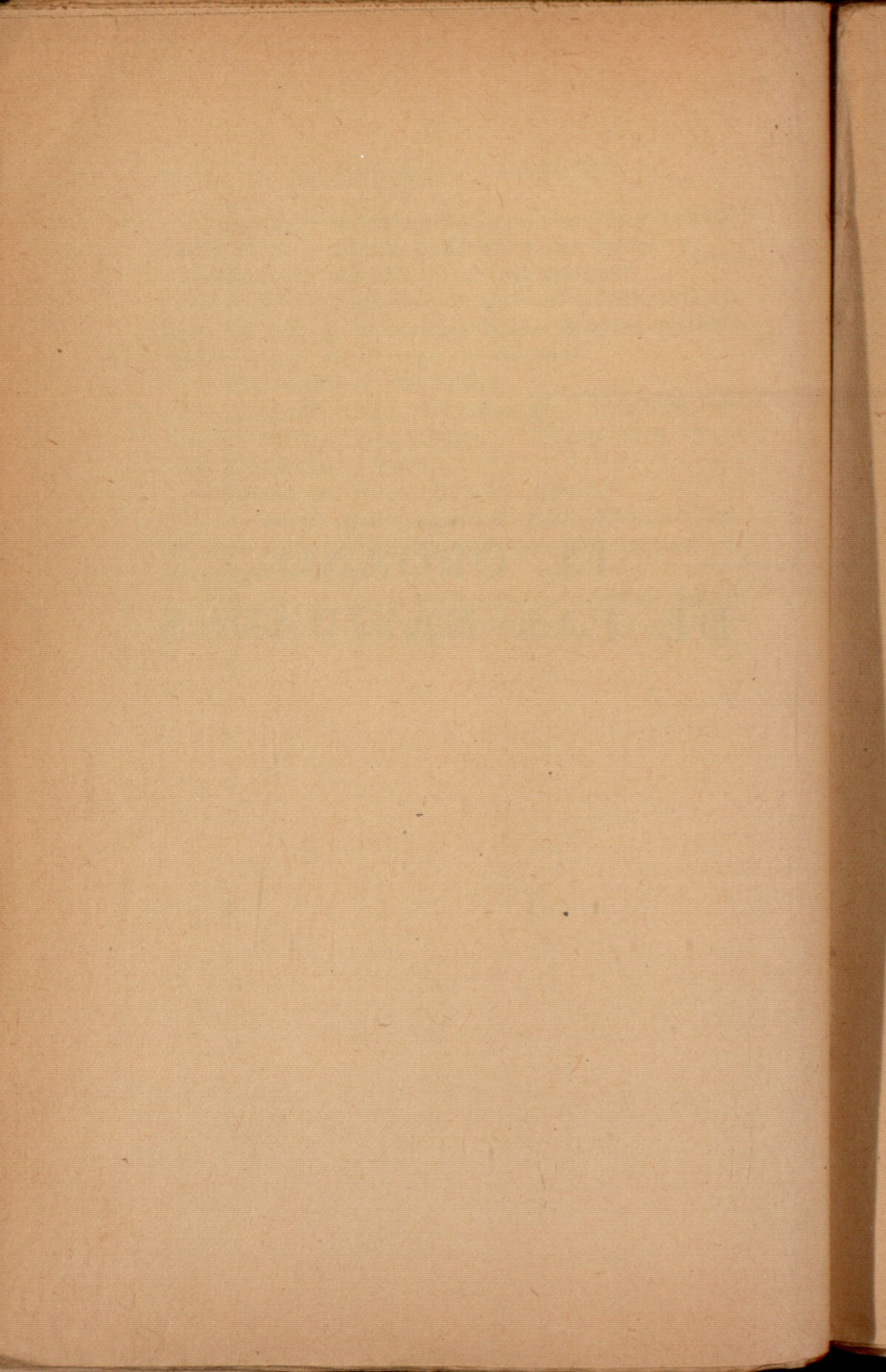
—La noche eterna está conmigo... Mis ojos, como los tuyos, están ciegos... ¡ciegos para siempre! ¡Bendíceme, maestro!

—Estaba escrito... ¡Dios es grande!

Y en aquel punto expiró el Hach-Sliman-Elarbi, uno de los santones más queridos en todo el Moghreb-al-aksa.

Aún no se ha descubierto la Hierba Santa. ¡Quién sabe lo que está escrito en el gran Libro!

EL ORGANO
DE LAS NAVIDADES



I

La escena ocurrida entre la bella doña Inés de Montepulciano Ximénez de Sobral y el caballero don Jerónimo Cifuentes de Valdeflores, no pasó a la historia por descuido de los cronistas.

Puede, no obstante, reconstruirse con algunos ligeros pero seguros datos.

Sabíase que el caballero Valdeflores andaba honestamente enamorado de doña Inés, ilustre mayorazga a quien unos malos pleitos acababan de empalidecer. No era una niña, sino matrona prócer y otoñal, de mórbidos encantos. Pudo brillar en la corte, y éste fué su verdadero ensueño; mas se entretuvo demasiado en las Chancillerías, enredada en los pleitos del mayorazgo, y no pudo pasear su hermosura por los Reales Sitios, en competencia con las diosas y ninfas de las fuentes, traídas por la moda.

Tampoco el caballero Valdeflores era un cadete; pero llevaba muy decorosamente los años que Dios se dignó concederle. Su rostro, dos veces rasurado cada día, era afable y digno; llevaba muy bien puesta su peluca; muy estirada su chupa gris perla, bordada de violetas; muy crujiente el casacón;

muy escarolados los encajes; muy bien modelada su pantorrilla.

Estos dos nobilísimos personajes daban el tono de la elegancia en aquella apartada, silenciosa, pa-cífica y pequeña ciudad episcopal.

No había querido el galán enviar rogadores que amenguasen su triunfo o gozasen en su derrota. Solamente confió sus propósitos al padre Basilio, prior de los Carmelitas descalzos, el cual le alentó con esta cláusula, recogida de los propios labios de doña Inés:

“Tan cansada me tienen los pleitos y ruidos, que estoy resuelta, padre mío, a tomar esposo.”

Con este espolazo, fué el caballero a ofrecer a la dama “alma, vida y corazón”. Hubiera preferido por escenario el solitario jardín; pero estaba el día desapacible, la parra desnuda, la fuente llena de limos, y la excesiva humedad le hacía toser, cosa impertinente en un acto de declaración.

Así, la entrevista acaeció en la sala. La alta silla, de caoba; la estera, de juncos; la cómoda, con sus fanales; el reloj, de caja; el brasero, enrejado como un gran pebetero de oro; el arpa, silenciosa; la jaula, linda y sonora como otra arpa; las frondosas cornucopias..., todo resplandecía en una suave onda de limpieza, de poesía y de amor.

¡Lástima grande que solamente conozcamos el final del interesante diálogo! Mas, para nuestros propósitos, es lo bastante.

Valdeflores.—¡Una decisión tan firme!... ¿No os arrepentiréis?

Doña Inés.—No, amigo mío.

Valdeflores.—Pero al menos, un plazo...

Doña Inés.—Imposible. Entraré en el convento el día de la Natividad del Señor. Así está convenido entre mi buena tía la priora y el padre Cirilo.

Valdeflores.—A pesar de esos convenios, Dios no se opondría a que reinéis en mi corazón y en mi casa.

Doña Inés.—¡Mi reino no es ya de este mundo!

Valdeflores.—Es una linda frase. Pero hay otras más lindas, que aún podéis escuchar...

Doña Inés.—Cesad, amigo mío; os lo ruego. Sois una tentación..., pero llegáis tarde. ¿Queréis darme ese pomito de sales? ¡Estoy tan agitada! Me apesadumbra vuestro dolor.

Valdeflores.—Y a mí vuestro sacrificio. Pero, sin duda, Dios Nuestro Señor es el único digno de poseer tan soberana belleza.

Y dichas estas razones con la galantería exquisita de su siglo, el caballero se levantó, y para ocultar un poco su emoción—pecado imperdonable en su tiempo—, escaroló a golpecitos su nivea chorrera de encajes de Almagro, estiró su chupa bordada de violetas; apoyó su mano, delicadamente femenil, con su esmeralda en el índice, en el puño de acero de su espadín, y, doblándose en una reverencia de *minueto* cortesano, besó la mano, suave y cálida como un pichoncillo, que le abandonó la casta y futura esposa del Señor.

—¿Me concederéis una última gracia?

—Decid.

—Deseo que entréis en vuestro convento en mi silla de manos. Sus tableros están pintados por un boceto de Mengs, pintor de S. M.

* * *

Día de la Natividad del Señor entró en el convento de Mercenarias doña Inés de Montepulciano Ximénez de Sobral. La silla de manos en que fué a enclaustrarse tenía una nube de amorcillos desnu-

dos en las portezuelas. El escudo era una rosa con el cáliz atravesado por una espina.

Dicen que la única profanidad que llevó consigo al convento fué cierta miniatura en marfil, encerrada en un estuche ovalado de terciopelo rojo. Bajo una frente impecable brillaban los audaces ojos: unos bigotes negros se encrespaban hacia arriba; el cuello, firme, arrancaba de una blanquísima casaca militar... ;Pobre pedazo de juventud española, deshecha en Yucatán tres meses antes, de unas fiebres pútridas! A manos de fray Cirilo, el confesor, vino al fin a parar la amada prenda.

El caballero Valdeflores vióse acometido de una honda melancolía. Era mortal su tristeza, que él procuraba ocultar como un crimen. El parecer de los médicos se dividía: unos querían sangrar; otros, purgar: los eclécticos optaban por sangrar y purgar mientras quedase enfermo. Valdeflores se consideró perdido y decidió entregar el hígado a una vieja curandera que mataba sin título.

En aquellos días, un aventurero italiano, que vió al rey en Aranjuez, publicó por esos mundos la estupenda noticia de que S. M. tenía toda la cara de un carnero.

Lo supo Valdeflores, y escribió a su amigo don Juan de Pola, obispo de Antioquía, que estaba en Aranjuez:

“Las nuevas de mi *salud* son éstas: la señora ciencia, por boca de mi Sibila Morimínguez la tuerta—que desprecia razonablemente al protomedicato—, me hizo tomar tres baños de aceite, no perdidos del todo, porque ya tiene alimento la lámpara del Santísimo Cristo de la Misericordia, que andaba muy desalumbrado. Ahora parece que la virtud curativa está en el redaño de carnero meri-

no, que pongo sobre el mío para que los dos se concierten.

"Ya sé, y S. S. también, dónde se hallaría el mejor de los mejores; pero no es cosa hacedera pedir a S. M. el redaño, ni Aranda consentiría en partirlo con nadie."

A punto estuvo de formarse una tempestad contra el imprudente caballero, porque cierto día que el señor obispo fué a Yepes, leyó la carta a unos amigos cortesanos, y que la celebraron mucho, y hasta sacaron copias para la Compañía de Jesús.

Valdeflores se ocupaba en conseguir unas licencias episcopales y pontificias para poder dormir su eterno sueño—pues ya sentía que le pesaban los ojos—en el convento de monjas mercenarias. Un capricho de gran señor, galante y mujeriego.

Al fin vinieron las licencias para construir una capilla y enterramiento, mediante larga donación al convento, a la Obra pía de Tierra Santa, a la Santa Cruzada y San Juan de Letrán, amén de los derechos de curia y preces ordinarias, sin lo demás que se omite.

Y sintiéndose morir de pie, sin frío ni calentura, llamó al escribano Pedro de Valenzuela, hombre cabal que mentía de tarde en tarde, y eso por tener once de familia y el oficio arrendado; y con él a solas, ordenó su testamento y postrera voluntad, en el que hay las cláusulas siguientes:

"Mando que en la capilla y entierro que por mi cuenta y orden está edificando el maestro Ventura de la Cruz, llamado *Peluca*, en la iglesia conventual de Nuestra Señora de las Mercedes, luego que sea acabada la obra a satisfacción, según el diseño, se ponga un retablo de Nuestra Señora, todo él de pino dorado, con sus columnas de husillo y sus

pechinas y nichos, y adornos de uvas, pamparias y frutos y ángeles volados, según se usa.

"Item: mando que la dicha capilla, que ha de ser locutorio privilegiado, sea alhajada con los sillones de nogal y los tapices que tengo en la sala que llaman de Judith y Holofernes, y asimismo con los cuadros de la Cabeza y la Magdalena y los vasos de plata batida traídos de la ciudad de México por mi tío el oidor, don Pedro de Valdeflores. También mando que se lleven a la dicha capilla de mi fundación las cornucopias que dexaré señaladas, y de la plata que está en el arcón de la rosa, que truxo mi pariente don Francisco Xavier, canónigo de Tlascala, quiero que se labre un cáliz y dos ciriales y un incensario con su naveta.

"Item: mando que sea llevado a la dicha capilla el órgano que truxe de Londón, que tiene un registro de páxaros y otro de flauteado y zampoña, con otros sones de afinada cristalería, y este tal instrumento no ha de ser por nadie tocado sino en las noches de Navidad, so la pena de perdición del dicho órgano; y para quien lo toque, libro de mi caudal el salario que fuese justo y convenido."

* * *

Falleció el caballero con la mayor elegancia que le fué posible, y amortajado en un hábito franciscano halló el reposo de la santa madre tierra.

Su capilla, en que fué enterrado, parecía un bello camarín, galante y discreto. El retablo, recién dorado, era una digna página barroca, no extremada ni delirante. La reja era otra página del castizo arte español, sobria y grave, muy en consonancia con la dura materia que el martillo y el fuego han de rendir. Allí quedó dispuesto el órga-

no, pequeño y lindo como un tocador, con sus lacas y esmaltes e incrustaciones de concha y su breve teclado de marfil; a cuyos sones amables bailaron muchas veces unas bellas pastoras su contradanza bucólica, en égloga rimada con sonrisa y acompasada con elegantes reverencias al gusto francés.

A los pies del altar, debajo de una majestuosa lámpara blanqueaba la piedra sepulcral:

“Aquí yace el muy honrado caballero don Jerónimo Cifuentes de Valdeflores, fundador de esta capilla, patrono de esta santa casa, regidor perpetuo de la ciudad y colector de rentas reales...”

Al cabo de la losa, debajo de las siglas Q. S. G. H.—que santa gloria haya—, el marmolista, según las instrucciones que recibió del albañe, grabó la rosa con la espina en el cáliz, símbolo de un amor desdeñado; mas, se atrevió a explicarlo, por su cuenta, en esta frase lauretana, tan fuera de sazón, que puso por debajo:

“Rosa mística—Ora pro nobis.”

La hacienda de los Valdeflores se fué desmigajando y consumiendo en esta larga e intrincada sucesión de cosas, que llamamos historia. Guerras, revueltas y novedades sacudieron esta mansa tierra de España, y de tales sacudimientos muchos desamparados salieron ricos, y muchos ricos se hallaron desnudos. Que esta compensación ofrece a la infelicidad la caprichosa fortuna. Sábese que, resistiendo a las grandes y espantosas borrascas de las revoluciones, de las reacciones, de los bruscos cambios de sistemas, de las desamortizaciones en que venía a nacer convulsamente un nuevo Derecho, la casa solariega de los Valdeflores, como un viejo navío, se conservó, cuarteada acaso, dolorida y resquebrajada, pero altiva y huraña, como si la animasen aún las cosas polvorientas que se llevó el tiempo.

El último vástago de aquel árbol insigne pasó su infancia y juventud primera *a bordo* del navío familiar. Huérfano era a los cinco años de su edad, y el beneficiado don Diego Espinosa y Valdeflores le recogió como una cosa náufraga que anda perdida por los mares. En aquel sacro refugio

construido por sus mayores estudió latín y griego, con las demás cosas humanas que son ornamento del saber, si ya no fuesen el saber mismo.

Muerto en decorosa pobreza el beneficiado, su sobrino, discípulo y heredero don Ramón, se fué por esos mundos a pelear bravamente armado de latín y griego y de todas las bellas ilusiones de los días de oro. Dicen que llegó a ser un sabio y un artista. Estuvo en Italia y en Grecia y en Oriente, para escribir cosas que el Gobierno le pagaba. Muy joven era, y se casó con una mujer más joven. Dicen que él pudo quitar la espina de la rosa familiar, porque fué muy feliz y tuvo una hija tan bella y buena, que el espíritu se reconciliaba con la vida, con el afán y con el trabajo.

Trabajó mucho: la tiranía de la necesidad pesaba sobre sus hombros como una losa sepulcral sin ningún símbolo piadoso. Decaía sin confesarlo: el hombre que trabaja para los suyos no puede parar ni enfermar, ni desmayarse. El renombre es un compromiso también... ¡Y qué vale el afán si es endulzado por una esposa y una hija, ambas hermosas, solícitas y amantes! Borrada de la Pasión las figuras de las "santas mujeres", y la agonía del Cristo será espantosa.

Las horas pasan, los días vuelan; sin pensarlo, la infancia que besamos se hace juventud. Salen de las crisálidas las mariposas con una rapidez que da miedo.

El pobre Valdeflores se sorprendió mucho de que su hija tuviese un amor: la creía una niña. El amor tomó cuerpo y resolución. No había resquicio para oponerse. Y con el alma entre sangrando y gozosa, la entregó, la vió desaparecer de su nido, la besó con respeto y la abrazó con ternura...

Se la llevaba un hombre digno..., ¡pero se la llevaba!

Cayó sobre aquel breve nido de amores una sombra de desolación. Los esposos mascaban la soledad. No eran viejos: ella tenía la tierna hermosura de las madres jóvenes y bien amadas; él, la fresca gris de los hombres amantes y bien queridos. Pero la ausencia del ave, del encanto, de la juventud, les envejecía por dentro.

El pobre trabajador intelectual sentía la sensación penosa de una brusca caída en el vacío. Le parecía que le bajaban a la sepultura, que le enterraban muy hondo... Había acabado allí el objeto de su vida. Ya nada tenía que hacer.

Y para salvarle de aquella crisis extrema de abandono y melancolía, la buena esposa, la santa mujer, que siempre está al lado del Cristo, le recordó su linaje, su infancia, su historia, señalándole el sacro refugio de la casa solariega, su única posesión, ingratamente olvidada.

Allá se fueron con sus murrias: la casa del tío Jerónimo se aderezó para recibirlos. El viejo rancho del patio dió su mejor azahar, temprano y galante. Una blanda primavera henchía los campos de olores germinales, tibios y suaves como el de las setas de los bosques. Los bordales floridos daban su larga nota de color enmarcando los huertos; los álamos y las acacias florecían; las rosas rebosaban; los sangrientos claveles parecían ascuas de sangre; los laureles de los conventos se movían como incensarios; el cielo estaba azul; los pájaros cantaban...

—Tenemos un privilegio... Vamos a la capilla de la Rosa, donde está enterrado el tío Jerónimo.

Los recibió en aquella tarde primaveral la única monja que había en la casa, sor María de la

Purificación, una profesora de piano, que un desengaño amoroso enclaustró. ¡Siempre la rosa con el cáliz atravesado por la espina!

La esposa de Valdeflores había cortado las varas de azucenas de unos tiestos del patio: era una ofrenda cándida y olorosa.

Entraron, oraron; el artista mundano se puso a contemplar los muebles. Su mujer oró, invocó sobre su hija ausente la gracia de Nuestra Señora... Y cuando Valdeflores volvió a la realidad, vió un cuadro maravilloso. Su esposa, rejuvenecida, engalanada de castos pudores de la sangre y del alma, entregaba las virginales azucenas a una monja blanca y angélica: un ancho rayo de sol coloreado por la vidriera, envolvía en mansa llamarada las vivientes figuras, como en un cuadro de la Anunciación...

—Nunca vi cosa tan bella—dijo el artista, entusiasmado—. He aquí que sois hermosas con hermosura del cielo, hermanas mías, compañeras mías... ¡Que os bendiga Dios!

Son agradecidas las pobres monjas que sangran por heridas de amor. Cuando salían los esposos y se inclinaban reverentes ante el pelícano del sagrario, una blanda música de flautas, de pájaros y de cristales envolvió la iglesia. Era una ráfaga de los pasados siglos, apasionados y galantes.

Aquello fué el principio de una emoción: la emoción completa la sintieron más lejos, en la avenida conventual, bajo los álamos florecidos, entre los bardales coloreados con guirnaldas de rosas silvestres, en la mansedumbre divina de un crepúsculo primaveral.

Fueron impulsos renacientes, ansias de vida, latidos de sangre humana, que no se resigna a morir...

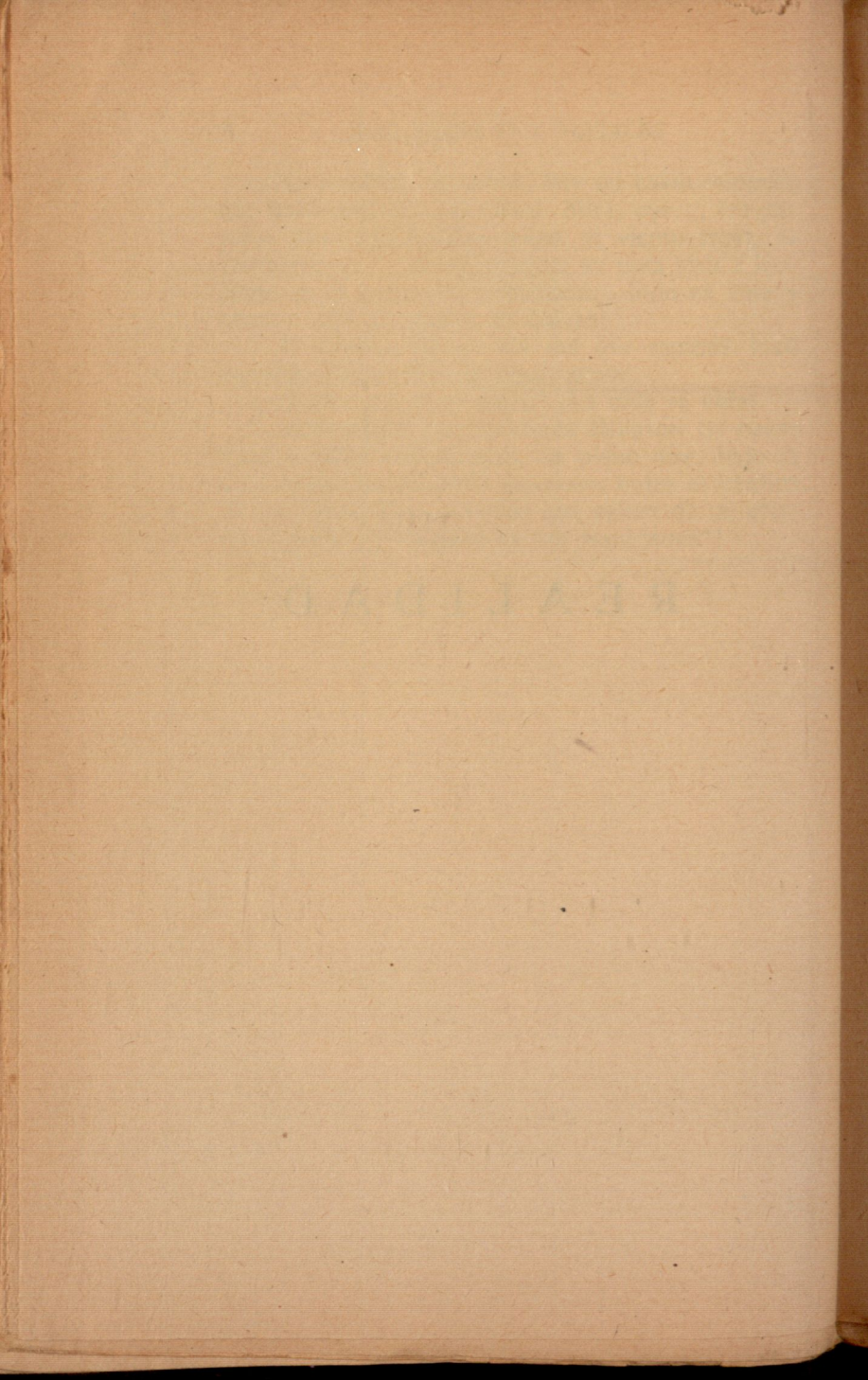
—No tiembles, mi amor; hay un casto impudor que hace sonreír a los cielos. Mira, oye..., los pájaros pían, los árboles rezan, el viento trova, la cristalería de la fuente esparce su nota viva e inocente en el cristal del crepúsculo; todo es vida y amor... ¡Yo te quiero, te quiero!...

Y la sombra de un ala del *ave ausente* rozó aquellas almas, con un ritmo suave:

—¡Yo te quiero, mi amor! ¡La vida es vida!

Y unos labios crepusculares llenaron de besos unas mejillas ruborizadas, en pleno aire, bajo la azul campana del cielo amoroso, entre el cántico de las cosas libres y bellas que salían de un eterno órgano, ¡el “órgano de las Navidades”!

REALIDAD



No recuerdo ya cómo vino rodando el tema. Habíamos arreglado el mundo desde la mesa de aquel café madrileño con piano de cola, y sin duda no teniendo ya nada que hacer con la Rusia, la Prusia, la Francia o la Inglaterra, nos fuimos acercando, acercando, hasta poner las pecadoras manos en esta descompuesta máquina de nosotros mismos.

—Sí, señores—decía un filósofo de estos que Menéndez Pelayo llama “autodidactos”—; en el mundo no hay más que un solo afecto hondo, verdadero, general, común a todas las especies: El cariño de los padres a los hijos.

—¿Y el de los hijos a los padres, es grano de anís?—interrumpió otro filósofo.

Un tercero les puso de acuerdo, quedando asentado y convenido que no hay más que un afecto humano digno de la mayor consideración y respeto: el cariño de los padres a los hijos y de los hijos a los padres, ley inflexible de naturaleza que ninguno puede eludir.

—¿Qué tal?—preguntaron a un contertulio que

yo no había visto nunca. Me parecía hombre serio, mejor, hombre triste.

—¡Phs!...—dijo.

—¡Cómo phs! Me parece, caballero, que nadie podrá poner en duda nuestras conclusiones. El afecto paternal obedece a una ley fija, universal e inmutable. ¡Esa no la falsean los hombres! ¡Que me echen encima todas las leyes que quieran prohibiendo que ame a mis hijos!

—Tampoco los amaría usted porque otra ley se lo mandase.

—Claro que no. ¿Pero eso qué tiene que ver?...

—Nada.—Y aquel joven serio volvió a recogerse en su pensamiento con esa silenciosa melancolía del hombre que tiene penas.

Cuando salí del café aun quedaban mis amigos discutiendo el punto con un encarnizamiento digno de mejor causa. Porque uno de los invencibles impulsos de nuestra raza es el de discutir, porfiar, mejor dicho, sobre cuestiones en que de antemano estamos de acuerdo.

En el mismo corazón de Madrid, entre el estruendo de la multitud que va y viene llenando las aceras, bajo la lluvia resplandeciente de la luz eléctrica y el trueno continuo de los coches que van a escape, entrecogíome una bruja que llevaba una niña de la mano. Iba ya a cometer la necedad de darle una limosna, cuando reparé en el ángel y vi que le habían cortado las alas. El gesto, el guiño, el afeite, la sonrisa, eran una espantosa mueca de procacidad impúber... ¡Pobre fruta caída a palos del árbol, verde y recia aún y con un gusano dentro!

La bruja baboseó unas palabras... ¡Era su hija! Y para estimular el apetito de los decadentes la exponía así, profanando la túnica pueril, manchan-

do con el lodo de un comercio infame los albos cendales de la inocencia. *¡Ubera non habet!*, decía en castellano sucio, repitiendo aquella frase del cantar salomónico, que en su boca tomaba olores de alcantarilla.

—¡Es el afecto paternal, único del mundo!

Al sentir el restallido de aquel sarcasmo volví la cara y encontré con la del hombre triste. Cogió mi brazo y me arrancó de aquel horror.

A medida que hablaba yo iba como recordando...

—Señor, yo conozco a este hombre, y ahora no caigo

—Eso les pasa a muchos. Me conocen..., ¡y no caen!

—¡Hola! ¿Respondes al pensamiento? Razón de más para que no te suelte.

Y seguimos paseando y charlando como dos antiguos y queridísimos amigos.

—He ahí un hombre feliz—dije—; la satisfacción de vivir brilla hasta en la pechera de su camisa.—El hombre feliz descendió de lujosa berlina, alzóse el cuello de pieles, relampaguearon los brillantes y entró en el Casino, dejando una estela en que los miserables se sumergían como en un baño.

—Ah, le conozco. El pobre tiene una pena muy grande... Su padre ha dado en la manía de no querer morirse. ¡Hay padres bien crueles en el mundo!

Lo miré con asombro. ¿Se estaría burlando de mí?

—Hay por medio ese padre paralítico, un título y algunos millones..., y además una ristra de deudas.

El chico viene al Casino y juega; si gana, lo re-

parte entre otros pobres, el cafetero, la corista, el empresario, la buscona... Si pierde, va en busca de un usurero. Este no le falta. ¿No sabe usted que cada árbol tiene su insecto? El hijo echa sus cuentas: si el tiempo no corriera más que para los viejos... ¡Pero si corre para todos!

—Pues estaría bueno que cundiera esa doctrina.

—¿Que no cunde? Oiga usted un diálogo entre la sociedad y ese hijo desgraciado:

—*La sociedad.*—Papá no mejora, ¿eh? ¿Cómo está?

El hijo.—¿Cómo ha de estar? Sufriendo. ¡El pobre! Es un dolor ver lo que sufre.

La sociedad.—Por mucho que nos resistamos a la idea, la verdad es que al llegar a esa edad, a ese estado..., Dios debiera acordarse de nosotros. Sí. ¿Qué nos brinda ya el mundo? Tristezas. Este es un valle de lágrimas, etcétera, etcétera.

El hijo.—Lo comprendo así. ¡Pero la sombra de un padre!...

La sociedad.—Ese es nuestro egoísmo. Queremos tener la sombra, aunque sea sufriendo. Bien mirado, eso no es caridad.

El hijo.—(Entre cuero y carne.) Y ¿qué quiere usted que yo le haga, si no se muere?

La sociedad. — (Con segunda.) ¡Resignación! Lo que en buenas palabras quiere decir: "Aguántate, porque no es cosa de que le des un billete para el otro mundo."

—Mire usted esa mujer anciana, respetable, tranquila... ¿Qué lleva debajo del abrigo? ¿Un paquete tal vez? No. Un hombre.

—¿Está usted loco? ¡Un hombre!

—Un hombre que acaba de nacer. Se trata de una familia honrada que usted conoce. Pero hubo algo más fuerte que la honradez: el amor. Des-

pués vino algo más fuerte que el amor: el instinto. Ahora viene algo más fuerte que el amor y que el instinto: el *qué dirán*. Resultado: una cucharada de néctar, un delirio, un brinco de los nervios, la brusca e intensa vibración del sexo..., y allá va ese envoltorio anónimo a cargar con todas las desdichas, con todos los desprecios... Su primer llanto fué reprimido a punto de asfixia, como un insulto al mundo a que lo trajeron: el último, Dios sabe dónde se lo ahogarán. En el presidio acaso.

—¡Oh, por Dios!...

—Los salvajes tenían ídolos sangrientos; en vez de dedicarle oraciones, le mataban hombres. ¿Ve usted esa casa? Es triste. ¿Verdad? Lea usted: “Templo del *qué dirán*.” Yo me descubro ante todos los templos. ¡Que si el dios es fuerte...! Esa pobre mujer sabe que es sangre suya la que palpita debajo de su abrigo. Tenía locura por aquel nietezuelo, sentiría el encanto de vivir otra vez con sus caricias de ángel... Pero, ¡y aquel dios, aquel dios ceñudo, imponente, que es más grande, más poderoso que la impasible Naturaleza! Y llevando en sus brazos una vida con todos sus poderes y responsabilidades, finge tranquilidad, miente alegría, clava en su boca una sonrisa de máscara para despistar al mundo, para dar culto servil a la bárbara deidad que pide su víctima.

Ya está. Abrese el agujero..., suena la campana. ¡Ya no hay lazos! ¡Ya no hay sangre que grite! La ola anónima borró con su piadosa amargura las huellas de su crimen... ¡Detrás de aquel torno empieza el áspero camino de la eternidad, lleno de lágrimas! ¡Y en el húmedo seno de la noche responden al clamor de la campana aquélla, el grito

de triunfo del *dios social* y el ¡ay! formidable de la inmensa Naturaleza profanada!

—¡Pero éste es un mundo inicuo!

—¿Inicuo? La palabra es fuerte. El mundo no tiene parte en la iniquidad de los hombres. Bastante hace con soportarlos. En el *censo* zoológico, la especie humana es la partida más pobre. No hay que ofender a las demás especies porque haya una que despunte de soberbia, de imbécil o de loca.

—¡No, no y no!—dije revolviéndome—. El hombre es el rey de la creación.

—Vaya, pues mande vuestra majestad a la hormiga que no saque sus larvas al sol después que ha llovido: ordene al escarabajo que trabaje en materia más limpia; a la ostra que se disgregue del banco; a la golondrina que ponga sus huevos en la arena...; al rayo de sol que descubra todos sus colores; a las cosas que muestren sus infinitas propiedades. Un reyezuelo africano, al asentar el último mojón de su reino, que tendría tres leguas, decretó que más allá no había cosa digna de ver en el mundo. Nosotros decimos que las cosas tienen cinco propiedades, porque sólo fenemos otros tantos sentidos para apreciarlas. Ponemos ahí el mojón y declaramos que más adelante ya no hay nada.

—Sí hay. ¡El espíritu inmortal, la inteligencia creadora!

—Esa es nuestra corona... y nuestro tormento. ¡Una corona de espinas! Pero sigamos descubriendo cosas. Hablábamos del afecto paternal...: he ahí esos niños, duermen. El umbral es su lecho. Si tienen frío se aprietan unos con otros: eso hacen las ovejas, y como a éstos, nadie se lo ha enseñado. Si la escarcha los cubre, se levantan, se

sacuden, y en paz. Viven como los gorriones, entregados por entero a la Providencia. Tienen padres, ¡qué padres serán! Tienen prójimos, ¡qué prójimos serán! Y cuando la Providencia nos los entrega hechos unos hombres, diciéndonos: "Ahí va eso", les pedimos cuentas y les exigimos una porción de cosas que ellos no han visto ni oído: orden, honradez, amor al trabajo, cultura, religión, decencia...

Es como pedir a una ostra la partida de nacimiento. No hay duda que el amor paternal va haciendo su efecto en estos pobres seres. Aquella mujer echó a su nieto al abismo: los padres de estas criaturas no se impusieron ni siquiera ese trabajo. Las dejaron sencillamente en el arroyo. Ese es su mundo, y, como en todos, hay dolores y felicidades. ¡Cuán fácil sería devolver a cualquiera de estos *golfitos* su padre, su madre, el hogar del que fué expulsado...; pero sería una crueldad!

—¿Una crueldad? No lo entiendo.

—¿Quiere usted ver cómo ése de la blusilla, el más chico, no sólo tiene padres, sino tíos y primos, una parentela casi tan larga como Jacob? Pues manos a la obra.—¡Eh, amigo mío, despierta! Vente con nosotros; esta noche tendrás cama de príncipe; mañana, una renta vitalicia, que yo, filántropo con recámara, te impongo en el Banco.

Mañana, ¡Dios me perdone!, este chico no va a tener tiempo para conocer parientes. Verá usted qué explosión más tierna de amor paternal.

¿Adónde va ese señor corriendo?... ¿Alguna desgracia? ¿Incendio, robo, asesinato?...—¿Qué es eso, señor don Fulano? ¿No puede usted hablar porque la pena le ahoga? Botica..., sereno..., médico..., ¡ya caigo!; ¿garrotillo? ¡Horrible, ho-

rrible!, y el cuarto hijo... ¿Que todos se quieren igualmente? Ya lo creo. Pero el enfermito, el débil, el que se va... Comprendo esas angustias que estrujan las entrañas. Nada; a casa. Este no es el camino de la salvación, sino el camino del *Via-ducto*. No hay que hacer locuras, señor don Fulano. Quedan otros que también se quieren...

—He aquí un padre loco por sus hijos. ¡Triste padre!

—Triste, es verdad! Pero, ¡ay!, su locura generosa no se extiende sino a esos cuatro. Tiene otros dos hijos que apenas conoce, resultado de una aventura, de un arrechucho juvenil; ¡cosas del mundo! Aquel grandullón que dormía allá abajo con este *golfito*, que nos hizo una gentil higa, ¡pues ése! El otro, sabe Dios. Son sus hijos, y no los quiere, porque no los *manosea*. El título de afecto que tienen a su favor el gato, el perro y el canario de la casa.

La higa del *golfo* acaso no sería para nosotros, sino para algo más grande, más tenebroso, más amargo, que se estremece en esta pesada atmósfera de la noche.

¿Otro desesperado? Vaya, aquí también han dado garrote a la naturaleza. No hay que pegarse un tiro ni estrellarse los sesos. Joven, la vida tiene esos recodos, el mundo es ancho... ¿Que su padre casó por segunda vez? Eso prueba que es de pelo en pecho. ¿Que su madrastra le odia? Eso pasa siempre. ¿Que su padre echó a usted a la calle con lo puesto? Es el efecto inmediato, fatal e inevitable de las segundas nupcias. El cariño paternal no pasó ni una línea más allá del segundo golpe de la *Epístola*. Todo tiene su término en el mundo.

—Mire usted. ¿Ve usted aquella luz, allá arri-

ba? Un hijo está matando a su padre. No hay lucha, ni sangre...; ha cogido un colchón, se lo ha echado encima y se ha puesto a prensar, asfixiándolo, al autor de sus días. El parricida hace eso por honradez. Un caso curioso.

—Por honradez..., ¡qué blasfemia!

—El hijo es comerciante; tiene vencimientos a la vista, su honor, su crédito en plaza están pendientes de un cabello. El cabello está en la cabeza de su padre, que es un avaro... No hay más que aplastar esa cabeza con un colchón, y el honor se salva y el crédito de la firma queda en su punto. Hay muchas maneras de entender las cosas.

—¡Oh, llamemos a esa puerta...; impidamos ese crimen que estremece al mundo!

—¿Qué va usted a conseguir con eso? Todavía le quedan tres días de plazo para pagar las letras. Podría matar un millón de padres, si los tuviera..., y los mataría por eso, por honradez, por el orgullo de su crédito en plaza.

Aquí viene otro. Un estudiante que no estudia, a no ser chuladas y jerigonza. Parece un príncipe. Juega, bebe, riñe, se entrapa, sabe estafar, sabe mentir... Su padre es un labriego pegado al surco: cada céntimo que envía al hijo le cuesta una gota de sudor, tamaña; podía ser libre, y es un esclavo; podía ser rico, y es un miserable. Todo se lo lleva ese hijo, al que espera ver hecho un sabio. El mejor día le dirán que el sabio va para el presidio, y morirá de pronto, sobre el surco, como un buey al que le dan la puntilla.

Ya ve usted cómo no es tan inflexible la ley..., cómo el sentimiento no se puede encerrar en ese entimema de café: “¿Es padre; es hijo? Luego ama.” Este es otro privilegio de la humanidad: el haber establecido estas numerosas y continuas

excepciones de la regla universal. El único animal que puede no amar a sus hijos o a sus padres es el hombre. ¿Sabe usted por qué? Porque los demás animales no conocen el dinero ni el *qué dirán*. ¡Dichosos ellos!

Ahora nos endulzaremos un poco el alma, harto angustiada ya. Vea usted ese viejo..., ¡descúbrase usted! Más que el peso de los años, le agobian las tristezas. Es un sabio, y, naturalmente, no tiene sobre qué reclinar la cabeza. Todas las noches sale así, con furtivo paso, como quien va a cometer maldad, con el pudor de la pobreza tan poco comprendido; acércase a una tienda de libros y deja un volumen, dos, tres..., recoge unas monedas y se retira con un gran pesar y una grande alegría. ¡Sus hijos comen! Pedidle a una mujer hermosa que se corte los cabellos o se arranque los dientes. ¡El sabio hace más, le duele más, hacer migajas su biblioteca!

—No, no se separa usted de mí sin decirme su nombre. No sé qué de áspero y doloroso hay en sus palabras, que las bebe uno con deleite infernal... Yo quiero conocer a usted, tratarlo, seguir oyendo esas cosas que no sé si curan, pero que hacen daño.

—¡Si a mí me conoce todo el mundo! Yo estoy en todas partes..., ¡me llamo *Realidad*!

HERNAN PEREZ
O LA GRAN LLANURA

HERNANDEZ
O LA GRAN LINDERA

I

Hernán Pérez de Zúñiga y Lara era un hidalgo que tenía, en sentir del vulgo, todos los defectos. Jugador, pendenciero, mujeriego, irreverente, poco respetuoso con las cosas del rey y menos aún con las cosas de nuestra santa madre Iglesia.

Pero en cambio de tales defectos tenía una perfección satánica: la hermosura varonil, que arrasaba en sus caprichos y seducciones a las más severísimas y recatadas hembras.

Hernán Pérez no sintió nunca más que una pasión intensa, que era la del juego; el amor era para él un accidente de color de rosa que jamás le obligó ni al sacrificio ni al recuerdo.

Por el demonio de esta afición de rico se convirtió en pobre, un pobre entre montones de oro, que a veces por la mañana poseía diez mil ducados y a la noche no tenía ni un solo maravedí y cenaba a crédito en la hostería.

Nunca la Santa Inquisición se mezcló en sus cosas, y eso que algunas pasaban de castaño oscuro, pues amén de no confesar ni comulgar en ninguna Pascua, cuando perdía un dineral en el juego solía tirar los dados y decir unas blasfemias capaces de

poner espanto en los mismos satanases del infierno.

Su tío don Rodrigo Lope de Zúñiga, varón de sólidas y ejemplarísimas virtudes, de cuantiosa hacienda y austero celibato, era familiar del Santo Oficio, y tal vez por esta afortunada circunstancia se pudo librar el calavera del potro y de la retracción.

Pero la gente decía que a Hernán Pérez se lo había de llevar el diablo; y establecido ya este prejuicio, que es como cualquier otro prejuicio del vulgacho, todos evitaban cuanto podían el contacto con aquel futuro habitante del Averno.

Hernán, sin hacer caso de habladurías de comadres, seguía jugando y bebiendo y amando a su manera. "Mi hacienda va con el siglo", decía muchas veces sonriendo; pero aunque el siglo daba ya las boqueadas, su hacienda las había dado completas, pues en realidad no le quedaban ni dos terrones libres de doscientas deudas.

Muchas veces el buen don Rodrigo Lope le había endilgado durísimas paternas; y cuando toda la austeridad, el ejemplo intachable, la facundia teológica, el rigor y aun los prometimientos de su pingüe herencia, no pudieron apartar al calavera de su viciosa vida de impiedades, claro es que a no ser por permisión divina y por patentísimo milagro, nadie podría convertir al buen camino a aquel diablo jugador, blasfemo y enamorado, terror y escándalo de la comarca entera.

Ya hacía tiempo que el familiar le había abandonado a sus pasiones y ni aun oír el nombre de su sobrino quería, y el sobrino pagaba con creces el abandono, nombrándole con mil motes ridículos cada y cuando a cuento le venía.

Hernán tenía un amigo, *rara avis* en aquel como

en estos tiempos. Llamábase don Gaspar y era rico, cincuentón, apacible, templado en sus costumbres y morigerado en sus apetitos, temeroso de Dios y de los hombres y celoso cumplidor de las exigencias externas del culto religioso.

Cumplidos los cincuenta contrajo matrimonio con una jovencita de diez y siete abriles, hermosa, soñadora, antojadiza e inútil para las labores de su sexo y para toda clase de labores, educada desde la niñez en el convento de las piadosas Carmelitas, y que le había traído con su amor una muy buena dote en fincas y en dinero contante, y esto, más que el cariño, ahijó el ardor nupcial del caballero.

Decíase que la bella esposa de don Gaspar trataba a Hernán Pérez con más intimidad de lo que el recato y las buenas costumbres permitían; pero si era cierta o mentida tal especie, a don Gaspar no se le conocía, pues siempre agasajó con mil amores a Hernán y de casa mil veces salió para buscarle y emprender la partida de dados en que sigilosamente íbase traspasando, ducado a ducado, la hacienda del libertino a manos de su cariñoso amigo don Gaspar de Parrales.

Y caso de ser verídicas las habladurías del vulgo, nada habría que reprochar al ganancioso amigo, que si buena hacienda adquiría, buena mujer iba perdiendo, y en conciencia, aún pudiera pedir encima algunos gajes, que tan alto, como buen marido, tasaba las excelentes prendas de su esposa.

Ello es que llegada que fué la última noche de aquel siglo, aderezó don Gaspar una succulenta cena para festejar, junto con su mujer y su amigo, la entrada del siglo nuevo y pedirle días propicios y noches placenteras.

Hernán Pérez llevó al banquete el último jirón de su fortuna: espléndido jubón de acuchillados, calzas de grana, espada de Toledo con puño cincelado primorosamente y un puñado de áureas monedas en la escarcela, de ante, adornada con delicada argentería.

No eran aún las nueve; faltaban tres horas para morir el siglo, y aquel resto de su caudal había fenecido a manos del siempre afortunado don Gaspar. Todo lo perdió, hasta la hoja toledana, recuerdo de las antiguas grandezas de su estirpe.

Malhumorado y maldiciente salió Hernán de aquella casa, donde tan caros se vendían el amor y la amistad, y dióse a vagar por las oscuras calles, increpando a la suerte, que siempre en lances tales le vencía.

Y andando, andando, se encontró en un extremo de los arrabales, entre un grupo de casuchas y un enjambre de perros hambrientos que, ladrando, le olfateaban como lobos.

—¡Por vida del familiar..., yo os haré entrar en razones, perros malditos!

Y al echar mano al puño de la espada, notó que consigo no la traía. Don Gaspar, silenciosamente, la había guardado al ganársela.

Entonces, al encontrarse solo, de noche, desarmado, en aquellos sitios, siempre cuajados de ladrones y de asesinos, sintió el escalofrío del temor y se revolvió, buscando un punto de orientación en aquel inmenso laberinto.

Allá, sobre la puerta de una casa que parecía una cueva, brillaba una luz mortecina y triste, que temblaba como un ojo que parpadea en la oscuridad.

—Algo es algo: la luz de la maldita bruja. Ya

sé dónde me encuentro, y más vale el infierno caliente que la calle helada.

Esta noche, como al fin solemne, tendrá mucho trabajo...; tal vez se halle rezando los maitines negros y se apreste para el aquelarre...; de todos modos he de preguntarle si terminó la cábala que me ofreció, y ¡mal año para don Gaspar si la concluye... y fuera cierta!

II

—¡La paz de Dios sea en esta *santa* casa!

—Adelantē, Hernán.

—¿Me conociste?

—Te esperaba.

—Preciso será creer en tu zahoría.

—Tan cierto como que es última noche del año y del siglo, y que mañana habrá gran nevada, sé de dónde vienes.

—¡Vaya una ciencia! Sabiendo que tengo tres ducados, no es difícil averiguar de dónde vengo. De casa de don Gaspar, el vampiro de mi sangre, la sanguijuela de mi caudal, ¡el ladronazo!

—Pero tiene una mujer hermosa, ¿verdad, mi bello hidalgo?

—No te lo niego, bruja; pero no vengo aquí para conversar sobre Beatriz, que hartó la hablé ya a solas y me siento ahito de hermosura.

—¿Es cierto lo que dices?

—Tan cierto como que si ahora encontrase una rica hembra que pagase con montones de oro mis caricias, me vendía como se vende un bruto; hasta sería capaz de caer en tentación de matrimonio si en tan negra manía diese la hembra.

—Yo tengo para ti lo que deseas

—¿Esas tenemos? Conque también tercera...; vaya, pues me alegro. De seguro será un vestigio.

—No, sino arrogante moza.

—Después haremos el trato. ¿Aquella cábala la hiciste?

—Tengo otra mejor.

—Nunca más buena ocasión para decirla.

—Escúchame, Hernán: esta noche, dentro de poco, va a nacer un siglo nuevo. Tú eres muy joven y muy hermoso para que puedas comprender lo que quiere decir un siglo nuevo en la vida del mundo. Yo cumplo esta noche los cien años, ¡ciento!; esperaba esta hora con la angustia de toda mi vida, con el afán de toda mi alma. ¿Tú sabes por qué? Porque esta noche florece el *Lotus* sagrado y se descorren los velos del pasado y del porvenir en el seno del mundo incomprensible, porque esta noche habla la esfinge y se juntan todos los genios y se confunden todos los espíritus. ¡Felices los que pueden contemplar las maravillas! Yo, que he llegado a este día afanosa de saber y con el deseo constante de encontrar el camino de la *gran llanura*, estoy turbada, me encuentro triste y siento no sé qué punzadas en el corazón.

—Será la muerte.

—No, ¡que es el amor!

—¡Amor a los cien años! Bah, me voy. Abuela, el tiempo está frío, seco, y los humores malignos se suben a la cabeza. Con Dios quedad:

—¡Detente!

—Me detengo. Pero, por Dios, que es brava cosa. ¡Una bruja enamorada! ¡Será del diablo!

—¡No, Hernán, que es de ti!

—¿De mí dices? Por vida de todos los cuernos de Satanás, tu patrono; ¿de mí?

—De ti.

—Vaya, esto es chancearse demasiado, abuela.

—¿No te quieres vender? Yo te compro; yo, que tengo esos montones de riquezas con que sueñas.

—Pues bien poco se conoce, bruja.

—¿Quieres venir a las regiones donde están esos tesoros?

—Quiero.

—Es que hasta allí sólo puede acompañarme mi esposo.

—¡Esto más, bruja! Cesa en tu charla, o hago un escarmiento, usurpando las facultades del familiar mi tío.

—Piénsalo bien.

—No, no es menester pensarlo. Si fueran ciertas tus promesas..., quién sabe, acepto, bruja. Pero si no hay riquezas, no hay casorio, y de aquí para siempre doy por nulo, roto e inservible todo trato y contrato que en contra de mi expresa voluntad se haga.

—Estoy conforme.

—Mira que si hubiese chanza te retuerzo el pescuezo como hay Dios.

—Descuida, Hernán querido, que no te engañaré.

—¿Hay que hacer alguna ceremonia o basta la palabra honrada?

—Sí hay que hacer.

—Pues vamos pronto. (¡Ay, si pudiera decirle a don Gaspar cuántas son cinco!)

—Empecemos, pues, y no interrumpas el terrible *abracadabra*.

—¡Si el rígido y salvaje familiar me viera en estos tratos!

III

La bruja se levantó, temblando de emoción y de frío, del rinconcillo donde yacía arrebujada en harapos. Vista a la confusa luz que ardía en el lamparín, hecho de una concha de galápago, era por demás horrible. Su espinazo se doblaba en figura de S; su cabeza estaba casi calva y sucia; su cara aparecía plegada con arrugas concéntricas en torno de la boca, dando a ésta, según la frase de un gran escritor francés, la figura repulsiva del *anus* latino; sólo sus ojos llameaban con el fuego de una juventud extraña, y era un contraste diabólico el de aquellas pupilas negras y ardientes fulgurando en el fondo amarillento de aquel pergamino tan rugoso

Doblóse como pudo ante el hogar y sopló las mortecinas ascuas, que en un momento lanzaron llamas que rodeando el caldero colgado de las llares, contenía una viscosa mezcla de color indefinible.

Hernán seguía silencioso los manejos de la bruja. Cada vez le parecía más absurda la idea de un matrimonio con aquel espantajo; pero sin darse cuenta de ello comenzaba a sentirse como atraí-

do por el absurdo. Indudablemente, algún mágico estaba interviniendo.

La centenaria trazó unos cuantos signos misteriosos en el aire, pronunció algunas palabras en idioma desconocido, y al punto el líquido que el caldero contenía principió a hervir, primero con chirridos débiles, después con ronco estruendo, que fué creciendo hasta convertirse en un profundo trueno que debieron de oír los vecinos todos de los arrabales.

Tres murciélagos que, hechos una piña, dormían con las alas plegadas, pendientes del techo, se echaron a volar, trazando círculos encima de la cabeza de la bruja. El gato negro erizó los pelos del lomo, descubrió sus pupilas, que brillaban como dos arenas de oro; maulló tres veces y de un salto se colocó sobre el hombro derecho de su dueña. Sobre el hombro izquierdo vino a posarse la lechuza, dando unos silbidos capaces de poner pavora en el ánimo más esforzado.

Acompañando a estos ruidos, la bruja prorrumpió en un cántico en lengua egipcia, cántico sagrado en que invocaba a todos los poderes y llamaba a todas las grandes fuerzas de la vida.

Poco a poco fué sintiéndose en la mezquina habitación algo como un ambiente de primavera; todo palpitaba, como si los esfuerzos de una extraña germinación se difundieran en aquel aire tibio como una ráfaga de abril. La varilla seca que salía de un búcaro puesto sobre el resalte de la chimenea se tornó verde en un momento, echó yemas que, al hincharse, estallaron, y brotaron ramas y hojas y después capullos y, por último, rosas, que llenaron la atmósfera de perfumes.

Hernán sentía circular otra sangre por sus arterias, sangre juvenil, limpia, caliente y roja, con

la pureza de la pubertad, que llevaba en sus latidos todo el vigor posible a sus músculos y sus miembros. Hasta el perfil anguloso de la centenaria iba adquiriendo relativa esbeltez, como si alguna invisible mano fuese corrigiendo aquellos trazos informes que los años borroneaban.

Cuando cesó el cántico y el ruido de los hervores, la vieja separó el caldero que humeaba. Los murciélagos se agarraron al techo; el gato se acurrucó otra vez junto a la ceniza y la lechuza voló a posarse sobre el cráneo amarillento que contemplaba desde lo alto aquella escena con la expresión de eterno asombro que le daban las órbitas ensanchadas y vacías como dos puntos fijos de la sombra.

La bruja se movía ya con agilidad y desembarazo, erguida y tiesa. Se había quitado un montón de años de encima.

—Todavía le quedan lo menos setenta—decía Hernán—, y el diablo que se acueste con semejante fantasma.

Sin chispa de pudor ni miramiento alguno, la vieja se despojó de todas sus ropas, haciendo que Hernán apartase la vista por no ver aquellos encantos; rápidamente frotó todo su cuerpo con líquido humeante, que aún parecía hervir silenciosamente en el caldero, en tanto que murmuraba palabras de ignorado sentido para el galán.

Pasados algunos momentos, Hernán oyó una voz fresca, de timbre purísimo y de amorosa entonación, que le llamaba entre suspiros y risas.

¡Santo Dios! Allí no estaba ya la bruja. Quien estaba era una linda muchacha de quince años, hermosa, fresca, incitante en aquella desnudez encantadora, que sólo velaba a trechos la abundante cabellera, rubia como el oro y las espigas

y limpia como los haces de luz de las estrellas.

Hernán se resistía a creer en aquella transformación súbita y completa.

—Sin duda sueño... El pillo de don Gaspar echó en el vino algún potingue para poderme robar cuanto tenía.

—Mi amado Hernán, ¿y ahora me rechazas? Soy joven, soy hermosa ¡y también rica!

—Dígame, bruja, mujer o hada o lo que seas, que no sólo te confirmo mi promesa, sino que quiero cumplirla en este mismo lugar y en este mismo instante. Si hace falta algún requisito para la ceremonia, dílo pronto, y si necesario fuera, como en todos estos líos casamenteros, leer alguna cosica de San Pablo, téngola por leída, y así juro y perjuro y torno a jurar delante de Dios uno y trino y de toda la corte celestial que por esposa te recibo y por esposa te tendré para siempre jamás amén, siempre y cuando conserves la misma figura con que ahora ante mis ojos te presentas.

—Y yo acepto tus juramentos, y por mi Dios, el grande e incomprensible, juro también tenerte por esposo por todo el tiempo de mi vida.

Y al decir esto, ¡cosa rara!, lloraba la hermosa doncella.

—El tiempo apremia, mi amado esposo; ven, que el viaje es largo. Desnúdate de tus vestidos y unge tu cuerpo con el unto misterioso de la vida.

Hernán tiró su traje deslumbrante en un rincón de aquella sórdida covacha y sufrió la unción temblando de impaciencia.

Las manos suavísimas de la joven bruja le habían ido quitando los años, porque al terminar, Hernán Pérez era un muchacho de diez y ocho años, ágil, suelto, hermoso como nunca.

Ambos se contemplaron un momento en éxtasis ardiente y, empujados por aquellas secretas fuerzas germinales, enlazáronse en estrecho abrazo.

La bruja escapó de aquellos lazos tentadores, y corriendo hacia el rosal, tomó las rosas, tejió una corona y la colocó en la cabeza de su esposo. Después cogió un báculo nudoso y fuerte que estaba en un rincón y lo puso en su mano diestra.

—Listos, en marcha. Ya está próxima la hora de los grandes misterios.

Hernán se puso pálido y se llevó la mano a la frente.

—¿Qué tienes, Hernán mío?

—Que estas rosas me están dando besos en las sienes.

—Es que todo vive por tu amor.

—Vamos. ¡Ah!, ¿qué es esto?

—¿Por qué te detienes?

—Porque este báculo vibra y ondula...; ¡porque este palo es una serpiente!

—Es que todo se anima con nuestro fuego nupcial.

Y abriendo la puerta que dejaba paso al corralillo, salieron ambos desnudos, él coronado de rosas y ella coronada de mandrágoras, cogidos de la mano, como las figuras de un idilio griego, sin sentir en sus carnes palpitantes la impresión de las heladas ráfagas de viento que cruzaban gimiendo los espacios.

Allá, a lo lejos, se destacaba, vigorosa y detallada, la enorme silueta de la ciudad, sobre el imponente fondo rojo que parecía incendiar con sus resplandores el horizonte.

—¡Es la aurora del nuevo siglo! Vamos.

Y entrando la mujer por la grieta negra abierta entre dos riscos, tiró hacia sí del hombre, y ambos se perdieron en aquella oscuridad de lo profundo.

IV

La galería presentaba un declive bastante rápido, así es que deslizándose más bien que andando, pronto llegaron los esposos a otra más ancha vía, taladrada en ambos lados por conductos parecidos a aquel por donde la amorosa pareja penetrara. La oscuridad se disipaba ante ellos gracias a una turba de murciélagos que volaban, llevando una luz entre las alas.

Pronto pudieron apercibirse de la gran muchedumbre invisible que les acompañaba en su viaje subterráneo. Comenzaron a oír como unos truenos y sintieron como unas ráfagas impetuosas que azotaban la galería.

—Son los espíritus del aire, los duendecillos que forman la tormenta. Allá van moviéndolo todo, inquietos, juguetones, acostumbrados a moverse en las distancias inmensas del espacio.

De pronto, aquel antro se iluminó con resplandores vivísimos, y vieron cruzar como una lluvia de estrellas erráticas que pasaban y se perdían como relámpagos.

—Son los espíritus del fuego, que acuden montados en los rayos.

Después llegaron a una explanada inmensa que sostenían columnas ciclópeas, formadas de minerales. De la bóveda altísima caían gotas de agua fosforescente; cada gota era una luz; parecía un chaparrón de luciérnagas.

De aquella gruta comenzaron a salir rarísimas figuras que Hernán jamás pudo haberse imaginado.

—Son los espíritus de los bosques y de las aguas. Aquellas castas visiones, envueltas en vapores sutilísimos como una gasa virginal, que llevan coronas de encina y de laurel, son las Driadas, a quienes los celtas levantaron altares en las espesuras de los bosques. Esas que se levantan ondulando como los cendales de la niebla de otoño son las hadas de los lagos y las puras ondinas de las fuentes. Estas vírgenes temblorosas que tienen labios tan rojos son las ninfas nereidas, que labran sus templos con corales. Aquellas otras tan pálidas que despiden luces blancas son las que se bañan en conchas de nácares y las que lloran perlas de inimitable primor.

”Estas que ahora llegan son las ardientes sirenas; ¡guárdate!, que con sus ojos verdes y sus turgentes formas y sus traidores cánticos engendran un amor eterno que jamás aplacan. ¡Estas son las lúgubres amantes de los náufragos y los suicidas! Sartas de perlas negras adornan su tocado; algas marinas rodean sus pechos y la escama multicolor de los más bellos peces salpica como polvo de oro sus flexibles cuerpos.

Otra bandada de espíritus diabólicos se anunció entre chillidos y cánticos.

—Estas son las brujas, mis hermanas.

Y pasaron volando, montadas en escobones, con la cabellera al viento, desnudas, escuálidas, horribles, en número infinito.

—Jamás creí, oh, esposa, que fueren tantas las maestras del hechizo. Se conoce que la Santa Inquisición anda hogaño muy floja.

La joven bruja no había perdido con los años su personalidad mágica, por cuanto sus hermanas la reconocieron.

—Adiós, hermana; ¿te has casado?

—Qué buen mozo te llevas.

—Pero caro te cuesta.

—Yo no diera mi vida por un barbilindo.

—Ni yo.

—Ni yo.

—Con mi escuerzo tengo bastante.

—Yo con mi gato negro.

—Hay gustos que merecen palos.

—¡Aprisa, aprisa, que ya el *Lotus* va a florecer!

—¡Va a florecer..., va a florecer!—repetía el eco cuando pasó la turba.

Detrás venía, como zaguero, dando saltos con una majestad que daba risa, un gran macho cabrío de luenga barba, retorcida cuerna y pelo cenizoso.

Se paró ante la pareja y, meneando la cabeza como un teólogo, encarándose con la bruja, dijo:

—¿A qué traes eso aquí? ¿No sabes que a ti y a mí y a todo el reino invisible nos juega, si hay quien le proponga una partida?

Hernán sintió el orgullo legítimo de su fama, que hasta el mismo centro de la tierra había llegado; pero le ofendió la despreciativa frase de aquel macho.

—Por mi vida, quisiera dar de palos al cabrón.

—Ni lo intentes. ¿Sabes quién es?

—Ni me importa.

—Pues es tu tío el familiar.

—Cuernos de Satanás, ¡mi tío!

—El mismo. Ha tiempo que es gran brujo.

—Y bien educado; pero mira no venga aquí como espía del Santo Oficio; si me lo figuro, alzo el báculo, y aquí finiquitan su espionaje y su rumiante teología.

Atravesaban en aquel momento una enorme masa de cuarzo aurífero. La bruja se lo hizo notar a su esposo, y no hay para qué decir que éste se negaba a dar un solo paso por no separarse de aquel tesoro jamás soñado.

—Si pudiéramos mandar un aviso a don Gaspar..., él y yo te esperaríamos aquí jugando. Te aseguro, esposa mía, que me importa poco que el *Lotus* florezca o se quede sin florecer esta temporada. En cambio ésta sí que sería una partida...: ¡jugarnos el filón pedazo a pedazo!, y, al fin, sería suyo, porque vaya una suerte de hombre.

No sin costarle suspiros hondísimos se alejó Hernán Pérez de la mina.

—Llegamos al reino de los gnomos. Mira cómo salen de las piedras; éstos son los orífices: son rubios y brillantes y cuando cantan da gusto. Tienen la voz vibrante, suavísima y armoniosa.

—¡Si pudiéramos llevarnos a casa un par de ellos con la forja para que lo fabricasen a nuestro sabor!

—Ahora estamos en el corazón de una mina de plata.

—Ca, si esto, a lo que entiendo, es plomo. ¿También aquí se falsifican las especies?

—Es plomo argentífero.

—Y éstos son otros gnomos.

—Son los que labran la plata; mira qué blancos son y qué graciosos, con sus martillitos que apenas se ven.

—También aquí habría para una partida perdurable. Mas estos pedruscos me hieren los pies.

—¡Pedruscos!; mira los gnomos que ahora corren delante de nosotros como asustados. Aquellos verdes son los que cuajan y tallan la esmeralda. Estos rojos, el rubí. Esotros, el zafiro y el topacio. Los de manto dorado, la amatista, y aquellos que resplandecen y tienen coronas de luz en la cabeza son los que trabajan la piedra real: el diamante. Estos pedruscos son su obra.

—¡Voto a mil tercios de demonios! ¿Por qué no lo habías dicho?

Y bajándose, cogió dos grandes puñados de piedras preciosas.

—¡Maldición!

—¿Qué te pasa?

—¡Que no tengo bolsillos! ¿A quién se le ocurre venirse en cueros a estos sitios?

—Llegamos a la primera llanura. Mira qué grande es. De aquí no pasaremos sin el auxilio de los genios.

—Con efecto, es grande, cuanto que no le veo el fin. Esta gruta, llanura, cueva o lo que sea, es triste como un duelo; aquí no hay luces, ni oro, ni pedrería, ni siquiera sirenas verdes, como en aquella otra húmeda que dejamos a la espalda.

—El silencio de los misterios la envuelve; estamos próximos al fin de nuestro viaje. ¡Esposo mío..., tiemblo, no sé si de gozo o de temor!

En esto vieron avanzar un espantable monstruo que rugía y llevaba una luz roja en la frente. No fué visto cuando fué llegado, deslizándose por unas barras de acero fijas en el pavimento de la cueva.

Era un informe carro resonante, todo él de hierro, en el que los esposos entraron, y sin que ninguna fuerza externa lo moviese ni empujase se puso en marcha con una rapidez que daba miedo.

Los viajeros, cruzando grutas, galerías, llanuras, perdieron la noción del tiempo e iban como adormecidos por la velocidad.

Cuando el férreo carro paró, descendieron en silencio.

¡Estaban en la *gran llanura* de los ritos misteriosos!

Más que grande, era inmenso y sombrío aquel espacio. Reinaba un silencio de sepulcro, no turbado ni por el ala de gasa de un insecto. Aquello o no tenía límites o no se le veían.

—Diablo, esto sí que es *horriblemente hermoso*—dijo Fernán por vía de salutación.

Aquel grito fué el único que turbó la sagrada majestad de aquel silencio.

Y, ¡cosa extraña!, la voz humana, al extenderse bajo la invisible bóveda de la caverna, adquirió timbres rarísimos, modulaciones nuevas, tonos profundos y extravagantes, que el eco hizo rodar de hueco en hueco hasta perderse sin extinguirse en aquellas distancias que escondían las sombras.

Toda la muchedumbre de espíritus, de genios, de trasgos, de duendes, de hadas, de brujas y de gnomos, se estremeció indignada ante aquella bárbara profanación de sus misterios.

Pero ni una voz, ni un gesto, ni el más leve rumor se opuso al eco triunfante de la voz humana, que seguía rodando por aquella húmeda atmósfera con repercusiones de trueno.

Allá en el centro de la *gran llanura*, sobre un

ancho pedestal de granito, se elevaba la estatua colosal de un ídolo negro.

Jamás pudo concebir la mente del hombre más acabada obra ni más perfecta representación de la dignidad, de la majestad y del reposo.

Sentada con las piernas juntas y las manos sobre las rodillas, a la usanza egipcia, aquella estatua grande, más que los colosos de Thebas y más que las cariátides de Memphis, destacaba el torso reluciente, como un prodigio del cincel, y erguía el cráneo de basalto con la suprema expresión estática e indiferente de los dioses.

Ceñía sus sienes de coloso un ancho aro de oro purísimo, y prendido en él, balanceándose sobre la frente, temblaba el *Lotus* de bronce, la flor misteriosa, símbolo del sagrado Rito.

—¡Es Aumón, el grande, el incomprensible! —dijo la bruja arrodillándose.

—¿Y aquellos otros que rodean el pedestal?

—Aquéllos son Hermes Trimegisto y sus discípulos. Los sabios en la ciencia oculta, los que lograron descifrar los grandes enigmas y conocer la palabra santa, el Verbo único que, pronunciado en el fondo del caos, hizo surgir los soles y los mundos.

Allí estaban, efectivamente, las estatuas de los maestros, como defendiendo la forma gigantesca del incomprensible.

Hermes tenía el cuerpo de piedra, el brazo de hierro y la frente de oro, representando la trasmutación misteriosa de los metales y escondiendo tras un gesto eternamente inmóvil el gran secreto de la piedra filosofal.

Aquella inmovilidad absoluta, aquel silencio de la corte del saber, daban una idea aproximada de la grandeza de la religión oculta, petrificada como

los fósiles, y dura y escondida como los minerales.

El resplandor rojo que allá en un punto del horizonte se veía, y que antes vieron desde el corralillo, la bruja y Hernán Pérez, y que aquélla dijo ser la aurora del nuevo siglo, alumbraba con sus reflejos intensos aquella caverna inconmensurable.

De pronto se sintieron como oleadas de un aire tibio, a cuyo influjo aquel inmóvil mundo despertaba.

La estatua del *incomprensible* comenzó a moverse con extraña lentitud, y alzando un brazo con un reposo que no alteró en nada el gesto solemne de su semblante de piedra, señaló al punto aquel del horizonte por donde el resplandor venía.

Toda la corte se movió también con la misma ceremoniosa majestad, y el maestro Hermes alzó la cabeza como para escuchar, presentando su frente de oro a la luz que, hiriéndola vivamente, arrancó de ella chispas de incendio y movimientos de llama.

Sacudidas de un flúido desconocido y potente se sintieron en toda la extensión sombría. Dos geniecillos, el uno negro como el carbón, el otro blanco como la plata, llevando cada uno sobre el hombro el extremo de un alambre de oro, que se hundía en la tierra, se prosternaron a los pies del coloso negro, y aproximando las puntas de los dos alambres, saltó de ellos una gran chispa de luz blanca e intensa, como un sol, que después de oscilar breves momentos, se fijó, como sostenida por manos invisibles, en aquel punto, e iluminó con haces de rayos sutilísimos hasta los más lejanos ámbitos de la gran llanura.

Entonces comenzó el cántico sagrado de la naturaleza y de los genios.

Primero se oyeron confusos ruidos, como her-

vores de la materia en el caos; luego, estallidos secos, como detonaciones de la luz y el choque de los creadores flúidos: vibraciones estruendosas, quejidos de los vientos, bramidos de las aguas sin equilibrio y crepitación de volcanes; después, los truenos de la tormenta y los silbos del huracán, los rumores del terremoto y el arrastre monstruoso del aluvión, y todas las expansiones de las grandes fuerzas. Y todo este concierto de gigantes retumbaba informe, aunque sujeto a un ritmo misterioso e incomprensible, que alguna inteligencia suprema había dispuesto.

El estruendo cesó poco a poco hasta extinguirse, y del fondo de aquella silenciosa pausa fueron nuevamente levantándose rumores como los del choque de las gotas de lluvia en las sonoras hojas de los árboles, el zumbido de los enjambres de insectos agitando el aire con sus alas tenues y sus cuerpecitos de colores, el chasquido de las diminutas conchas de los moluscos, el murmullo del bosque, el cantar de los pájaros, el son de las fuentes y los arroyos y, por último, la nota culminante, el esfuerzo del himno, el parto prodigioso de la creación inteligente y el gran milagro de la universal conciencia: ¡el grito del hombre!

Toda la multitud, hasta entonces muda, prorrumpió en un alarido de triunfo, primera nota del cantar de los genios acompañando al cántico gigante de la naturaleza.

Entre ese acordado clamoreo de sonos tan distintos, no perdía su personalidad propia la voz humana, conjunto de todas aquellas voces que parecían pronunciar el verbo de la humanidad entera.

Y así se escuchaban blasfemias entre rezos, gemidos entre gritos de alegría, modulaciones sua-

ves como la esperanza, chirridos punzantes como la desesperación, notas tristes como el desaliento, enérgicas como la lucha, ardientes como la pasión, feroces como el fanatismo, puras como el beso, vagas como el delirio. Había allí inflexiones que recordaban el idilio y aullidos que representaban la bacanal. Todos los sentimientos, todas las ideas, todas las dudas y los pesares y los esfuerzos humanos se destacaban del conjunto vigorosamente, como si fuesen la obra del cincel, que esculpe detallando en las filigranas de piedra el pensamiento atrevido del artista.

Como obedeciendo a los conjuros de aquel cántico, cruzaban por la gran llanura sombras misteriosas que se hundían después en la profundidad caótica de aquel infierno.

Toda la Historia viva y palpitante pasaba bajo el pedestal granítico del *incomprensible*.

Las escuelas del saber con todas sus conquistas, los genios de la paz y los genios de la guerra, los mártires y los santos, y los héroes y los verdugos. Todos cuantos representaron algo en la vida y salieron un poco del nivel del anónimo hormiguero humano. Después pasaron los inventos de todas las edades, desde el hacha de sílice del hombre de las cavernas, hasta los monstruos de hierro movidos por el flúido ignorado, que habían de ser el alma de futuras generaciones. El pasado, el presente y el porvenir manifestándose en un solo momento de la vida. ¡Cuántas cosas pudieron aprender aquella noche los que acudieron al templo oculto de los grandes misterios!

Cuando terminó aquel desfile de los tiempos, el *Lotus* de bronce que se balanceaba sobre la frente del *incomprensible*, había por completo florecido.

Ya no era un trozo de metal, sino una flor de blanca deslumbrante y de suavísimo aroma.

Aquella voluptuosa sensación que Hernán Pérez había notado al aspirar las emanaciones del brebaje que la bruja preparaba, recorría las filas de aquel ejército de genios.

Las rosas de la corona de Hernán volvieron a cubrir de besos sus sienes, y las mismas ondulaciones y culebros del báculo le advirtieron del prodigio.

La mandrágora dió su olor fortísimo y excitante, y aires templados por el calor de los gérmenes recorrieron la extensión de la gran llanura.

Eran los efluvios radiantes de la primera materia, que vinieron a incendiar con sus ímpetus creadores a la confusa multitud de los misterios.

Hernán sintió los vértigos caliginosos de esta eflorescencia de la vida y arrastró tras sí a la enamorada bruja, buscando un altar para sus amores.

Dejaron a su espalda al *incomprensible* con toda su hierática corte, que no sentía los efluvios de aquel *Lotus* fecundante, que enviaba desde su cáliz blanco oleadas de gérmenes y torrentes de apasionados sentimientos.

Los dos esposos recorrieron salones espaciosos como plazas y adornados como templos. Subieron por galerías cuajadas de riquezas amontonadas con la salvaje prodigalidad de la naturaleza y la proporción caprichosísima del arte, y descendieron por escaleras de pórfidos y jaspes, con bóvedas de estalactitas y arabescos primorosos de cristalizaciones.

Al entrar en una gruta deliciosa y apacible, que parecía construída por las hadas en el corazón del Pentélico, y que brindábase con su misterio y sus bellezas a los amantes, vieron salir despavorida a

una ninfa virgen, coronada de mirto y azucenas, a la que perseguía un macho cabrío grande e hirsuto, de ojo llameante y empingorotada cornamenta.

Verlo Hernán y asirlo por los durísimos tentáculos, todo fué uno.

La ninfa profanada por aquel sátiro rijoso, escapó riéndose de gozo.

—Eh, quieto, seor familiar... No es de teólogos formales esto de perseguir ninfas, ni lubricarse de este modo. Ya veis que ella rechazaba vuestro amor cabrío. Aunque sois mi tío y hartó tengo que hablaros, quédese para otra ocasión nuestro coloquio. Os digo que con esta pelambre me repugnáis sobremanera. La ninfa huyó; ya no la alcanzará vuestro celo; idos, y buscad alguna bruja algo vieja y deseosa. Adiós, familiar, ¡echáis un *chero!*

Y, soltando el retorcido cuerno del macho, que se alejó dando berridos con teológicas fogosidades, trabó de la mano a su joven esposa y juntos penetraron en aquella gruta, que parecía el refugio de Citerea.

Una claridad dulcísima se filtraba por las paredes de alabastro; columnas de verde serpentina sostenían la mágica bóveda esmaltada con todos los caprichos espléndidos de la naturaleza enamorada, y allí, en el fondo de aquel camarín de delicias, las puras aguas de un estanque perfumado con los nenúfares y las algas llenaban el ambiente de perfumes húmedos y embriagadores.

¡Noche inolvidable! Los genios del amor entonaron sus más dulces cánticos en aquel delicioso recinto de la gruta. Los besos de las rosas que se deshojaban sobre las frentes de los esposos, y el olor de las mandrágoras, acompañaban el coloquio

íntimo de dos almas que viajaban en la infinita vaguedad de los delirios.

El cansancio rindió los nervios donde con tanta intensidad vibraron los flúidos de la creación universal.

El sueño convirtió en cenizas los resplandores de la hoguera, y sobre aquellos juveniles cuerpos un genio compasivo vertió un puñado de pétalos de adormidera.

Cuando Hernán despertó, abrió los brazos y los ojos con una torpeza que atribuyó al cansancio.

Fué a besar a su dulce compañera, que dormía apoyando en su pecho la cabeza, y un grito de horror, de espanto y de rabia, alteró el silencio imponente de la gruta.

Aquel repugnante montón de huesos que él abrazaba era la bruja; la bruja, sí, pero mil veces más vieja, más horrible que era cuando Hernán entró en su casa bien ajeno de que había de asistir a los misterios.

Acurrucada, hecha un arco, fría y espantable, seguía la bruja durmiendo junto al pecho de su esposo.

Hernán la movió, colérico y decidido; dió voces, que retumbaban con ecos lúgubres... Todo en vano. Aquella bruja estaba muerta.

Entonces cruzó por su pensamiento una idea, que le hirió como una puñalada.

Comprendió en un instante el sacrificio que había hecho por su amor, a cambio del cual había entregado su vida, rejuveneciéndose, y tuvo lástima de aquel pingajo, que era una mártir del sentimiento.

—El brebaje consumió sus fuerzas en el retroceso formidable de la materia... ¿Pero y yo?—exclamó, aterrado.

Se puso en pie; procuró erguirse, y no podía. Las piernas y los brazos le temblaban. Vió su piel arrugada y seca, y su color terroso; arrancóse un puñado de cabellos, ¡y eran blancos!

El, como la bruja, había vivido todo en una noche.

Apoyándose en el báculo, que ya no vibraba, salió maldiciendo de aquella gruta de placeres, donde dejaba su juventud y su vida.

No pudo caminar, porque las piernas se negaban al movimiento, y, apoyándose contra el muro rezumoso, lanzó una blasfemia y cayó rodando sin conocimiento.

VI

Aquella mañana encontraron a Hernán Pérez desvanecido y desnudo, sobre la nieve que cubría las calles, junto al umbral de la puerta de una bruja que se había perdido.

Una de las cosas que más llamaron la atención y excitaron la charla de todas las comadres, fué la de haberse vuelto blancos los cabellos del calavera.

En cuanto a su desnudez, la explicaron fácilmente: Hernán, dado a la bebida, y aquellos sitios frecuentados por ladrones, no había que romperse los cascos para dar con el motivo.

Don Gaspar acudió solícito a la cabecera del lecho de su amigo, y hasta llevó los dados, por si estaba en situación de distraerse; pero no hubo proporción para la partida, y por la pintura exacta que hizo de su estado, su esposa le cobró horror, y rogó a su cónyuge que jamás volviese a llevar a su casa a hombre tan canoso y tan envejecido.

Pero es que Hernán estaba loco. Decía unas cosas tan extrañas, que el vulgo iba creyendo como artículos de fe.

Decía que había pasado toda una noche en un

aquelarre impío, en sitios que por las señas debía de ser el infierno, donde había muchos brujos y duendes; pero lo único que hacía inverosímil su relato era la afirmación de que existían unos alambres que daban luz y sonidos, y unos carros de hierro que andaban solos sobre barrotes de acero, y, sobre todo, la ridícula invención de que el familiar, su tío, era un brujo que se *vestía* de macho para ir al aquelarre, donde perseguía ninfas, todo alborotado y rijoso, con otros excesos, no aconsejados ni por los sagrados cánones ni por la sublime Teología.

Porque pensar en que el hombre más rígido, religioso y casto de la cristiandad había de asistir a brujerías, a no ser para echar mano de todo cuanto pudiese para tostarlo a fuego lento, conforme mandaban Dios y el Santo Oficio, era pensar en lo imposible, sin tino y sin juicio.

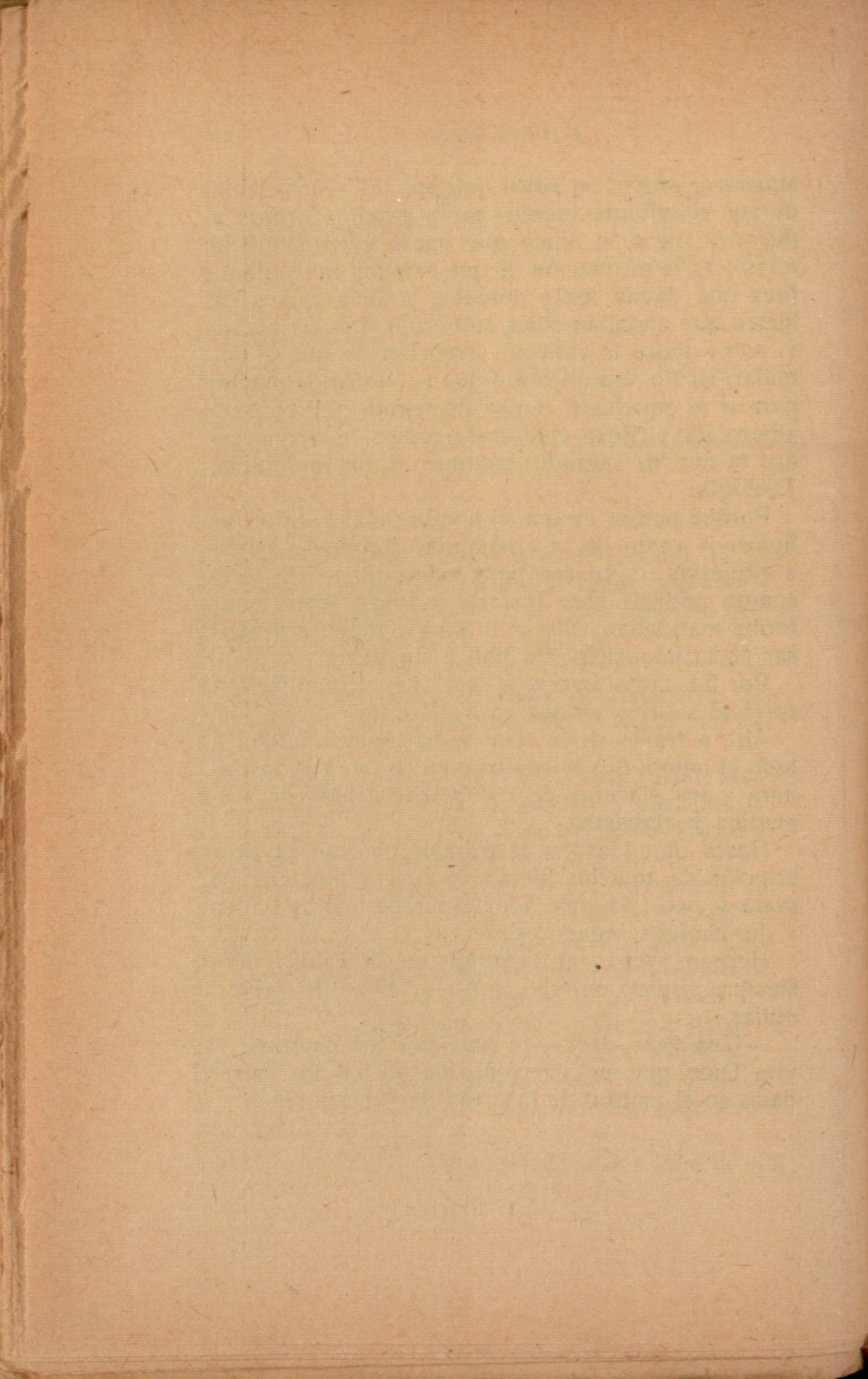
Por fin, tanto arreció el mal, que el familiar encerró al sobrino en una casa de orates.

Allí, a través de la reja de su jaula, contaba a todo el mundo los misterios ocultos de la gran llanura y los placeres de las frescas grutas de serpentina y alabastro.

Hasta don Gaspar escuchaba gustoso la descripción de aquellos filones de cuarzo aurífero, de plata y pedrería, que sólo esperaban unos dados y dos amigos jugadores.

Hernán Pérez se consumió en la celda; pero siempre guardó un odio profundo al sátiro del familiar.

—Una vez—decía—le tuve por los cuernos, y, vive Dios, que me arrepiento de no haberle estrellado en el umbral de la gruta de los amores.



LA DANZA DE LAS
LLAMAS

LA DANNA DE FAR
LEMAS

La noche es negra y fría; el viento zumba echando nubes en el espacio; el hálito de la montaña llega hasta nosotros como un azotazo de nieve; los árboles se retuercen como condenados, sacudiendo sus cabezas...

Entra, entra; cierra de golpe la puerta de la cabaña... Así. ¡Qué frío! No temas, pequeño, yo haré lumbre.

Al suelo ese haz. Bien; ahora troncos, no haya temor de que el encinar se agote; después, ese manojo de retama seca, jaras también, eso es.

¿Ves este candil? ¿Ves esta almendra de luz rojiza que tiembla como amarrada al pábilo humeante? Pues ya sabrás lo que esta llamita puede hacer.

No tiembles, niño; son los lobos que aúllan; déjalos... No atacan sino cuando se juntan muchos. ¡Como los hombres!

Los mastines guardarán el ganado que se aprieta en el aprisco.

El viento, la lluvia, los árboles mugidores, los aullidos del lobo, el roznar de los perros, el cándido balido de los recentales asustados... ¡Qué

hermosa música para acompañar la danza misteriosa de las llamas!

* * *

¿Tú has visto alguna vez los secretos del fuego?
¿Que sí? ¡Bah!, pequeño, tus ojos no calan todavía la superficie de las cosas; ¡es temprano!

Yo he contado ochenta años, ¡ochenta! Mira tú si sabré lo que son las llamas.

¿Ves? La lucecilla del candil se tiende buscando la hojarasca... ¿Quién la llama? Ya lame la leña. Parece la lengüecilla húmeda y brillante de una oveja limpiando el cuerpo de su cría... ¿Oyes? Ya cruje... Mira cuánta chispa... El fuego avanza en todas direcciones, como en un árbol de pólvora. Esos estallidos denuncian el fuego que se reconcentra. Desde aquí se ve, a través de la retama, que parece un encaje puesto al sol... Ruido sordo... Algo como el ronquido del huracán... Ya salta... ¡Así! Cortinas de fuego que lo cubren todo, llamas inmensas que bailan encogiéndose y alargándose, hasta tocar el vértice de la campana del hogar ennegrecido. ¡Cuánta luz! No cierres los ojos, niño; hay que endurecer la pupila para no llorar mucho: las ramas se retuercen como víboras, los troncos lagrimean. ¿Oyes esos pitidos finos y prolongados? Son los gemidos de la leña, que se lamenta como el cuerpo abrasado por la calentura. La corteza salta en pedazos encendidos; la escupen los troncos al cielo, como si el cielo tuviera la culpa de su martirio.

Escucha ese rumor... Estallidos, hervores, palpitaciones profundas, silbos entrecortados... ¿Son lamentos? ¿Son maldiciones? ¡Quién lo sabe! Las llamas suben, bajan, se trenzan, se desenlazan, se

arrollan, se tienden, se arquean como lascivas culebras, ondulan, se agitan, se persiguen con felino afán sin perder el ritmo extraño y misterioso de su danza. Brillan como relámpagos atados a los leños; son blancas, rojas, azuladas, oscuras... Flotan como la niebla, y destruyen como el rayo.

* * *

Ya la broza, convertida en ascuas, cayó como una catarata de rubíes en la oquedad de la hoguera. Los leños amontonados presentan sus lomos negros, jaspeados por la ceniza y el fuego. Las llamas son pequeñas: muerden los troncos, sin dejar su danza; los rodean, como abrazándolos amorosas; surgen en los extremos como penachos de pluma, o corren por los costados en lucecillas diminutas, que tiemblan y se mueven como las llaves de metal de un clarinete.

Mira, pequeño, mira ese hueco rojo con resplandores de fragua. ¿Qué ves? ¿Nada? Eso es mundo. ¿Te ríes? Repara allá en el fondo aquel muro de fuego con almenaje de luz; es una ciudad perfecta: desde aquí se ven las cúpulas de los palacios, las crestas de las torres, las balaustradas de los puentes, la fronda espesa de los jardines: todo rojo, como un paisaje de Marte.

Mira aquel trozo esfingido que se levanta orgulloso en el espacio: es la estatua de algún dios. Junto a su pedestal, acurrucado en actitud contemplativa, se ve un hombrecillo encarnado; su vestido resplandece, y de su cabeza saltan chispas microscópicas que, empujadas por el humo, suben por el tubo negro del hogar y se apagan en el ambiente. Esas chispas son las ideas del hombrecillo rojo. El pedestal de la estatua se remueve..., la es-

finge vacila y se derrumba, la ciudad se hunde, el hombrecillo se retuerce y apaga, y como ligera pavesa el humo se lleva sus restos, como antes se llevara sus ideas en chispas luminosas. Todo ha cambiado en un minuto: un minuto es un siglo en ese mundo de fuego. ¿Qué ves en donde estaban el muro, la ciudad, la estatua y el hombre? Un desierto blanco y triste; una sábana que parece de nieve y es de ceniza. Ceniza, ¡el porvenir de todo, la fórmula tangible de la muerte, el símbolo misterioso de la eternidad!

Nuevas ascuas que caen de los encendidos leños fingen los contornos de otras cosas, y otra vez la ceniza borra esos contornos y apaga el resplandor con el sudario blanco que tiende sobre las ascuas. Los troncos pierden su forma y se caen a pedazos: de aquel montón enorme de leña apenas queda nada, y aún siguen las llamas bailando sin perder ritmo, alegres y brillantes como la carcajada y el relámpago.

* * *

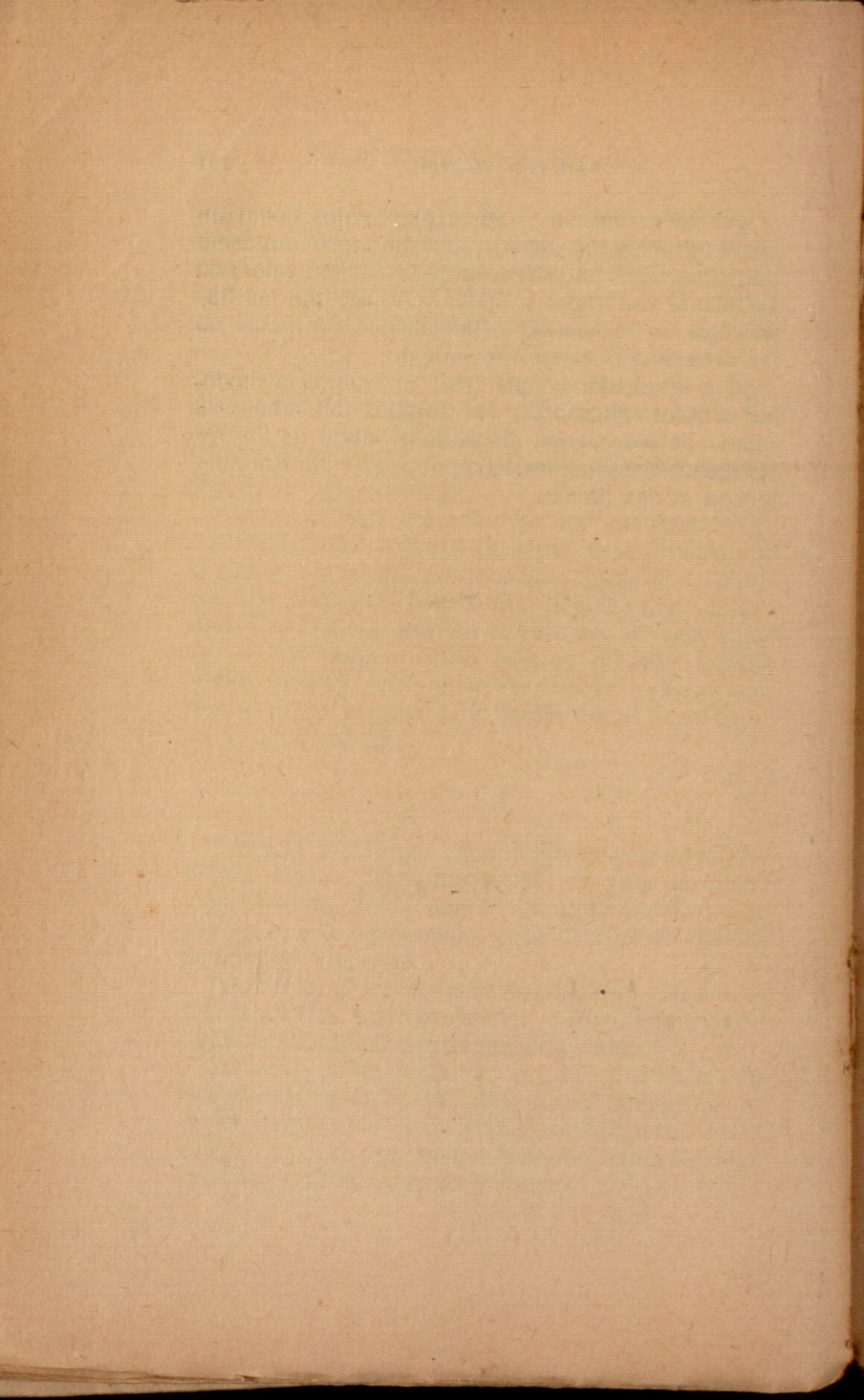
Todo ha concluido. Un puñado de ceniza caliente aún, alguna brasa mortecina, un poco de humo y un trozo de carbón negro y fungoso y deforme es cuanto queda de aquella orgía de luz, de llamas, de chispas y colores.

¡Qué frío! ¿Dónde están las llamas? ¿Dónde se fueron con su lascivo ondular, su brillante relampagueo, su rápida y acompasada danza?

Escucha, niño... ¡Se ha dormido! Felices los que duermen. Ochenta años pesan tanto, que no dejan dormir. Ya estoy como esa hoguera: antes, fuego, luz, chispas, llamas y humo azulado; ahora, frío, carbón, pavesas y ceniza.

Qué bien duerme... Sus labios, rojos como un ascua, sonríen sin cesar. ¿Qué hermoso fantasma estará viendo? Su piel despide suavísimo calor; su pulso late con vigor y fuerza. ¡Aquí están las llamas que se fueron! Las llamas, que continúan en las arterias el rítmico movimiento.

¡Qué oscuridad y qué frío! El viento, la lluvia, los árboles mugidores, los aullidos del lobo y el roznar de los perros, el cándido balido de los rezentales asustados, no acompañan ya la danza misteriosa de las llamas.



ESTEBANILLO

ESTEBANILLO

En el pueblo se murmuraba bastante sobre la súbita moralización de Estebanillo.

La verdad es que desde que conoció a la sobrina del párroco, aquel adán se había enmendado.

¡Lástima que fuera tan feo!

Según el cura, aquella fealdad no era ningún inconveniente. Tenía cierto aspecto bíblico que le caía en gracia.

Aquella barba intonsura, recordaba a los profetas; aquel aire de reposo y de indecisión perpetua, tenía vagas reminiscencias israelitas, y hasta el aspecto de sumisión y de humildad innecesarias le sabía al buen cura a esclavitud hebraica, y el olor a monte y a pasto seco que conservaban sus vestidos, harto acostumbrados a descansar bajo los olivos y sobre el rastrojo, a cielo abierto, le traía inexplicables remembranzas del "Cantar de los Cantares".

Estebanillo era muy alto, muy fornido y muy hombre.

Tenía unos ojos grandes y semíticos, según el cura, y una fuerza y un empuje sólo comparables

al del tranquilo buey, animal que el cura no cuidó de explicar si pertenece a la raza semítica u a otra raza diferente de aquélla, por la que se mostraba furibundo apasionado.

Ello es que Estebanillo sólo se emborrachaba una vez por semana, o dos, si eran dos las fiestas de guardar, y no como antes, que continuamente se encontraba en ese estado de congestión alcohólica que le había valido el poco envidiable renombre de que gozaba en la comarca entera.

Y no sólo llegaba su transformación a este importantísimo punto, sino que por un milagro de la pulcritud, sus calzones, antes tan escandalosamente desgarrados, y su camisa, antes tan perennemente sucia, habían adquirido inopinada limpieza y ostentaban los primores del toscó zurcido, que los hacía entrar casi a la fuerza en el campo, vedado antiguamente, de la decencia y del aseo.

También se sabía que solía bajar al río, provisto de jabón, y, quedándose en pelota en la margen oculta de algún remanso, lavaba, entre los mimbrés y las adelfas, su ropita, y la repasaba, al sol, con su hilo y su aguja, ni más ni menos que una mujer o que un marica, aguantando con una santa resignación, que tal vez le sabría también a bíblica al buen párroco del pueblecillo.

Y en verdad que si la causa de la rehabilitación era Gertrudis, la sobrina del cura, estaba justificada por demás, y así lo comprendieron los murmuradores vecinos.

Nunca se había visto en Villapanes moza de tal garbo y de tal donaire y de tales méritos.

Alta, robusta, rubia y colorada como las manzanas en sazón; flexible y lánguida como la madre-selva; amorosa y restallona como la aceituna negra; esbelta como los juncos, con unos ojos par-

dos, grandes y adormiladitos, y unas manos blancas y gordas, y un cuello suave como el de los pichones, y un seno turgente, y unas caderas amplias, y un andar, y un perfume y una voz tan dulce como el arrullo de las tórtolas, Gertrudis era un tesoro envuelto entre el humo del sagrado incienso y entre el cariño inmenso de su tío y la pasión amorosa de sus muchos admiradores.

Estebanillo no se atrevía, ¡qué demontre!; es cosa dura decirle a una muchacha como el oro de limpia y como el sol de rubia: ¡vente; este borrachón te adora! Hay que darle al tiempo, tiempo: todo se andará, y lo primerito era adecentarse.

Y entretanto que se adecentaba aquel que más parecía Hércules que Sansón, aunque otra cosa dijera el cura, y hasta mejor le cuadraría la corona de pámpanos del caprípedo Baco, solía dejar en la rectoría cestillas llenas de frutos sabrosísimos, panales vírgenes chorreando miel aromática, ramos de amapolas y de lirios silvestres, jugosos espárragos, perfumados hongos, encarnadas guindas, estomacales berros, guirnaldas de campestres flores y ramos de naranjas frescas y apetecibles, y todas las ofrendas olorosas de la tierra ahuecada por el sol espléndido y el aire tibio de la primavera.

También dejaba los nidos calientes con los pollitos temblando bajo el suave plumoncillo, que recogía en las ramas de los olivos y de las encinas, y se extasiaba viéndolos rebullirse y oyéndolos piar, cuando Gertrudis, descuajaringada de risa, los iba metiendo en su seno, y se encogía, medrosica y pudorosa, cuando le arañaban y le picaban más de lo justo por allá dentro.

Sansón se estremecía de gusto: ¡Quién fuera pajarito implume para rebullirse y picar en aquel caliente, blanco y perfumado nido!

Pero no pasaban de ahí las manifestaciones de su pasión. El borracho tenía miedo de asustar con un grito de su pasión inmensa a aquella mariposita blanca y aérea que se cernía sobre su pensamiento y que refrescaba con sus aleteos la ardorosa ansiedad de su resquebrajado espíritu.

Pasó algún tiempo en esta "indecisión hebraica", y Estebanillo, moralizado ya, puesto que sólo se emborrachaba una vez todos los meses, cuando la luna llenaba su disco de luz, tal vez porque consideraba que si a un cuerpo celeste es lícito llenarse de sol, no lo es menos a un cuerpo terrestre llenarse de vino una sola vez cada treinta días, Estebanillo se vió suplantado en el alma de Gertrudis por un forastero antipático, con quien concertaron bodas y aparejaron enlace, en unas cuantás horas que aquél estuvo en Villapanes.

Pronto se supo que aquel personaje, especie de mochuelo mudo, de barba negra y cerrada y entrecejo de paño fúnebre, era el albacea testamentario de un tío de Gertrudis, clérigo también y hermano del santo varón apasionado de la Biblia, y que el difunto (¡que santa gloria haya!) había *recomendado* el enlace del albacea con la universal heredera.

El párroco bendijo unas cuantas veces (creo que fueron siete) a la Providencia, que inspiró a su hermano una idea que a él seguramente no se le ocurriría: recordó varios pasajes, entre ellos el de Rebeca, y es fama que desgarró su sotana y se empolvó el cabello con ceniza extraída del fogón y dispuesta para la colada, por seguir punto por punto las dolorosas manifestaciones del pueblo elegido.

Las cosas se llevaron a efecto rapidísimamente: Gertrudis, vestida de luto, bella como nunca, dió

su mano al forastero, y le juró fidelidad eterna. El santo varón dijo la misa con una solemnidad conmovedora, recordando el sacrificio de Abraham y otros sacrificios, y despidió de la iglesia con un abrazo patriarcal, estando todavía revestido de los santos ornamentos, a los nuevos cónyuges, que partían para la ciudad a esconder, en el bullicio indiferente, el goce inefable de sus primeras caricias.

Estebanillo presenció toda la ceremonia acurrucado al pie de una columna que sostenía la pila del agua bendita.

Desde allí la vió pasar, sonriente y encendida como una amapola de los campos, y la siguió con la vista hasta que traspuso el dintel de aquella puerta, que era para él la puerta de lo infinito.

Estebanillo había visto una estrella de agosto, de esas que se desprenden de un grupo, en las claras y serenas noches estivales, y que, corriendo sobre la atmósfera, trazan una curva de luz y se pierden en el azul impenetrable del firmamento.

Aquella mariposa blanca había tendido las alas y había huido de sus campos de flores.

Y, sin embargo, aún sonaban, como suenan en el espíritu los ecos de la esperanza, aquellas frases que el santo varón había pronunciado, en la recitación de la magistral epístola de San Pablo a los Corintios:

“La mujer casada está atada a la Ley mientras vive su marido; mas si su marido muriese, libre es; cácese con quien quisiere, con tal que sea en el Señor.”

Y mascullando estas frases, que le habían impulsado un mal pensamiento, que dominó en seguida, Estebanillo se fué a la taberna, pidió mucho

vino blanco, bebió y se emborrachó, hasta rodar como un odre bajo la mesa.

* * *

Pasó algún tiempo; Estebanillo volvió a las andadas y no sólo descuidó el aseo de su persona, sino que hasta perdió poco a poco aquel aspecto bíblico que tanto encantaba al santo varón que ejercía el sagrado ministerio en Villapanes.

Y en verdad que la transformación no podía ser más desesperante para el párroco; aquella cara de continuo encarnada bajo el interno fuego del alcohol; aquellos ojos turbios; aquella barba descompuesta y casi cuadrada y, sobre todo, aquel pimiento morrón en que se había convertido su antes bien delineada nariz semítica, le daban a Estebanillo un aspecto y empaque de salvaje sajón, bien raro en estos climas meridionales.

La misma gravedad de su perpetua borrachera denotaba el cambio de su carácter, que seguía en la transformación el admirable paralelismo que se observa en la degradación de las razas.

A la verdad no se sabía si Estebanillo era simplemente un borracho o un filósofo.

Sentía un profundo e invencible desprecio hacia la Ley escrita, signo y carácter de las almas libres: no comprendía en toda su extensión el principio de autoridad ni la noción de la jerarquía, y se morfabá de los símbolos y atributos de la justicia, crimen horrible que la sociedad no perdonaba y mucho menos la calificación de *chirimbolos* que aplicaba a los ya dichos símbolos, atributos y signos exteriores, que son de tanta utilidad y nos reportan tan grandes beneficios.

Hasta la noción religiosa se iba desvaneciendo

en aquel espíritu reseco y contumaz. El párroco no era para Estebanillo otra cosa que un gran vientre montado sobre dos estacas terminadas en babuchas de orillo y coronado por un gorro horrible de cinco puntas.

Todo lo de la religión le importaba un comino: sólo sentía cierta consideración y algo así como agradecimiento hacia un tal San Pablo, que afirmaba que las mujeres se pueden casar cuando se les mueren los maridos.

¡Oh, ya sería un buen hombre aquel San Pablo!

Por lo demás, no se inquietaba por nada de este mundo ni del otro.

El sabía muy cierto que los que se mueren no vuelven ya a salir de la tierra ¡nunca, nunca, nunca!

El perro y el hombre y el burro, todos son iguales en la tierra..., huesos, gusanos, peste y después polvo...; vaya una cochina mentira lo del alma y lo del cielo y los angélicos; de todas esas mentiras se hallaba lleno el vientre del párroco.

El era ya un hombre de experiencia; no le engañaba nadie y miraba la puerca sociedad desde la altura de aquel tonel donde se había colocado. Algunas veces, aquel Baco desarrapado, que enseñaba las morenas nalgas por entre los rajones de su calzón, parecía proteger con la mirada y con el gesto a la humanidad entera.

Sentía una ternura infinita hacia las vides: los campos cubiertos de hermosos viñedos, las cepas venerables y arrugadas, los sarmientos largos y flexibles, los pámpanos tiernos y agrios, los racimos transparentes como hechos con granos de cera: todo lo que representaba la paternidad del vino, producíale un sentimiento de adoración invencible; aquella era su religión.

De vez en cuando le venía un recuerdo de aquella Gertrudis tan guapa y tan hermosa, que hubiera sido su mujer a no interponerse aquel condenado forastero, y que aún lo podría ser, según San Pablo, si ocurriera lo que debiera ocurrir.

Pero este recuerdo no le hacía ni gemir ni estremecer; nada de eso: aquella placidez alcohólica era tan inmutable como la rubicundez de su rostro.

Las mujeres, después de todo, valen poco, y aquélla no valía más que las otras. El vino es mejor, más claro, más dulce y, sobre todo, más leal. Así pensaba el filósofo, tumbado bajo un olivo, contemplando con los ojos medio entornados la roja puesta de sol, que hacía brillar las ramitas, filtrándose por entre los ramos de lancetas verdes de sus hojas, como a través de un encaje aéreo o de espléndida blonda, tendida sobre su venerable cabeza de borracho.

Un día tuvo Estebanillo una satisfacción tan íntima y tan profunda, que casi le hizo creer en la cochina mentira del alma y de los angelicos.

Hacia ya algunos años que no sabía nada de Gertrudis ni del forastero cejijunto y endiablado.

El cura, aquel vientre con gorro de puntas, como el decía, iba descendiendo al sepulcro con sensible velocidad.

El asma y el reuma se lo llevaban al otro mundo, como si fueran dos alas negras de murciélago.

Para endulzar un tanto aquella existencia, combatida por la enfermedad temible, al mismo tiempo que como anzuelo inconsciente y seguro de la herencia, Gertrudis le envió a su hija, una preciosa niña de cuatro años, rubia y blanca y hermosa como su madre.

Cuando Estebanillo contempló aquella niña sintió algo que parecía aletear por allá dentro.

Al pronto asustó a la niña con su manoteo despreciativo: el borracho se encaramaba sobre el tonel para despreciar a su gusto a toda la sociedad.

Pero aquel día no fué tan sincero su desprecio. Aquella muñequita le atraía; pensaba en ella, se reía como un papanatas figurándose que sentía el calor de sus manecitas, tirándole de las barbas, y le entraban vehementes ganas de cogerla, ponérsela sobre el lomo y andar a cuatro pies para hacerla reír y escuchar sus palabras mal pronunciadas, como el ceceo de los pájaros.

Estebanillo volvió a coger nidos y a llevarlos a casa del cura: las frutas del campo no faltaban tampoco, y hasta volvió a lavarse el cuerpo y los vestidos, para no dar mal olor a la muñeca.

Un día cayó el filósofo de lo alto de su tonel, y conoció que aquel cariño que le entró tan de repente por la muñeca era una cosa muy natural. ¡Como que aquel gorgojo era su hija!; es decir, debió haberlo sido, porque indudablemente, a no presentarse el forasterucho, él se casa con Gertrudis, y casándose con Gertrudis hubiera tenido un hijo, y éste no podía ser sino aquella muñeca tan saladísima que paseaba en los brazos y que se entretenía en tirarle de los cabellos y en arañarle la nariz, que para ella sería algún pimientito o cosa así, colorada y comestible.

Estebanillo sentía unos vuelcos de paternidad en sus entrañas, que se le hacían agua, y cada día se afirmaba más en que aquel angelico debía ser suyo.

Indudablemente debía de haber ángeles como el santo varón reumático afirmaba. Estos ángeles vienen a este pícaro mundo, sólo que con el tiempo

se les van cayendo las alas y las plumas y queda un hombre cualquiera o una mujer taimada y hasta algún borrachón reincidente, que así se parecen al ángel primitivo, como Estebanillo al cura.

Estebanillo paseaba a la muñeca por los barrancos y los rastrojos, la ponía sobre haces de oloroso heno, la mataba pájaros a pedradas y la hacía correr en las eras por entre la paja, riéndose cuando se caía en aquella mullida alfombra, y más aún cuando en ella le llenaba de rasposas espinas la cara y el pescuezo y le echaba puñados de paja en el revuelto pelo que parecía la montera de un oso.

¡Qué verano tan delicioso!

* * *

Llegó el invierno, y ya no fué posible salir al campo con tanta frecuencia.

Al párroco le apretó el reuma y se le agarró el asma con una furia que daba compasión de verlo postrado en aquel sillón de vaqueta lleno de almohadas.

El frío de aquel invierno fué memorable. Llovía con una persistencia rara, y después de llover sobrevenía el viento glacial del Norte, y era cosa de no poder vivir.

La crudeza del tiempo hirió a la niña y, aunque no gravemente, hubo de permanecer en la cama.

Y aquí si que Estebanillo desempeñó a conciencia sus funciones.

Con cuentos, con saltos, con gritos de animales, con todo el arsenal de sus entretenimientos, logró que la muñeca estuviese en su camita todo aquel tiempo.

Una noche la niña tenía fiebre: el pícaro frío

le enronquecía la voz y la hacía toser mucho. Allá, en los desarreglos de la calentura, se le antojaron a la niña unos dulces.

¿Dulces en Villapanes y en aquel tiempo?

Y el caso es que la muñeca los quería, gemía por ellos.

¡Valiente conflicto!

El cura, coqueteando, llegó a la alcoba y pronunció un discurso entrecortado por el asma y los dolores y salpicado de citas bíblicas, para convencer a aquel diablillo de que no había dulces como ella los quería.

Ni azúcar, ni miel, ni nada de eso apetecía. Ella quería dulces bonitos, y lo que es de eso en el pueblo no había noticias.

En esta contienda se hallaban cuando Estebanillo salió a la calle. Entró en dos o tres casas, volvió a salir y se llegó por último a la del cura. La muñeca seguía lloriqueando con un tono de voz que partía el alma. El borrachón bajó su cabeza y le dió unos cuantos besos, y salió a la calle llevando entre los labios una gota salada del llanto de la criatura.

La noche estaba furiosa, hacía un frío de mil demonios y la ribera rugía allá abajo, engrosada por las aguas de la montaña.

Estebanillo llegó hasta la margen de aquella formidable ribera y se detuvo: la cosa era fuerte, un poco fuerte de verdad.

Podía evitarse el paso dirigiéndose hacia el pueblo que caía a la izquierda, ¡pero estaba tan lejos! En cambio, pasando el torrente amplísimo, estaba en dos horas en aquel otro cuya torre, a ser de día, se viera desde el punto en que a la sazón estaba.

Después de todo no es la primera vez que un hombre pasaría la ribera hinchada.

Estebanillo escuchó un instante aquel condenado ruido del torrente, miró al cielo como consultando a las estrellas, bebió de un trago el contenido de una calabacilla que llevaba, apretó al pecho las correas del zurrón de cuero y, alzando los hombros con aquel ademán despreciativo que le era tan familiar, se echó en el agua, y anduvo en ella poco a poco, como hombre práctico en los peligros, hasta que perdió pié, lo envolvió una ola espumosa y turbia que venía rugiendo, y se perdió su cabeza en aquel hervidero del torrente y en la insensata velocidad de las aguas.

Estebanillo comenzó a luchar con ellas sesgando hacia la orilla opuesta; pero el torrente, engrosado y formidable, lo arrastraba, lo arrastraba sin remedio.

Ya había perdido un centenar de metros del punto aquel donde se fijara su vista para el desembarco; conocía que su gran fuerza de borracho era como un átomo comparado a aquella otra gran fuerza del torrente ebrio; sentía una opresión terrible en el pecho, le latían las sienes y se le enfriaban las piernas, que también se encogían con calambres, y la orilla estaba lejos, ¡como está la vida de la eternidad!

Hizo un esfuerzo supremo para levantar la cabeza; hundió sus pies, enderezándolos como para encontrar fondo..., ¡que si quieres! ¡Ni fondo, ni luz, ni esperanza!

Arriba brillaban unas cuantas estrellas, muy pocas, entre celajes plomizos: en las orillas se balanceaban las adelfas como fantasmas negros, la espuma blanca lucía desvaneciéndose como fosforescencias del mar y el torrente seguía rugiendo,

rugiendo como un infierno, con toda la furia atroz de la naturaleza.

Estebanillo se había quedado sordo y ciego en aquel vértigo de las aguas: sólo veía algo rojizo como el color de la sangre, y sólo escuchaba el zumbido de esta sangre en sus arterias.

¡Qué fatiga!

De pronto un enorme tronco de encina que arrastraba el agua le golpeó las piernas con una fuerza que le hizo lanzar un aullido de dolor: no las podía mover; sin duda se las había quebrado.

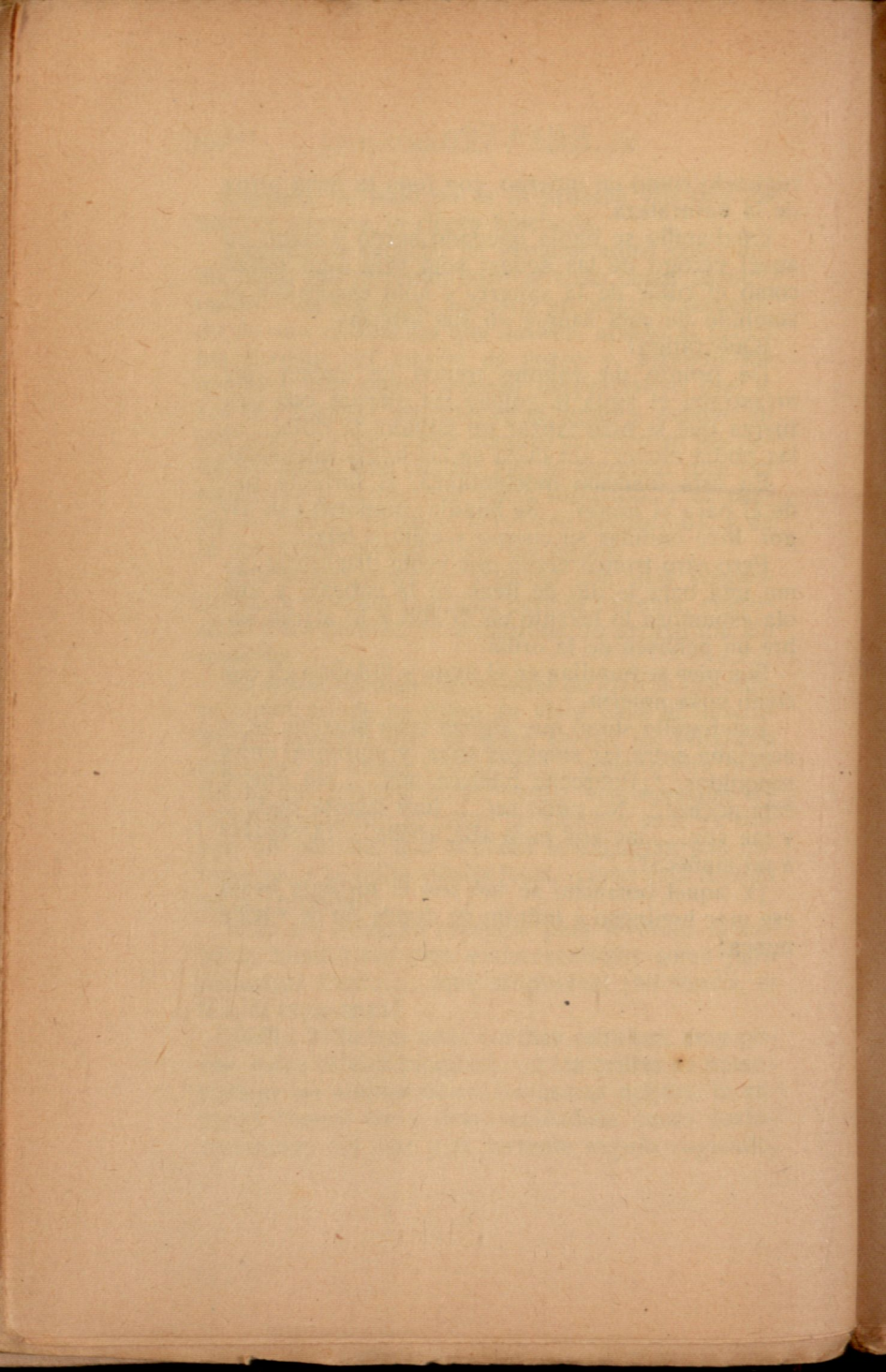
En esta inacción momentánea, el torrente tiró de él para el fondo... Se hundía; manoteó con vigor, hizo ondular su cuerpo y salió a flote.

Pero otro tronco negro que venía disparado como una bala le dió de lleno en la cabeza, y una ola espumosa lo levantó en lo alto y lo arrojó sobre un peñasco de la orilla.

Sus pies se hundían en el agua y flotaban en ella como cosa muerta.

Estebanillo sintió que alguna cosa horrible se le acercaba entre las sombras frías, y murmuró entre ronquidos: "¡Pobrecita muñeca mía..., sin dulces esta noche!... No pudo ser..., hice cuanto pude... y me voy..., me voy para allá arriba... ¡a esperar a mi muñeca!..."

¡Y aquel borracho se fué con el torrente hasta ese mar luminoso e infinito de donde no se vuelve nunca!



HISTORIA
DE UN SECUESTRO

HISTORIA
DE UN SECTORE

Una tarde de otoño caminaba un grupo de jinetes andaluces por la extensa vega poblada de olivares, en la que se asientan los pequeños pueblos limítrofes de Morón, Marchena y otros núcleos de población de la tierra llana.

El más viejo de los jinetes, que cabalgaba en una jaca de pura sangre y vestía con la majeza propia del rico hacendado andaluz, a quien en aquel instante sólo hacía falta la garrocha, era nada menos que el renombrado don José Pascual Fraile y Campuzano, uno de los señores feudales de aquel término.

Había sido hombre temible por su valor y su astucia, condiciones que no siempre se ven reunidas, y era tan entendido en las artes sutiles de la política como en las labores del campo. Viejo ya, conservaba su rumbosa apostura y cierta agilidad, signo de una salud envidiable. Tenía el rostro cetrino, con ese peculiar color aceitunado tan común en aquella tierra; sus patillas blancas bien recordadas daban a su rostro una nota de amable ancianidad, que desmentía a veces el mirar relampagueante de unos ojos de fiera montés.

Llegaron los jinetes cuando el sol se hundía tras lo alto de una loma pelada y reseca por el polvo de los últimos rastros; una bocanada de aire fresco y salobre, venido de las lejanas marismas, alegró la fatigosa marcha.

En la hondonada unos mustios juncales señalaban el cauce seco de un arroyo, y a partir de él el terreno volvía a elevarse en una mansa ondulación, oscurecida por el verdor y sombra de los olivares.

—¿Fué aquí donde pasó la cosa, señor don José Pascual?—preguntó uno de los jinetes.

—Aquí mismo fué. Veréis cómo pasó el lance. Pasan los años y el recuerdo lo tengo más fresco cada día.

Paráronse en la margen seca del arroyo, y todos se dispusieron a escuchar con vivo interés el relato de aquel hombre viejo y fuerte a quien había dado gran notoriedad su secuestro por unos bandidos andaluces.

—Sería próximamente a esta hora cuando llegué aquel día a lo alto de esa loma; aunque llevaba mucha prisa, me paré como nosotros lo hemos hecho, a respirar un trago de aire fresco de ese que viene de la mar. Miré con mucha atención todo este campo, porque entonces había que vivir alerta y dormir como las liebres. Vi que un hombre salía de ese olivar y se dirigía hacia este arroyo, llevando del ronzal a su borrico. Es Juanón de la Roda, dije reconociéndolo. Por ese otro lado venía hacia el mismo sitio un hombre como enfermo o borracho, tumbado en la albarda de un caballejo, y otro hombre más joven y robusto le sostenía. Por la acera que tenemos enfrente bajaban otros dos hombres, que parecían segadores zagueros, que buscaban el camino. Y así, en el mismo momento, todos los de aquí y de allá veníamos ha-

cia esta hondonada, como si nos hubieran citado.

No os diré que yo estuviese completamente tranquilo; receloso estaba; mas, como había reconocido a Juanón, que era hombre honrado, confié, en la creencia de que los demás caminantes eran buena gente que se dirigían a su negocio. Además yo traía una excelente carabina y dos pistolas no menos excelentes.

Al enfrentar con el enfermo o borracho y su acompañante, en este mismo sitio, y mientras cambiábamos los saludos del campo, vi que el tal enfermo se enderezó, saltó del caballo y echó mano al rendaje de mi jaca. Intenté descolgar la carabina, pero ya la había descolgado el otro mozo, y con ella me apuntaba; quise amartillar mis pistolas, pero cuatro manos, como cuatro garras, me sujetaron los brazos; eran los segadores que venían a mi espalda. Entonces apareció el que yo tomaba por Juanón y no era otro sino el Manco de Casariche, el bandido de más negras entrañas que hubo en la tierra.

Apeáronme, y, entregado por dos bandoleros, seguimos hasta el olivar, y detrás de aquellos acebuches encontramos atados cinco hermosos caballos de lo más fino y resistente de la serranía cordobesa. Allí me vendaron los ojos y las orejas con unos cuantos pañuelos; me montaron a la grupa de un caballo, atándome los brazos al arzón y los pies a la cincha; uno de aquellos ladrones guiaba diestramente el caballo y los demás nos seguían.

Caminamos muchas horas, no sé cuánto tiempo. Agarrotado por los amarrijos y aporreado por los movimientos de la caballería, sin oír ni ver nada, el tiempo era para mí una cosa sin sentido. Debimos caminar toda la noche y pasar luego el día en alguna casa de campo muy apartada de pobla-

do, pues cuando me bajaron y aflojaron un poco los cordeles sentí que me echaban en el suelo de algún pajar y levantaban un tanto el pañuelo que tapaba mis oídos. Esto fué para que escuchase la primera amonestación del Manco de Casariche, dándome a entender que estaba secuestrado e irremediabilmente perdido si no se cumplían las órdenes que más adelante tendría el gusto de darme. El bárbaro firmó a su modo esta notificación, pinchándome con su navaja. ¡Pinchar a un hombre atado y con los ojos vendados es cosa de estos valientes! Yo juré por el alma de todos mis difuntos que me había de pagar aquella acción tan fea, aunque me costase toda mi fortuna. Y desde aquel momento descarté la cuestión del dinero.

Calculo que al entrar la noche fué cuando volvieron a ponerme sobre el caballo con las mismas precauciones, habiéndome antes confortado con un pedazo de pan y un trago de vino. La marcha fué muy larga y fatigosa; al cabo llegamos adonde tenían dispuesto, bajáronme y, entre los dos ladrones que parecían servirme en estos casos, me arrastraron hacia cierto lugar, que debía ser el corralón de una casa.

Cuando pude dar algunos pasos, siempre entregado por mis guardianes, bajamos una corta y desigual escalera: conté los escalones, eran nueve. Entramos en una habitación, cerróse una pesada puerta, sentáronme en una silla de asiento de enea, y allí esperé los sucesos.

El descanso parecía devolverme un poco de lucidez; recapacité en mi situación. Estaba en una casa; pero, ¿era una casa aislada en medio del campo o pertenecía a un lugar poblado? Mis futuras indagaciones tenían que girar sobre este punto.

La fatiga me había rendido y dormitaba peno-

samente, con sobresaltos de pesadilla, cuando una mano dura y pesada me despertó al enderezarme. Alzó un poco el pañuelo para que oyese; conocí al punto la voz del maldito Manco, y un calofrío me hizo temblar, recordando la punta de su navaja.

—¿Qué tal andamos, don José Pascual? ¿Hay apetito? Tenemos que hablar, y siempre se habla mejor cuando se ha comido.

—Lo primero que se necesita para comer es tener libres las manos; después, tener los ojos sin vendar, para que la comida no cambie de sitio. Estoy en tu poder, no me he de escapar, aunque eso quisiera, pues no eres tan tonto que me dejases; no he de gritar ni armar escándalo, porque el segundo grito me lo meterías en el cuerpo con tu navaja. No hay más sino callar, tener paciencia y ver en qué para este negocio. ¿No es así? Pues entonces bien podrías soltarme las manos y desliarme estos pañuelos, que tienen mis ojos a punto de reventar.

Se conoce que al bandido le pareció muy lógico el razonamiento y le satisfizo mi cachaza, puesto que a los pocos instantes quitó la venda y los cordeles. Yo esperaba ver la luz, y me hallé en completa oscuridad: el tuno tomaba bien sus precauciones.

—Hace usted bien en ahorrarme de palabras, porque así nos entenderemos más pronto. Estas son cosas del mundo, señor don José Pascual. Sabemos el dinero que usted tiene y dónde lo tiene; pero en vez de ir nosotros por él queremos que usted mismo nos lo traiga. Y como por fuerza ha de haber dares y tomares y cambio de cosas en este negocio, si el dinero viene, irá su libertad, y si no viniere, irá su cabeza. Todo esto lo ha de poner al dictado en una carta que luego se ha de ha-

cer, con más los puntos y señales que se han de tener para que todo salga conforme se ha dispuesto. Esto se lo digo para que lo piense y se determine mientras se acarrea lo que es menester para la carta.

—Te has olvidado de un punto que es el más importante, cual es la cantidad que pides por mi rescate; que tal podría ser disparatada y fuera de mis cortos posibles, que tuviera yo que dejar a mi cabeza que se pasease, según tus advertencias.

—No pediremos a usted más que veinticinco mil duros, que los puede dar de sobra.

—Ya sabes que en todo negocio ha de haber rebaja, y en este más, por tratarse de suma de la que no dispongo. Ponte en razón y vuelve a pedir, que yo te ofreceré a mi tiempo.

—¿Se está usted burlando?—y al bandido le relumbraron los ojos en la oscuridad—. Aquí no hay trato ni contrato, ni rebaja, ni músicas celestiales. Aquí o se trae lo que se pide o se corta el pescuezo. Ya está usted enterado.

Levantóse el Manco de su asiento, abrió la puerta, que cerró de un golpe, olvidándose en su ira de volver a vendar y amarrar al secuestrado. Yo, entonces, sin hacer ruido, tenté las paredes, sin hallar nada; palpé el suelo, que era de basta pizarra. Para asegurarme de que no me habían robado aún, llevé la mano al pecho, sintiendo el contacto del largo alfiler de oro con que sujetaba el pañuelo de seda. Rápidamente hunñí el alfiler debajo del asiento de mi silla, y oí que abrían la puerta en aquel momento. Ya tenía tres datos: los nueve escalones, el suelo de pizarra y la silla señalada con el alfiler.

Yo sólo tenía temor de que la negociación se

realizase rápidamente, y me propuse entretenerla, sin que peligrase mi existencia.

Entró el jefe de la cuadrilla y, arrimando a mi asiento una mesita baja y pequeña, como se usan por aquí, dijo estas palabras:

—Aquí tiene usted pluma, tintero, sobre y papel: creo que no hace falta más.

—Falta otra cosa—dije.

—¿Cuál?

—Un poco de luz, porque no he aprendido a escribir a oscuras.

—Ahora vendrá.

Menos mal, pensé, pues veré mi habitación. Me engañaba. Los bandidos habían hecho un ruedo con sus mantas extendidas, de modo que la luz de un candilón que uno de ellos adelantaba venía a iluminar solamente la mesilla y los útiles de escribir. Escribí lo que me dictaron, que viene a ser siempre lo mismo, y me costó gran esfuerzo agregar una postdata, señalando el sitio donde mi familia había de hallar el dinero que se pedía.

Yo les dije que la suma solicitada había de ser reunida de esta manera, y no de otra: Diez mil duros que mi sobrino Andrés había de retirar de la casa de banca Calzada y Compañía; cinco mil que entregaría el comprador del aceite, vecino de Estepa, y unos ocho o nueve mil que hallarían soterrados en el poyo de azulejos que hay en mi alcoba, debajo de la loseta que tiene pintado a un cazador disparándole a un flamenco.

Entregada la carta, volvieron a vendarme los ojos, pero no me amarraron los brazos, y sobre unas pieles sin curtir me dejaron descansar, que era lo que más necesitaba.

* * *

Pasaron días, durante los que hice mis observaciones con el sentido que me dejaban libre: oí varias veces cantar a una mujer, que era sin duda de la casa; esta mujer tenía un vicio de pronunciación en que arrastraba mucho las erres; me fijé porque llamaba y reñía a gritos a una tal Rosario, que debía ser alguna niña revoltosa. Un día la oí decir: "Es Juan, el lañador."

Indudablemente, pensé, esta casa está en un pueblo o al lado de un camino real. Los lañadores no suelen ir a campo traviesa; además, éste es un lañador conocido, que pasa mucho por aquí, por cuanto la mujer ha dicho: "Es Juan, el lañador."

No sabe nadie con qué claridad se agarran unos a otros, unos cuantos eslabones para formar la cadena del pensamiento, en situaciones como la mía. Me parecía que yo lo tenía todo averiguado y que sería coser y cantar echar mano a la cuadrilla de animales dañinos que me tenían en su cueva.

Llegó al fin la más negra ocasión en que un hombre puede verse. El mensajero de mi familia se había presentado, pero no con el dinero, o al menos con toda la cantidad pedida. Esta vez los vi a todos muy bien, porque quitáronme la venda, sin duda para que yo viese cara a cara su ferocidad. El Manco blandía su navaja. Los demás echaban miradas de indignación.

Sentí las puntas de las navajas señalándome el cuerpo; peores que éstas eran las amenazas y los insultos. Llegué a convencerme de que mi muerte era ya irremediable, y con ella tendría que renunciar a mi venganza. Lo probable es que hubieran sacado a mi familia algún dinero y, alegando el no cumplimiento de todas las condiciones, quisie-

ran deshacerse de mí, porque ya mi persona era sólo un estorbo y un peligro.

El deseo de cobrarme de todos aquellos ultrajes volvió a poner en mi boca toda la persuasión necesaria para rendir a las fieras. Conseguí otro plazo, se escribió otra carta, y esperé el resultado.

Durante los días que mediaron entre la carta y la respuesta fui objeto de tratamientos crueles. Comía mendrugos de pan del que echan a los perros; dormía sobre el mismo suelo; me apretaban los cordeles hasta saltar la sangre; las navajas no estaban quietas, y hasta hablaban ya de introducirme estaquillas de caña entre las uñas y la carne y de otros terribles suplicios.

Habían pasado no sé cuántos días, cuando volví a oír la voz de la mujer diciendo: "Es Juan, el labrador; dale un vaso de vino."

—Esto va bien — me dije. Y, efectivamente, aquella noche me sacaron de la casa, me montaron en un caballo y, vendados los ojos, me hicieron caminar al trote y al galope. Hicimos un alto de algunas horas no sé en dónde y volvimos a reanudar la caminata. Pararon y me mandaron bajar; diéronme un trago de aguardiente y un cigarro, y cuando esperaba la orden de cabalgar nuevamente, escuché el galope de unos caballos que se alejaban en tropel.

—¿Estaré solo? Poco a poco desaté los anudados pañuelos, abrí los ojos. ¡Estaba solo! Amanecía... Vi unas luces, un gran caserío: era un pueblo. Oí silbar una locomotora como a doscientos pasos, en una estación. Corrí. ¿Qué estación era?... Palma del Río. Un minuto para tomar billete— hallé unas pesetas en mis bolsillos—; después, ¡la luz, el aire, el día, la libertad!

II

Como la noche entraba a más andar, y la luna, grande y clara, empezaba a elevarse a través de la fronda del olivar, parecida a un encaje, el viejo don José Pascual, revolviendo su jaca, dijo a los acompañantes:

—Andando y hablando; el cortijo no está lejos y entretendremos el camino contando la segunda parte de aquel lance, no menos curiosa que la primera.

Al llegar a mi casa, y abrazar con efusión a mi familia, lo primero que hice fué procurar restablecerme con mucho reposo, alimentación y cuidados del médico. Recibí las visitas de un capitán de la Guardia civil, hombre muy irascible y obcecado, a quien los secuestradores traían sin sosiego; la de un delegado del gobernador y la de jueces y escribanos que intervenían en aquellos procesos. Los secuestros menudeaban de un modo tan alarmante, que el Gobierno había dictado secretas y rigurosas medidas para acabar con los secuestradores por el medio más eficaz.

Yo sabía que los ojos y los oídos del “cómplice” estarían muy abiertos para fijarse en cuanto

dijera e hiciese: ya sabéis que siempre había un cómplice en el vecindario que antes del secuestro daba noticias sobre la vida, costumbres y hacienda de la futura presa; y después de libertada, de cuanto contase y procurase hacer en su desquite. Así es que yo me limité a decir a todo el mundo que ignoraba dónde y cómo había estado, y que, en último término, aquello tenía que mirarlo como un mal negocio, y nada más. Hice mi vida ordinaria y, para cuidar de más cerca de mis labores, trasladé mi residencia temporal a mi cortijo de Las Rosas, cosa que espantaba a mis convecinos propietarios, que no se atrevían a salir del pueblo.

—El camino robado es el más seguro—les decía—, y ya saben esos tunos que yo soy un bolsillo que acaban de vaciar.

Reuniendo mis datos y procurando recordar todos los antecedentes de mi secuestro, preparaba la indagación, ayudado de mi sobrino; ya sabéis si Andrés es listo. Tratábase de fijar como punto central de aquella averiguación si yo estuve preso en una casa de campo o en una casa de pueblo. Yo me decidía por lo primero, agregando que la casa en cuestión estaría situada al borde de un camino. Mi sobrino opinaba lo segundo, fundándose, entre otras razones, en que las casas de labor y los ventorros cercanos a los caminos son puntos de vigilancia y descanso en la continua acción de la Guardia civil.

—Vamos a ver, tío, si recuerda esto que le voy a preguntar; pero es necesario que se recoja usted todo en la memoria y diga, sí o no, sin engañarse. Mientras permaneció en la covacha, ¿oyó alguna vez, cerca o lejos, el martillo de algún herrador?

—Una vez creí haber oído ese “tin-tin” cuando abrieron la puerta; fué muy corto y lejano, y ahora caigo en que debí apuntar en mi pensamiento aquella circunstancia. Sin duda, que lo oí... Estoy casi seguro.

—Bueno, pues ya ve usted que en las casas de campo no hay ningún herrador; de modo que estuvo usted en un pueblo. Este pueblo debe ser pequeño, lo atraviesa una carretera o camino real: a usted lo metieron en la casa por la puerta del corral que da al campo; la habitación debe ser la bodega subterránea, que estará cerca de la cocina, en la parte trasera de la casa, y por eso no podía usted oír el paso de los trajinantes por el camino al que debe dar la puerta principal de aquella vivienda. Ahora sólo nos falta averiguar qué pueblo es éste y cuál es la casa.

Cuando trazamos las líneas generales de nuestro plan, salió mi sobrino para Córdoba y secretamente se puso de acuerdo con un capitán y dos tenientes de la Benemérita, jefes de una extensa línea de puestos, que trabajaban en combinación con los de Jaén y Sevilla. No obstante, nosotros empezamos a movernos por nuestra cuenta, valiéndonos de nuestros propios recursos.

Un día se encontraron casualmente en la posada de cierto lugarón no lejos de El Carpio un joven lañador que, al parecer, padecía de cuartanas, pues tiritaba a menudo y entraba y salía por todas las habitaciones buscando dónde echarse, y un viejo chalán agitanado que compraba, vendía y cambiaba cosas tan distintas y raras como loza, trapos, hierro viejo, cuadros, reliquias y antiguallas.

Trabaron conversación en la cocina, interviniendo la posadera, que, como todas, era muy habla-

dora, y de unos puntos en otros sacaron a relucir la cuestión del bandidaje, y la inseguridad de los caminos. El joven lañador dijo que todo eso le tenía sin cuidado, porque a él sólo podían quitarle los instrumentos y las calenturas; mas el viejo temía que le arruinasen si en cualquier camino le robaran carga y burro, que bien habían de valer una onza.

Rióse la posadera, asegurando que los ladrones que por allí había no robaban burros y cargas de trapo, sino que negociaban en grande, y sólo con los ricos, a quienes, si podían, sacaban millonadas. Y salió a relucir la historia, algo romanceada, de los últimos secuestros, entre los que figuraba el de un tal don José Fraile, que pagó altísimo rescate al Manco de Casariche y su partida de buenos mozos. La mesonera los conocía a todos; alguno era de su grata predilección, y más de una anécdota inédita saltó, amenizando aquel charloteo de cocina.

El vejete dió al lañador una ristra de consejos y advertencias, encaminados a su curación y prosperidad, y entrecogiendo su asno, que ya había cargado, salió por el pueblo, de casa en casa, proponiendo la compra-venta y cambio en que consistía su negocio, mientras que el lañador iba haciendo lo mismo en la otra parte del pueblo.

Ya habréis comprendido quiénes eran aquellos dos caballeros: el lañador era mi sobrino; yo era el chalán. Estábamos, según todas las señales que habíamos recogido, en el campo de acción de mi bandolero: casi podríamos decir que en su oficina.

A los pocos días nos volvimos a juntar en los Casales del Puerto, aldea de la serranía por donde desemboca a la carretera, que va a las Castillas,

todo el trajín de los pueblos encaramados en los cerros de los Casales, donde hicieron los moros cuatro castillos. La aldea sólo tiene una calle y dos callejones, que corresponden al prado de la iglesia. Empezamos a negociar, cada cual por su lado, y yo pregunté a dos muchachos si en el pueblo había herrador o albéitar, para que sacase un garrancho que traía mi borrico en una de las patas. Me dijeron que sí había, pero que estaba en el pueblo alto, porque servía a los dos, y así repartía su tiempo. Hice que me llevasen al banco, puesto frente a la iglesia, y que los muchachos tocasen con el martillo en el hierro de adobar, para que acudiese el albéitar, si es que había regresado. Los muchachos se rieron de mi incredulidad, y yo los hice amigos regalándoles unas algarrobas. Les pregunté por cosas del pueblo y por sucesos locales que daba a entender yo conocía, y me llevaron a una casa algo apartada de la calle, donde podría beber un buen vaso de vino.

Allí estaba ya mi lañador metido en gran parola con la dueña de la casa, una mujerona alta y fornida, picado el rostro de viruelas y con unos brazos hombrunos que imponían respeto.

—¡A la paz de Dios! ¿Quiere la buena mujer comprar loza fina, vender trapos, hierro viejo, cuadros antiguos y demás cachivaches que no le sirvan?

—Lo que puedo venderle al buen hombre es un pan, algunas cebollas y vino de lo que pida.

Entré, sentéme muy descansado y tomé de todas las cosas ofrecidas. Ofrecí de mi banquete al lañador y a un muchacho derrotado y quejumbroso que se presentó pidiendo.

—¿Hace muchos días que no pasa por aquí un

tal Juan, el lañador? Yo soy su sobrino—dijo el mío.

—¿Usted es sobrino de Juan?—dijo la mujer—. Pues haberlo dicho, porque su tío es un buen hombre y le queremos mucho. Siempre que pasa le doy un vaso de vino. Hace más de un mes que pasó para la tierra llana.

El corazón nos había dado un brinco, y, sin querer, nos habíamos mirado con extraña sorpresa.

—Buena mujer, si tuviera usted una cuadrilla y un rincón de pesebre donde echar pienso a mi burro, que se está cayendo descaecido, yo se lo pagaría como en posada; y si no, en el corral, por chico que sea.

Negóse la mujer diciendo que su casa no tenía acomodo, pero que fuese a la que ella le indicaría, que allí podrían descansar la bestia y el amo.

—Calle usted—dijo el lañador—; parece que han caído algo por ahí dentro; conozco el son de la loza rota; pero aquí estoy yo para componerla. Debe ser cosa de los niños. ¿No tiene usted niños?

La mujerona se levantó como un rayo y entróse por la casa gritando:

—¡Rosario...!

Arrastraba las erres. Era ella. Indudablemente estábamos en la casa.

Mi sobrino siguió tras ella, llegó a la cocina, entró en un pasadizo oscuro, del que partía una escalera, bajó nueve escalones y tocó una pesada puerta, negra por el tiempo y reforzada con grandes clavos. Cuando subía tropezó con la mujer, que volvía del corral, a quien la sorpresa le quitó el habla. Antes de que pudiese decir nada, se halló

sujeta por seis brazos; mi sobrino la amarraba los pies, el muchacho mendigo la amarraba los brazos, y yo la amordazaba con el pañuelo. Pendiente de una correa a la cintura llevaba unas cuantas llaves; con una de ellas abrimos la puerta de la bodega, donde metimos a nuestra secuestrada; buscamos un candil, con el que se alumbró aquello, y mientras el muchacho cuidaba de la casa y yo guardaba a la mujer, mi sobrino examinaba una por una todas las sillas con asiento de enea. Al fin dió con lo que buscaba, y me trajo una que en el revés del asiento tenía clavado un alfiler de oro.

—Ahora, buena mujer, hablaremos un poco. Como no pienso dejarle la boca libre, usted va a contestarme meneando la cabeza, diciendo sí o no, como Cristo nos enseña. Conozco al Manco y a su gente, la conozco a usted y conozco esta casa. Así es que apenas me engañe, este buen lañador le abrirá un ojal con su navaja y se lo cerrará con lañas de alambre. Usted es la amante del Manco de Casariche; tienen ustedes una hija, la cual en este momento está secuestrada por mí.

La mujer bufó como un toro, creyendo aquella mentira.

—Va usted a indicarme el sitio donde se guarda enterrado el dinero de la cuadrilla, y si no me lo indica, yo lo sabré hallar, y en el mismo lugar pondré la cabeza de su hija. Somos unos ladrones más listos que los que vienen a su casa.

La mujer reflexionó; pero era una mala res, muy recelosa, y se mantenía quieta y rígida, amenazándome con los ojos.

Un leve rumor hizo salir a mi sobrino: alguien había entrado en la casa, y parecía debatirse con

el muchacho, criado mío, que estaba de vigilante. A poco volvió a entrar mi sobrino y dijo:

—Sin duda esta señora no cree en el secuestro de su hija, ni en la amenaza que le hemos hecho; es como Santo Tomás, y se atiene a ver para creer.

Y diciendo esto salió a los escalones y entró con una niña atada y amordazada, y presentándosela a la fiera, mientras blandía una navaja descomunal, y yo sacaba mis pistolas, dijo:

—Aquí la tiene usted. Usted misma va a sentenciar a esta criatura. La puerta está cerrada, nada ha de oírse ahí fuera. Voy a quitarle la mordaza para que hable. Si quiere gritar, puede hacerlo por una vez; el segundo grito, yo me encargo de que no salga, y en vez de una serán dos cabezas las que regalaremos a ese guapo mozo de Casariche.

Y como lo dijo lo hizo: libre la boca de la mujer, daba diente con diente de espanto; le preguntamos: —

—¿Dónde está el dinero?

—No sé.

Mi sobrino acercó la navaja al cuello de la niña, y como la madre fuese a gritar, le puse en una sien el anillo frío de mi pistola.

—¿Dónde está el dinero?

—En la despensa chica, al lado de la cocina..., debajo de la orza azul..., en el poyo hueco. Ya lo he dicho. Ahora soltadnos.

—Soltaremos a tu hija, si has dicho verdad, y la hallarás sana y salva antes de tres días. Tú todavía nos haces falta en este negocio. Tu vida depende de tu obediencia: ya sabes cómo las gastamos.

Y mientras el sobrino registraba el poyo y se

incautaba ordenadamente del dinero, yo seguí mi interrogatorio.

Supe que a la madrugada siguiente había de venir la cuadrilla del Manco, entregada entonces a otra negociación de secuestro; que pasarían ocultos allí todo el día siguiente, en espera de un mensajero que intervenía en la negociación, y supe además la seña que desde la casa había de hacerse para que llegasen los del campo con entera confianza. Esta seña consistía en poner tres veces el candil en la ventana del sobrado que daba sobre el corral.

Destaqué a paso de galgo a mi criado para que llevase un papel al sargento primero del puesto de línea; cerramos la puerta de la casa, después de meter mi borrico en el corral, y lo dispusimos todo para la conclusión del lance.

No sé lo que pensarían los vecinos de la aldea de aquella reclusión, aunque me figuro que no saldría bien parado el crédito de la mujer que daba posada a tan extraños peregrinos.

A media noche, y por la puerta del corral, entraron cuatro guardias civiles, al mando del sargento. La oscuridad era completa, y su entrada fué silenciosa.

Cantaban los gallos de la madrugada, cuando oímos un lejano silbido, repetido tres veces: mi sobrino hizo la seña con el candil, abrimos la puerta del corral y esperamos. No tardaron en llegar. Mientras los cuatro ladrones desaparejaban, entró el Manco en la casa, llamando a su coima; en la cocina se halló súbitamente cogido, amordazado y bien sujeto por unos cordeles. Ingresó en la cueva, no sin que mi sobrino le diese a conocer su situación con la punta de su navaja.

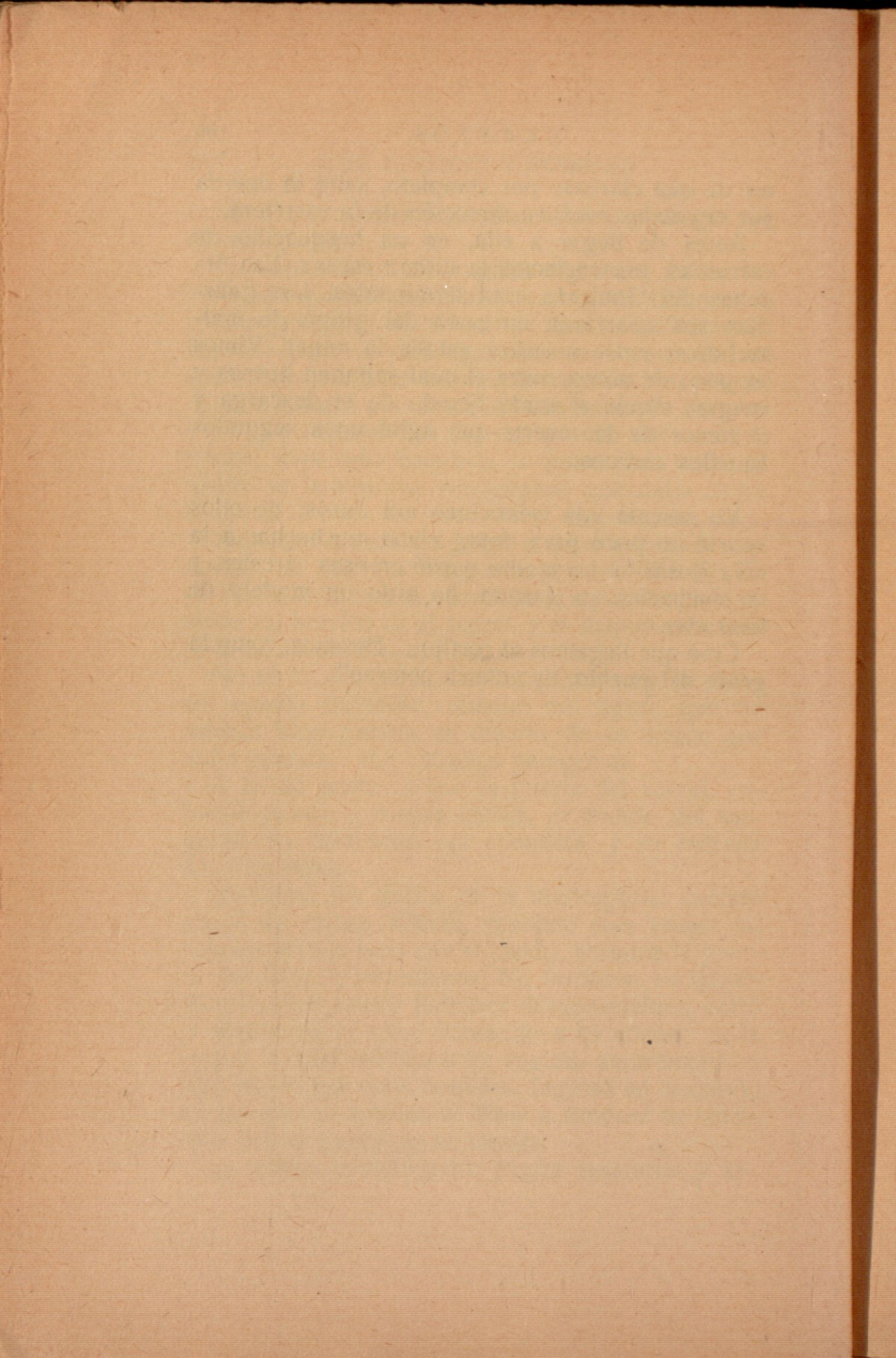
Lo mismo ocurrió a los cuatro restantes, y an-

tes de que clarease por completo, salía la cuerda por el camino real, en dirección de la carretera.

Antes de llegar a ella, en un bosquecillo de carrascas, presenciábamos la última escena. Las órdenes del Gobierno eran terminantes. Los guardias nos apartaron un poco del grupo de malhechores; entre nosotros estaba la mujer. Vimos un poco de humo, entre el cual saltaban huesos y sangre; oímos el ruido blando de la descarga y el rumor de la muerte que agitó unos segundos aquellos cuerpos.

... ..
Yo rescaté mis veinticinco mil duros; de ellos aparté un poco para dotar a una muchacha: a la niña Rosarito. La madre murió en esas cárceles, y la muchacha, ya casada, ha sido un modelo de honradez.

Creo que llegamos al cortijo... Diremos, como la gente del pueblo, "y colorín colorao".



EL INDIANO

EL INDIANO

En la historia local venía a ser un acontecimiento inolvidable la llegada del "indiano" con su familia, sus millones y su gana de gastarlos.

Treinta años hacía que salió el muchacho a correr mundo con las manos en los bolsillos y la cabeza llena de ilusiones, como buen aventurero de casta y raza, y al cabo de ellos volvió viejo, con el corazón frío, pero bien repletos los bolsillos y bien dispuesta el alma para el descanso.

Después de haber corrido mucha tierra de América, tras el duro trabajo de los primeros tiempos, sus garras de aventurero habían hecho presa en la fortuna: era rico, era feliz, tenía un hijo que sin sudores ni angustias, recogería todo aquello, lo aumentaría o lo derrocharía, según su santísima voluntad...

Y al sentirse viejo, más que viejo, cansado de la recia lucha, vióse acometido de una melancolía mortal, de una brusca e intensa nostalgia de todas las cosas de su juventud; de aquella tierra, de aquel cielo, de aquel pueblucho encajado en la sierra como un nido de broza y barro; de aquellos placenteros prados por los que paseara su alegría

de pájaro suelto y su viva inquietud de mozo listo, ávido de todos los desordenados goces que brinda la posesión y ofrece la divina fortuna.

Se sentía renacer, pero no en América, campo de lucha, en que había peleado bravamente y había vencido, al fin, dejando, sin advertirlo, pedazo a pedazo, juventud, salud, energía, rosadas ilusiones, generosos movimientos del alma aventurera; cosas que valían más, indudablemente, que aquel razonable montón de "pesos", que era su pedestal y su armadura; se sentía renacer, idealmente allá, en el rincón paterno, a la sombra de la torre humildísima, bajo los castaños de la plaza solitaria, estremecida por la sinfonía perpetua de los chorros sonoros de la fuente y los martillos del herrador.

Y como un anticipo de su presencia, Sebastián "el indiano", *Chano*, como le decían los suyos, comenzó a ejercer una tierna y lejana "patria potestad" sobre el pueblecillo miserable. Este se dormía ya, encantadoramente confiado en aquella providencia paternal que venía de América. Necesidades públicas, necesidades particulares, desgracias comunes, malas cosechas, contribuciones y quintas... De todo se salía gracias al inagotable montón de "pesos duros" que *Chano*, aquel *Chano* que haraganeaba por allí en otros tiempos, enviaba puntualmente, con generosidad también inagotable.

Compró fincas: fué el primer contribuyente de la comarca; y en el "prado alto", delante del bosque de encinas que vendió el Gobierno, en un romeral de flores celestes y olorosas en que se hundían las colmenas, al nivel de las anchas copas de los nogales que sombreaban el caudaloso arroyo de aguas puras y frías, señalaron el solar de

la casa, el sitio sagrado en que el viejo luchador quería hacer su nido para vivir, quién sabe hasta cuándo, en su larga descendencia de ricos, en una estirpe dominadora de fuertes y poderosos.

Por eso en aquella serena tarde primaveral en que el aire de la montaña movía las matas floridas y esparcía los gérmenes olorosos en la inmensidad azul, veían, los que habían quedado en el pueblo, con un gran alborozo, la alegre caravana que descendía por la verdosa ladera, como una mancha clara que alegraba el paisaje.

Tenía algo de procesional aquella vuelta del "indiano" a sus lares antiguos.

Al entrar en el prado delantero, donde unos álamos daban sombra inmemorial a la fuente concejil, salió un alto clamor de la turba que esperaba; clamor no contestado por los que venían, silenciosos y graves, con extraña tiesura, impropia de la ocasión y contraria al común regocijo.

—¡Chano, Chano!... ¡Viva el padre del pueblo!

Y con los vítores se movían las hojas de los álamos como mariposas asustadas.

—Silencio—dijo una voz—. *Chano* no está para fiestas, ni su mujer tampoco. Se les ha muerto el niño en la travesía.

Y un súbito silencio se extendió por el prado, en que sólo se oían ya sollozos humanos, acompañados por el rumor de los árboles y la nota clara y perenne de la fuente concejil.

* * *

Era verdad. Aquel niño de seis años, único que les quedaba, había muerto también, en medio del mar, donde lo arrojaron despiadadamente... Y con este supremo dolor, desilusionados y llenos de

amargura, entraban los esposos en el hogar escogido.

Por tácito concierto no volvieron a hablar de aquel dolor que laceraba sus entrañas; y en su vivir sombrío, esquivaban el trato de la gente vulgar que les rodeaba con gárrulo zumbar de zánganos en torno de la colmena.

Dispusieron, a poco, la construcción de la casa, conforme la habían planeado en sus mejores días; y con esto, el pueblo vióse invadido por la turba de obreros contratados en la capital, que alegraban con el ruido del trabajo y las francachelas la existencia ruin y monótona de aquellos lugareños.

No, no hallaron la paz deseada en aquel su destrozado idilio. Cada favor dispensado pródigamente levantaba un sordo clamor de envidia: una codicia vil estremecía a la parentela del "indiano", segura ya de su futuro dominio, quejosa siempre y malhumorada por dentro, como si aquel triste *Chano* fuese no más que el administrador, poco arreglado a veces, de unos cuantiosos bienes que intrigando se disputaban.

Y llegó un día en que, inaugurada la famosa vivienda sin fiesta, sin ruido, el primer vecino que entró por las puertas fué un molinero taimado y enredador, que quería mover pleito por el derecho íntegro de unas aguas.

—No sé qué hay en eso—dijo el "indiano"—. Yo mandé comprar el predio, y aquí está el contrato; a él me atengo, tío Francisco.

—Pues ahí está el "inte"; en que el papelorio no reza bien lo del agua, que es mía desde el tiempo de "la Nana". Hazte cuenta que sangrar en tanto así el arroyo que va a la presa, es como sangrarme a mí de la vena gorda. Antes consiento

en que la curia nos derrita a entrambos las propias mantecas.

—Pues usted verá.

—Tal y como están las cosas, todavía hay alma en el cuerpo, y cuando se arregló lo de *Caparota*, ¿qué no se arreglará en el mundo? Pero es teniendo un poco de “concencia” y pagando lo justo; que yo un favor lo hago por cualquiera, y más por ti, aunque no soy lamezapatos, como otros que, cuando salías con un trapo atrás y otro “alante”, no te dieron una sed de agua y ahora te quieren beber hasta las entrañas.

—Ahora sí que no hay arreglo. Para venir con decoro y pedir para cualquier necesidad, mi casa, esta casa que no le debe nada a nadie, tiene las puertas de par en par. Para cazurronerías y artimañas de aldeano ladino, las tiene cerradas siempre. ¿Se ha enterado usted?

—De lo que me entero es de que tú lo que traes es muchas “fantesías” y que te has “venío” a tu tierra para ser cabeza de ratón, ya que no podrás ser lo otro.

¡Cabeza de ratón! Toda la leyenda idílica se derrumbaba. ¿Y para esto había urdido la tela ideal en el fondo piadoso de su alma nostálgica?

¡Ah, qué tristeza, qué desaliento tan amargo!

El tío Francisco llevó el pleito adelante, alentado por unos curiales sin pudor que desde lejos rondaban también en torno de las talegas americanas. Los vecinos tomaron partido por uno y otro litigante, según los impulsos de su conveniencia o su despecho; y la feroz intriga se enroscó como una sierpe venenosa en los hogares campesinos, nidos de interés y de codicia.

El “indiano” tornóse más huraño, más intratable; encastillado en su palacete, ponía el hondo

arroyo sombreado por los nogales, como un foso defensivo entre él y su bastarda aldea.

El y su infeliz mujer, sin hablar de "aquello", iban adornando cierto cuartito de la casa con verdadero refinamiento. Allí estaba la cama blanca con colgaduras que semejaban alas de ángeles. Detrás estaba el gimnasio y el baño, con ventanas al picadero y al jardín. Un tronco de jaquitas, finas como lebreles, esperaban la orden de enganche... En toda la casa se iba notando una muda presencia de algo infantil, candoroso, calentando la frialdad de aquel hogar apagado.

Un día trajeron una carga de juguetes, los más nuevos y costosos: otro día, un silloncito de ingenioso juego, que pusieron en el comedor, junto a la mesa, entre "el padre y la madre"... Y así, continuamente, iban, con silenciosa y tierna solicitud, preparando el nido, como quien espera a un ausente, al niño amado que "se ha quedado atrás".

* * *

A la entrada de año hubo noticias de que el pleito aquel de las aguas iba, por fin, a sentenciarse. El tío Francisco, con toda su parentela, fué en caravana a la cabeza del partido para hacer las últimas gestiones.

El "indiano" fué también, y desde que esto se supo, disminuyó la confianza que los curiales habían desparramado entre la rústica gente.

Ello es que la víspera del día de Reyes volvió la tribu molinera rabo entre piernas y con el pleito perdido. Allí fué el clamor que alzaban las mujeres y las crueles amenazas que hacían los hombres.

—Para ese viaje no se “necesitan” alforjas; ¡digo yo!—gimoteaba el molinero, a quien pintaron las cosas tan a lo vivo, que no había más que meter las manos en las talegas hasta el codo; y ahora salían con que *Chano* tenía toda la razón y ellos ninguna.

—Lo de siempre. ¡Donde está el rico, los “probes pa” tacos de escopeta!

Al anochecer llegó el “indiano” a su casa; dos criados montaban sendas mulas cargadas. Encerróse con ellos en el salón del picadero y les dió sus instrucciones.

—Que cada uno coja su escalera y su linterna: la linterna no ha de alumbrar más que en el momento preciso. ¿Estamos? Y ojo con que alguien os sorprenda.

—Está bien. ¿Y si nos equivocamos y se arma lío?

—Yo iré con vosotros.

—Pero ¿se podrá saber...?

—Sí, brutos curiosos. Es que esta noche han de pasar, quiero que pasen, los Reyes por el pueblo.

—De esa manera, siendo los tres los que haremos la faena, nosotros mismamente seremos los reyes. ¡Tiene gracia!

Como la gente labriega es tempranera en acostarse, a eso de las diez no había más que perros por la calle; brillaban las estrellas con un fulgor purísimo en la bóveda constelada; el viento frío sacudía el bosque, del que salía un rumor solemne, como de misteriosos rezos; la sombra envolvía el confuso montón de casas humildes, agrestes, que olían a heno y a humo y a todas las cosas del campo... Aquí salía un chorro de luz por cualquier agujero de los tapias; allá se balanceaba

airosamente vaga columna de humo blanco, filtrada por el techo de ramaje; acullá aleteaba un gallo entumecido, sobre el palo liso, en un corral sin bardas abierto a todas las codicias de alimañas y de hombres.

En la desierta plaza, la masa negra de la torre se erguía como un augusto fantasma; los álamos rumorosos dejaban caer su triste son de oraciones lejanas, mientras que los chorros de la fuente, espumosos y tranquilos, seguían lanzando su sinfonía perdurable, su ritmo eterno, de una belleza sugerente y palpitante.

Los tres "Reyes Magos" pasaron por allí, sin pompa, sin ruido, con un furtivo misterio de ladrones honrados... Abrían su linterna un momento, apoyaban la escalera donde era menester, subían, bajaban, se deslizaban como sombras por las oscuras callejuelas.

¡Era una tradición infantil y candorosa! En todos los agujeros altos de las viviendas había, por lo menos, un zapato roto, maltratado, con el cuero reseco. Cada zapato era una esperanza y una desilusión... La esperanza pueril lo asomaba al espacio, en busca de los tres Reyes buenos de la leyenda; y en los primeros albores del día el desencanto lo retiraba tristemente, sin renegar de la fe, sin que el convencimiento lo retrajera el año siguiente.

Chano y sus ayudantes cumplieron bien su oficio de monarcas dadivosos, algo mitológicos por lo mismo, y más en este tiempo en que las coronas parecen hongos burgueses.

En casa del molinero, en que la amargura del pleito traía a todos sin dormir, metieron en un pobre zapato una escritura de donación, no sólo de las malditas aguas, sino del predio al que ser-

vían; así el molino sería una finca próspera y codiciable. ¡Qué sorpresa para el tío Francisco y su endemoniada parentela!

En casa del alcalde, en otro zapato angelical, metieron un documento interesante. Se restablecía el antiguo derecho comunal de disfrutar del bosque: todos los vecinos tendrían postes, leña, carbón, cuanto el encinar fuese dando con su ubérrimo esfuerzo.

Y cada vecino tuvo el remedio de su necesidad o la satisfacción de su anhelo. Una providencia paternal llovía sus gracias sobre los humanos, como la providencia divina, que deja caer los bienes naturales sobre los justos y los injustos, sobre toda la miserable prole de Adán, cargada con sus dolores y sus angustias.

Los niños tuvieron su parte en esta callada fiesta de la prodigalidad recatada en las sombras. ¡Ah, los niños! Para ellos tenía el "indiano" las entrañas blandas; en su ansia estéril de paternidad, miraba a la niñez con un imposible encanto, como el prisionero mira la luz sin recibirla; como el antiguo bebedor, atáxico y sediento, mira la ancha copa de cristal en que fulgura el espumoso vino...

Rendido ya, pero no cansado de hacer bien, solo y contristado, llegó junto a las paredes de su casa. ¡Qué soledad, qué frío, qué amargura tan intensa!

Instintivamente fué hacia las habitaciones que caían sobre el jardín y el picadero. ¡Allí había algo..., debía de haber algo...! Nada, quizá; una sombra, un recuerdo, moviéndose bajo el fulgor centelleante de las constelaciones diamantinas...

Por una ventana, a través de la reja que parecía un encaje negro, salía un haz de luz hendiendo la negrura: era la reja del "cuarto del niño"....

¡de “aquél”!, y súbitamente el “indiano” se acercó como atraído por aquella dulzura misteriosa y grave.

La madre había expuesto también el zapatito blanco, nuevo, elegantísimo, perfumado con todas las esencias, ablandado por las lágrimas.

—¡Ay, Dios! ¡Yo me olvidaba...! ¡Para ti también, hijo mío; para ti también, hijo mío!

Y con una fiera dolorosa, con una convulsión de todos los sentimientos humanos, aquel padre, aquel triste bienhechor que dejaba una estela feliz tras de su paso, débil como un agonizante, besaba religiosamente, encarnizadamente, a q u e l l a prenda querida que la madre ilusa asomaba al espacio “al paso de los Reyes” para dar testimonio de su amor ante las puras estrellas que ardían en los cielos.

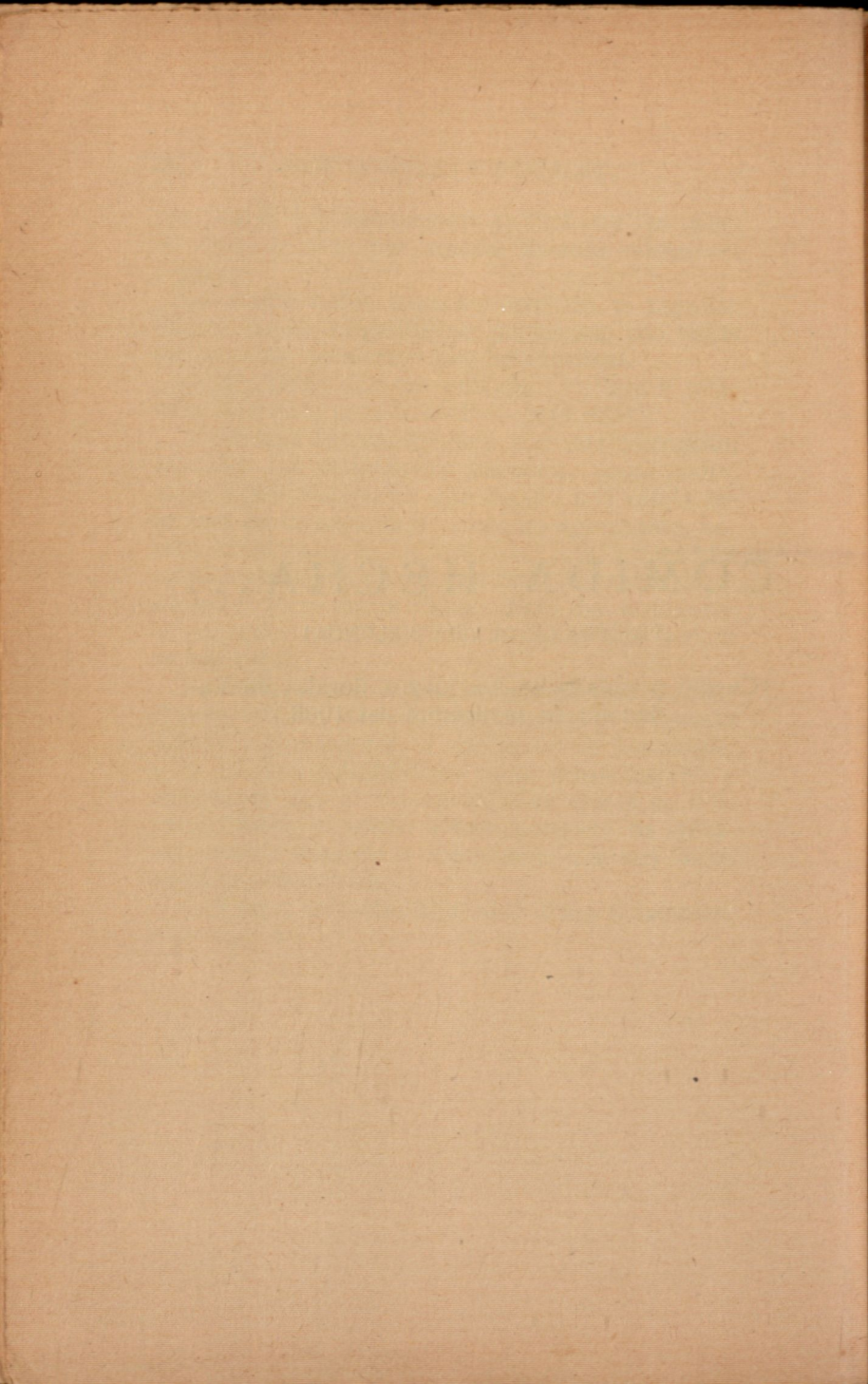
Y mientras que el gran bosque parecía entonar el rezo solemne de las cosas oscuras, y la bóveda infinita fulguraba con el resplandor de los astros, y la soledad palpitaba en aquel retiro hurafío y agreste, en que el romero daba su olor y su dulzura, *Chano*, el infeliz *Chano*, cargado de millones, seguía llorando y ablandando con sus besos aquel zapatito inútil.

—¡Para ti también, hijo mío! ¡Para ti también, hijo mío...!

COMIDA HECHA...

(ESCENA DE LA VIDA BIRLONGA)

(Cuento premiado en los Juegos florales de Valladolid en septiembre del 1908.)



A la vertiente de la famosa Sierra de Gredos, donde se abrazan y entremezclan los dilatados términos de las Castillas y Extremadura, en un lugar deleitoso, y que hubiese escogido de buenas a primeras cualquier ermitaño de los antiguos, halláronse al mediar de un claro día de otoño varios interesantes personajes del camino, que hicieron posada y remanso bajo la copa de una encina añosa y venerable.

Llegaron los primeros la señora Gadea, mujer recia como cuerda de vihuela, gran catadora del zumo de sarmientos e incansable en el caminar, y su cofrade Hilario *el Gafo*, lince de los caminos, ardilla de los bosques, brújula de las veredas y sacre de las posadas.

Llevaba ella su promontorio de jergón, manta ruana, fardel de harapos, latón que servía de arcaz, cuévano y marmita, con otras alhajas, todo bien cinchado a la espalda, por lo que de lejos parecía como un viejo dromedario. Arrastraba él una cabra muerta, que abandonada hallaron en el breñal vecino; que por haber sido largo y seco el verano y estar corrompidas las aguas, hubo gran mortandad en el ganado montuno.

Convidados de la suave sombra de la encina, descargáronse entrambos, y mientras *el Gajo* izaba a una rama el mortecino animal en forma apropiada para desollarlo, la señora Gadea refrescó el latón en una charca del barranco que a cincuenta pasos de allí corría; hizo luego su buen fogaril con unas piedras y comenzó la requisa de leña seca, que bien pronto crujía entre el resplandor de la brava llamarada.

Entretanto, la res colgadera había sido desollada y limpia de mondongo con mucho primor y conciencia. Y como la señora Gadea venía de casta muy limpia, y en el comer era un tanto melindrosica, echó al aire su temor de que el agua parada del barranco no fuese digna de tan elegante condumio.

—Al agua corrupta la limpian los hervores— apuntó el vejete, cargado de ciencia y experiencia en la vida mendicativa.

Ya hervía el agua con su golpe de carne sazónada con dos buenas cabezas de ajo, única especie de que se disponía en tan señalada ocasión, y como si la vaharada alimentífera de la caldereta, esparciéndose por la tierra y el aire, llevase la nueva del regodeo con fieros ímpetus despertadores de las hambres *soltizas* de toda la serranía, acudió muy presto un santero ambulante, harto familiar en la comarca, hecho todo narices, ya que la vista le faltaba, cual si el guiso fuese piedra imán que tirase de su necesidad, amén de su gula.

Venía con la una mano apoyada en el hombro del lazarillo y la otra en su garrote, famosa pieza desgajada del mejor fresno de la Serena. Saludó con el mayor comedimiento y sentóse con toda franqueza, no lejos del fogaril, en la parte

donde hacía más sombra, llevándole la contraria al humo.

El muchacho no se atrevía a decir, aunque lo pensaba, que ya el manjar estaría en su punto, y no había que dejarlo para mejor ocasión, sintiéndose espoleado de un hambre tan viva, atrásada y pertinaz, sólo comparable a la de aquel enjambre o piara que a él mismo se lo comía.

Conocedores del buen refuerzo que les había llegado, *el Gajo* y la Gadea gruñían como perros cortijeros, mirando de través el garrote del santero, alto, nudoso y rematado en una gran porra que podría servir de maza. Al cabo, todos se hicieron amigos y hablaron de sus vidas y trabajos.

—Nosotros — dijo la señora Gadea— vamos a Medina del Campo, donde se hace el nudo de las Españas y hubo antaño el ferial más grande de la mapa del mundo.

—Yo—respondió el santero— me quedo en esta comarca, donde me encierra mi sino, que no es otro que el de vivir pordioseando desde Nuestra Señora de Guadalupe a la Peña de Francia, removiendo a mi manera los obispados de Plasencia y Coria, que es tierra limosnera, según las cosechas. Y si llego hasta aquí, es por oreamme con el aire de las Castillas, que es fuerte y sano y pone en los niervos el acero que es menester.

—Por la cuenta, eso no reza con el zagal, que está chupado de brujas.

—No le chupan las brujas, señora Gadea, sino el hambre viva, que nunca vi tan prontas, puntuales y ejecutivas ganas como la de este muchacho, que es de la parte de Jarandilla, para servir a Dios y a su amo. Y me revuelve el juicio pensar de dónde le podrá venir tal achaque, pues en casa de sus parientes y alnados era su diario sustento

unas cebollas en veces, y ahora con siete panes no se le aplaca el pecho.

—Pues no hay que preguntar más—repuso *el Gafo*—, que bastante es lo dicho para saber de dónde le viene el achaque, y más ahora, que está crecido y espigado.

En estas pláticas andaban, cuando llegaron dos prójimos que parecían sayones de Semana Santa: tales eran de crespos, greñudos y montaraces. Traía cada cual su cantimplora de barro colgada a la espalda y tapada con juncias de los barrancos: el uno de ellos cargaba, además, con un razonable costal a medio henchir de cosas duras y mojadas.

Descargáronse, y muy gentilmente se convidaron y entremetieron en el corro. Dijeron que eran de tierra de Sigüenza y solían venir todos los años a Extremadura a vender miera, y luego, hasta finar el verano, se entretenían en disfrutar de las cosechas, así como de la caza y pesca, dedicándose con más apremio a la de sanguijuelas y galápagos, que vendían en el poblado.

Y como ejecutoria de su profesión manifestaron el costal de galápagos que traían y las cantimploras con las sanguijuelas.

Trabóse animada conversación sobre estas animalías, y los de Sigüenza pusieron al galápago, como materia comestible, sobre el mismo cuerno de la Luna.

—No hay gallina vieja que haga tan buen caldo como uno de estos príncipes.

—Y la mayor virtud—dijo el otro—es que sientan bien a todo guiso, ya sea de carne, de verdura o de pescado.

—No los viera yo en los míos—respondió la señora Gadea—, que toda me encalabrino de ver esas gaitas y esos rabos saliendo de entre las

Archela Aracena

